
3 1761 09545060 7

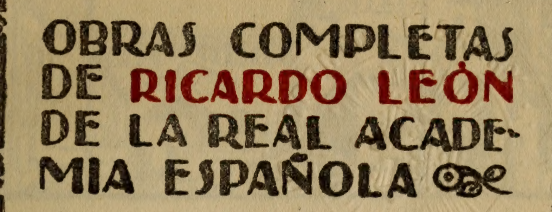




LA VOZ DE LA SANGRE

OBRAS DE RICARDO LEÓN

I.—LIRA DE BRONCE. (Poesías.)
II.—CASTA DE HIDALGOS. (Novela.) (6.ª edición.)
III.—COMEDIA SENTIMENTAL. (Novela.) (5.ª ídem.)
IV.—ALCALA DE LOS ZEGRIES. (Novela.) (5.ª ídem.)
V.—EL AMOR DE LOS AMORES. (Novela premiada por la Real Academia Española.) (9.ª ídem.)
VI.—ALIVIO DE CAMINANTES. (Poesías.) (4.ª ídem.)
VII.—LOS CENTAUROS. (Novela.) (4.ª ídem.
VIII.—LOS CABALLEROS DE LA CRUZ. (Ensayos de psicología española.) (3.ª ídem.)
IX.—EUROPA TRÁGICA. (Crónicas de un testigo de la guerra.)
Tomo I. (3.ª edición.)
Tomo II. (3.ª ídem.)
Tomo III. (1.ª ídem.)
X.—LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS. (Diálogos.) (6.ª ídem.)
XI.—LA VOZ DE LA SANGRE.



OBRAS COMPLETAS DE RICARDO LEÓN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

XI

LA VOZ DE LA SANGRE

ENSAYOS ESPAÑOLES, CON UN PRÓLOGO DE DON ANTONIO MAURA Y MONTANER

GIL - BLAS
RENACIMIENTO

F.G.

Imp. Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.





La voz de la sangre, la voz de la casta, el puro acento familiar de la tradición española inspira las páginas de este libro.

En él se incluyen el discurso de ingreso del autor en la Real Academia de la Lengua el 17 de Junio de 1915; el que leyó en los Juegos Florales hispalenses del mismo año; el de las Fiestas Eucarísticas de Salamanca, en 9 de Enero de 1920; el discurso necrológico de Menéndez Pelayo, el 9 de Junio de 1912, y el de contestación a D. Serafín Alvarez Quintero en su recepción académica, poco tiempo ha.

Con ser tan diferentes los lugares donde estos discursos se leyeron:—la Academia Española, los coliseos de San Fernando y la Princesa, el claustro de la famosa CLERECÍA*—, y tan diversos los temas:—el*

idioma castizo, las musas sevillanas, la escuela teológica salmantina, el teatro popular, el magisterio del sabio montañés—, todos ellos tienen un vértice común, todos responden al alma inspiradora de esa tradición, noble y augusta, que en la lengua y en el espíritu, en la teología y en el arte, en los palacios y en los púlpitos, en la vida y en las tablas, resplandece con perpetua y profunda unidad al través de los siglos y los hombres.

Nuevos ensayos, como aquellos otros contenidos en LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS, LOS CABALLEROS DE LA CRUZ *y en no pocos pasajes de la* EUROPA TRÁGICA, *pretenden contribuir al esclarecimiento de este grande espíritu nacional, común a tantos pueblos generosos, cada vez más conscientes y pagados de la nobleza de su origen, contra los muchos españoles que aún tienen por gala, por triste blasón de elegancia intelectual, el desprecio de las cosas propias y el insensato amor de las ajenas.*

Y a guisa de prólogo que de manera insuperable refrende y autorice el libro, se ponen al frente de sus páginas las muy conmovedoras y elocuentes con que el autor fué recibido en la Real Academia, por su Director insigne D. Antonio Maura. No fuera bien separar aquí páginas que nacieron para vivir siempre juntas y privar al lector de las que, un día solemne, pronunció aquel clarísimo varón en cuya noble elocuencia vibra con fuerte y dulce majestad la voz de la sangre, la voz de la casta, el puro y familiar acento de las antiguas virtudes españolas.

PRÓLOGO





OR primera vez me toca dar en nombre de todos la bienvenida fraternal a un nuevo académico, expresando la satisfacción con que acogemos su colaboración y su compañía. Siempre me agradaría el honroso cometido, y en cumplirle hallo hoy complacencia doblada, porque considero el ejemplo hermoso y alentador que ofrece la entrada en esta Casa de D. Ricardo León.

Desde que publicó su primer libro, *Casta de Hidalgos*, blasón inicial de su escudo literario, transcurrieron cuatro años no más hasta el día en que la Academia se halló unánime, con espontánea conformi-

dad, para elegir al novel escritor, todavía mozo, de modesta aunque honradísima condición social, cuyo único valimiento era el de sus obras, sin otras alas que su pluma para remontar el vuelo.

Los demás votos se allegarían, sin duda, como el mío, de que puedo dar testimonio. Había el Sr. León publicado *Casta de Hidalgos*, *Comedia sentimental* y *Alcalá de los Zegríes* durante los años 1908 y 1909, mientras estaba yo atenido a rigurosa abstinencia de tan regalados manjares. Desconocía al autor y a los libros; una tregua veraniega me deparó ocasión para leerlos, y cuando desde lejana soledad campestre expresé mi pobre juicio, en carta dirigida al que entonces era nuestro Secretario, me contestó poseído de igual admiración y tan determinado como yo para llamar sin tardanza al seno de la Academia al autor de obras tales, que, lejos de sendas trilladas, se aparecía de improviso por la más alta cumbre. No hubo perplejidad: el acuerdo precedió a la deliberación.

La significación ostensible del hecho que así se cumplió excede las más encarecidas frases laudatorias, con la otra ventaja de tener auténtica e insuperable ingenuidad; porque un buen afecto ha podido y siempre podrá sugerir alabanzas que, siendo sinceras, no guarden justa proporción con los méritos, mientras que constan por entalladuras en la realidad

viva, no deliberadas ni casi advertidas al tiempo de abrirlas, los títulos literarios con que nuestro nuevo compañero viene a su sillón; y hablo de la espontaneidad y la presteza del veredicto que iba implícito en la votación unánime de la Academia, antes de invocar el testimonio principal, que está en las áureas páginas de sus libros.

Ellas acreditan sensibilidad exquisita y consumada maestría en el desembarazado manejo de nuestro idioma para declarar, matizar, perfumar y ennoblecer los conceptos; muestran además a tiro de ballesta haberse formado el escritor con algo más que felicísimas disposiciones naturales, ejercitadas en el comercio asiduo con los mejores modelos. Ni aun de la más privilegiada vocación literaria pudiera el cultivo obtener frutos tan tempranos y sazonados, si a D. Ricardo León hubiese faltado el almo y adusto magisterio del dolor y la adversidad.

Primero que él naciese, reveses de fortuna alojaron en su hogar la tristeza, y quebrantos de su propia salud le dieron luego la dolencia corporal por hermana gemela, que le acompaña todavía. El Cielo no le negó el santo acogimiento del maternal regazo ni la guía paterna en la primera formación del espíritu, aunque antes de completarla sobrevino la orfandad. Piedades fueron que dejaron salvo el corazón; pero lo demás de

su vida ha consistido en aspereza y desabrimiento, ruda prueba de la cual salió mostrando ser su alma de las escogidas; no de aquellas que el infortunio avinagra, solivianta y emponzoña, sino de estas otras que jamás olvidan su originaria y definitiva patria, permaneciendo para ellas siempre lejanos y subalternos los casos y accidentes del trajín mundanal, las cuales con íntimas dulzuras y con acendradas delicadezas toman desquite de la inclemencia exterior, y, hallando anublada la vida terrena, con ansias redobladas se nutren, se exaltan y se recrean al calor de los luminares radiantes en el firmamento espiritual.

Para almas de este temple está reservada la maravillosa inmunidad que las mantiene plácidas en la tortura y vigorosas en la paciencia, como si en ellas se embotase el aguijón acerbo del dolor. El sufrimiento no les enturbia las perspectivas luminosas y alegres en la vida, ni ser ajenas estas venturas les estorba para tratarlas con optimista benignidad; tienen aprisionadas sus tristezas como destellos de linterna sorda; para la vida exterior se transfiguran, sin que de la secreta amargura ni una lágrima empañe su visión, ni una gota se mezcle con la tinta en que mojan su pluma. ¡Heroico vencimiento de un batallar cuyo testigo único es el Dios que reflejan las conciencias limpias!

Por haberse forjado en tan duro yunque el alma de D. Ricardo León, tienen sus libros un sello singular. No tan solamente admiramos la fidelidad acuciosa con que observa y la perspicacia con que desentraña las realidades en cosas y personas; la sobriedad y firmeza de los trazos con que vigorosamente describe, inundando de luz y color sus cuadros, así en el orden material como en el moral; la sensibilidad con que se le comunica la muda elocuencia de la Naturaleza, y acierta luego a verter fresco, rumoroso y perfumado con sus agrestes aromas, en el ánimo del lector, este raudal inagotable de poesía; la limpieza y sanidad del criterio con que forma sus juicios, siempre nobles y honrados, y la bondadosa blandura de que están impregnadas todas sus advertencias; el cautivador ambiente de sinceridad habitual en quienes nada recelan de la luz y le dan entrada franca hasta los últimos repliegues del sentir y el pensar; en suma, cualidades y primores cuya consideración, cuando se hace con designio de crítica literaria, evoca y empareja naturalmente recuerdos y nombres de otros escritores y otros libros contemporáneos, hasta sugerir pronunciamientos que resultarán más o menos favorables, según sean las tendencias y predilecciones inevitables, ante la frágil imparcialidad de cada lector. Mas las obras de León ostentan otra fase que nos des-

vía de hacer paralelos y las caracteriza con sello peculiar.

Para explicárnoslo no bastaría su asiduo trato con nuestros grandes escritores místicos y ascéticos, del cual necesitaron comúnmente, por su artística afición literaria movidos, y para completar el estudio del habla, aun los disidentes que con mayor vehemencia repudian el fondo substancial de semejantes libros. La huella de estas lecturas se hace visible en los más, si no en todos los cultivadores de nuestra literatura, por lo que atañe al manejo del idioma, en su léxico y en sus giros y galanuras. Mas Ricardo León no es tan sólo poseedor del caudal artístico que manejan cuantos benefician la cantera; tampoco hace imitación cuidadosa, reproductora de antiguas joyas: es renuevo lozano y fructífero de la vieja raíz, henchida de savia imperecedera y pujante. No es un discípulo, sino un místico más, en quien los «angélicos concibimientos» de mayor elevación y de más acendrada piedad brotan, no a guisa de ejercicio profeso, sino con espontaneidad ostensible, como del pedernal las chispas, al contacto de los casos, los conflictos y las peripecias de la palpitante vida moderna, que mira y trata con plena crudeza.

Señaladamente en *Casta de Hidalgos*, en *Alcalá de los Zegríes* y en *El amor de los amores*, pero de

buena razón débese decir que en todos sus libros, con las más diversas ocasiones, rodeado del mundanal ruido, que le atruena y le exalta, D. Ricardo León discurre, siente y escribe como ingenuo y actual proseguidor, por cuenta propia, de aquella gloriosa raza literaria, radicando la conformidad entre el contemporáneo y los predecesores, mucho más que en el texto, en la inspiración y el íntimo nervio de los conceptos.

Porque no son remedos, sino efusiones, y porque arrancan de lo más íntimo, las páginas ascéticas y místicas resultan quizás aventajadas entre todas las suyas: cálidas, vibrantes y luminosas, extremado prodigio de destreza en quien la maneja y de docilidad en el habla que resulta capaz para comunicar ideas tan levantadas, delicadezas tan tenues y transiciones tan portentosas, desde horrores trágicos y sobrenaturales hasta ternuras que parecerían inefables si no las viésemos expresadas con realce insuperable, sin haber perdido la transparencia incorpórea de lo sentido y callado.

Puestos aparte quienes hacen profesión de estos asuntos, para no hablar, como la ocasión pide, sino de escritores laicos, de la pluma de nuestro nuevo compañero fluyen copiosas las sublimes intimidades del alma creyente; nuevo afloramiento de una co-

rriente literaria que parecía extinguida, no pudiendo estarlo, porque perdurará mientras sea española la literatura de España.

Españolismo: he aquí otro rasgo fisonómico que tiene vigoroso relieve en cualesquiera páginas del nuevo académico. Me guardaré de poner su amor patrio en parangón con el de quienquiera: a nadie postergaré en cosa tan santa y tan común a todos; pero hay, sin duda, diferentes modos de sentir afectos y practicar virtudes que con unos mismos y solos nombres se designan. El patriotismo de Ricardo León es honda y genuinamente español. Una voluntad firme de conservar este carácter no preserva de flaquezas en que el alma del escritor haya podido caer, seducida por prestigios exóticos. Depurar el habla, tampoco excluye verter en ella sentimientos o ideas que resulten descabalados en el común sentir español; porque los criterios con que se considera la vida, las estimaciones con que se miden y ponderan cosas y personas, así como los enlaces mentales y éticos que se estilan en lo individual y en lo colectivo, imprimen carácter a los pueblos y definen su ser histórico más y mejor que el ángulo facial y los matices del cabello o pupila. No faltan quienes juzgan nociva una rigurosa persistencia en el espíritu o en la forma literaria o en ambas cosas; pero D. Ricardo

León no entra en el número: tan netamente español en el sentir como en el hablar, la lectura de sus obras deja en incierto si es más castizo el fondo o el lenguaje; en todo caso, esta cabal conformidad realza el españolismo, tanto del estilo como del discurso.

Siguió con fidelidad las mejores tradiciones de nuestra novela, ateniéndose a ejemplares selectos de la vida que pudo observar allí donde hizo larga mansión, iluminándolos con su ingenio, imbuyéndoles la poesía de su propia sensibilidad y glosándolos desde la cumbre de su crítica para atribuirles perenne ministerio educador. Quien antes conocía, como yo, la Santillana del Mar, pondrá en su punto la asombrosa fidelidad con que *Casta de Hidalgos* perpetuó las perspectivas de sus calles, sus edificios taciturnos y sus rincones, dejándoles, como todavía están, poblados de memorias errabundas y sugestivas; y también perpetuó las agonías desgarradoras de un estado social sobre firmes cimientos asentado, de recia contextura, erguido con altivez prestigiosa y señoril, a quien la vulgaridad sofoca por inundación, sin alcanzar a sustituirle ni aun a quitarle primero la vida. En contadas páginas de *Comedia sentimental* se contienen las semblanzas contrapuestas de dos maneras de vivir y de animar la vida, trazadas con insuperable

sencillez, privilegio de quien acierta a captar y cuajar el ambiente impalpable y difuso de dos comarcas y dos humanas agrupaciones, españolas ambas, pero tan divergentes, que causa maravilla advertir al final que ninguna rebasa el marco de la realidad, ni siquiera queda graduada en plano distinto de la otra. Más brusca contraposición es la que en *El amor de los amores* se muestra, quizás sin curarse de respetar en ninguno de ambos extremos las lindes ordinarias del vivir humano, y propendiendo tan sólo a ahondar un surco entre la bestial avidez de los apetitos y los transportes de abnegación y de ternura en que se termina la piedad más sublime y acendrada, como si el autor recelase que páginas ascéticas y místicas, con ser insuperable su belleza, necesitarían, para ser generalmente leídas, el patrocinio de la curiosidad novelesca.

Una incoherencia social, por desdicha muy verdadera, en la cual desconcertadamente conviven insubordinaciones atávicas, indómitos albedríos y pasiones africanas, truncando, subvirtiendo y aprovechando para sus bravíos empeños las instituciones mal establecidas, incluseras, embobadas y utópicas del Poder público, cuya traza legal queda en realidad escarnecida; espectáculo netamente español, pintoresco y trágico a la vez, de excepcional y palpitante

interés humano, se describe con vigoroso colorido en *Alcalá de los Zegríes;* también en *Los Centauros*, aunque esta novela, comienzo de nueva serie, mayor relieve da a otro azote que los pueblos sufren, y es la acumulación fortuita de riquezas divorciadas del trabajo y de la virtud, ruedas locas cuyas descompasadas revoluciones esparcen corrupción y escándalo, en vez de cumplir el ministerio ético y social a que están por ley divina hipotecados los bienes de fortuna.

Siempre siente y escribe el Sr. León como poeta, ora ciña sus inspiraciones con las vestiduras de la rima, ora deje fluir limpia, clara y numerosa su habla castiza. Dulzor de madrigales, placidez de égloga, efusión lírica, brío y cadencia de poema tienen las más de sus páginas narrativas. En *Casta de Hidalgos* acontece que pasajes enteros están escritos en endecasílabos libres, tan sin artificio, que el lector tarda en advertirlo; y no parece tomado el cauce de la métrica sino para enfrenar la pujanza nativa del raudal. No causa, por tanto, sorpresa la facilidad y galanura de los versos coleccionados bajo el título *Alivio de caminantes*, de plácida serenidad, como de Musa «remansada en huertos castellanos», como de admirador rendido de nuestros grandes líricos, como de quien no pulsa la lira intentando truculentas revo-

luciones literarias, sino para efusiones de fe y de dolor que al alma alivian en las asperezas del camino.

En rigor, se ha de decir otro tanto de sus páginas en prosa, tan asemejadas a sus rimas: casi todas parecen desahogos del espíritu del autor. Rara vez se hace la violencia de cederles la palabra a personajes que sean inhábiles para su propia dicción digna y pulcra; cuida poco de atesorar voces, imágenes y giros peregrinos que andan en boca del pueblo y merecen gran estima, pero no hacen a su intento. Contempla la realidad, la ronda y la visita no más que para libar la miel, sin plegar sus alas ni abatir su vuelo; esta realidad misma, no quiméricos fantasmas ni vagarosas alegorías, le atrae y le cautiva; pero tan sólo atento a sustraer de ella las esencias perfumadas y las radiaciones luminosas, espiritualizándola para darnos su versión poética. Profesa y practica nuestro realismo hereditario, no el exótico; el que mira al cielo al trasluz de la vida, y no el que con la mirada hiende la vida hasta clavarse y reposarse en el cieno.

Me abstengo de copiar, en abono de mis juicios, párrafos ni estrofas, porque no acierto a entresacarlos: tantos son los que a porfía merecen preferencia; atestiguarán enteros los libros, muy leídos, del nuevo

académico, sin detenerme más. El principal fin de la presente solemnidad estaba cumplido cuando comencé mi lectura, y caigo en ello demasiado tarde, pues aún no he dicho palabra del tema elegido para el discurso que acabamos de aplaudir.

Lo trata él con tanta pericia y galanura, que propendo, no a insistir, sino a reflexionar sobre el hecho, alarmante en verdad, de haber sido elegido tal tema sin causarnos novedad su elección. Algún desconcierto grave debe de aquejarnos para que hallemos puesta en tela de juicio la supervivencia perenne en integridad y pureza del habla que tantos ingenios peregrinos ennoblecieron y glorificaron; habla cuyos dominios resultan más duraderos y más extensos que los de la soberanía política, no obstante lo cual la vemos sospechada de que no les sirva o no les baste a los españoles de hoy o a los de mañana.

De duda semejante me preservaría a mí el concepto que tengo de un idioma nacional, aun sin considerar sus intrínsecas excelencias ni las calidades que le den ventaja en parangón con otros: aspectos del asunto considerados luminosamente por el Sr. León. El idioma de un pueblo no parece cosa que éste pueda tomar o dejar, sino parte consubstancial de su ser propio; está asociado históricamente a la formación y las vicisitudes del pueblo mismo, y si miramos a lo

futuro, conocemos que no se perdiera ni de pronto se alterara, aun cuando el pueblo fuese expulsado del territorio que le sustenta, o cayese en servidumbre, o le aviniese otra cualquiera de las mayores imaginables catástrofes. En la contextura radical, en la copia léxica, en las inflexiones, los matices y las galas de la lengua patria están representados los orígenes étnicos y las singularidades fisiológicas, y las influencias del suelo y del clima, y el fondo religioso, y la vocación colectiva, y las costumbres, y las vicisitudes de apogeo o decadencia, de paz o guerra, de prosperidad o penuria con que la patria misma se formó y anduvo las jornadas de su existencia.

Todavía más claramente se refleja en el idioma peculiar la fisonomía espiritual de las gentes que le hablan, así los rasgos perennes que la caracterizan como sus variantes circunstanciales de lugar o tiempo. Según el genio propio de cada humana colectividad, distinta y definida entre las otras, acontece que los avances de su cultura, los despliegues de su acción y las peripecias de su vida ocasionan, tanto y más que el advenimiento de nuevas voces y no usados giros, la atribución incesante de significados que antes no tenían las palabras; acepciones traslativas las más de ellas. En este continuo desdoblamiento del heredado caudal idiomático es donde con mayor viveza fulgura

la imaginación e imprime su sello privativo el alma de cada pueblo.

Hácese patente esta verdad comparando el lenguaje de unas con el de otras regiones españolas, muy diversas por la sobriedad o la opulencia de la fantasía; y todavía es de mayor enseñanza confrontar con el de lenguas extranjeras de otras razas el caudal de imágenes, metáforas y aun verdaderas pinturas que colecciona nuestro Diccionario. Es gran parte y la más característica del lenguaje.

Tan ingenua, tan íntima, tan efusiva e indeliberada es la corriente donde con el hablar van fundidos el sentir, pensar, sufrir, gozar, pujar o ceder, que no veo resquicio por donde pueda meter sus raíces la duda de si algún día se divorciarán el alma y la lengua de la nación. Sólo la muerte desintegra la unidad orgánica de los seres que alientan.

Sospechar que la lengua castellana sea o llegue a hacerse inadecuada para los españoles presentes o venideros, equivale a recelar un niño que no le valdrá su brazo para las proezas que acometerá en su edad madura. Automáticamente se emparejan y acomodan el idioma y la vida, salva una diferencia: que aquél enriquece su caudal y le depura, mejorando su flexibilidad y su elegancia a compás de los progresos que en su cultura logra, por grandes y portentosos

que sean; mientras que, al sobrevenir las decadencias, perdura, no obstante, el esplendor léxico y literario de sus días grandes, como los soberanos retienen títulos de dominios que perdieron, aunque las gentes ya no acierten a llenar la majestuosa vestidura, y las galas desmedidas del idioma pronto caigan en desuso. Quiero decir que en épocas de adversidad excederá el idioma las necesidades espirituales del pueblo; pero es ley natural que en tiempo alguno se le pueda notar de escaso: le enriquecerá y habilitará el mismo impulso vital que traiga nuevas y mayores necesidades de expresión o de atildamiento.

Nos lo enseña nuestra experiencia propia. La formación del castellano retrata la historia nacional, y en ello consiste la ejecutoria de su primogenitura. Según iban fraguando tras la insegura línea fronteriza de la accidentada reconquista nexos de comunidad entre las gentes de varios orígenes que poblaban la tierra cristiana, se formaban, intercalados con híbridos balbuceos, los distintos romances peninsulares, entre quienes se operaba a la vez otra fusión, hasta que rompió a hablar Castilla en los afloramientos épicos que como tributarios encauzó el *Poema de mío Cid.* A aquel romance, cuajado ya, fué traducido el *Fuero Juzgo*, y Berceo marcó sus adelantos. Luego el *Fuero Real*, las *Siete Partidas*, la *Crónica General* y el *Sa-*

ber de la Astronomía, durante el reinado de Alfonso X, reflejaron como en claro espejo la ya por entonces definitiva y robusta complexión de la Monarquía castellana. Porque un reino cristiano se había constituído en definido cuerpo de nación, hallábase poseedor de adecuado idioma, sin haber ido a conquistarle ni aun advertido su natural y coetánea germinación.

Tomados como término de comparación aquellos monumentos literarios del siglo décimotercero, la realidad histórica, que es haberse alterado durante las dos subsiguientes centurias, mucho menos que variaron en las dos pasadas, el estado social y político de la España cristiana, transciende paralelamente al lenguaje y la literatura; tampoco señalan novedad proporcionada con el lapso del tiempo el *Doctrinal de Caballeros* de Alonso de Cartagena, el *Libro de las claras y virtuosas mujeres* del Condestable infortunado, ni las obras imperecederas del Marqués de Santillana y de Juan de Mena.

En cambio, por ser época de transición aquel siglo décimoquinto, durante el cual parece remansada la corriente, sobrevinieron de seguida Gómez Manrique' Jorge Manrique y Fernando de Rojas, precursores cercanos y esclarecidos del copioso y espléndido florecimiento que iluminó el siglo décimosexto, tan magní-

fico, que su indicación, por liviana que fuese, me detendría con exceso hablando a quienes hablo. Por entonces se remataban en Granada la reconquista, y en Italia la dominación que la Corona aragonesa tenía adelantada, a la vez que era descubierto el Nuevo Mundo. Estos recuerdos indistintamente evocan, bien el apogeo de la grandeza nacional, o bien la no superada opulencia literaria de los siglos décimosexto y décimoséptimo, experimentándose una vez más la hermandad de que vengo hablando.

La cual hermandad perduró en las subsiguientes épocas, que así fueron de decadencia política como de perversión y pobreza literaria; porque la ley natural se hubo de cumplir igualmente en los adversos y en los prósperos días, quedándonos enseñanza clarísima de que cuando quiera que un pueblo tenga necesidades nuevas de expresión léxica o literaria para declarar, difundir o engalanar las concepciones de sus teólogos, sus filósofos, sus físicos, sus mercaderes, sus agricultores, sus fabricantes, sus astrónomos, sus navegantes, sus conquistadores, sus capitanes, sus cortesanos, sus ascetas, sus místicos y sus artistas en todos los ejercicios de las nobles Artes, se hallará poseedor de adecuados medios, sin haber advertido siquiera cómo y por dónde los adquiría; cual crece automáticamente la radiación con los grados de calor, y

pasa la ola bajo la quilla, como domada y allanada, siendo ella misma quien levanta el navío.

Mera abstracción mental es confrontar estados sucesivos en la historia de un idioma o una literatura, los cuales evolucionan realmente ateniéndose al ritmo de la vida popular. Esto implica un no interrumpido e inacabable advenimiento de voces, de acepciones y de formas gramaticales o literarias. Cúmplese esta renovación a semejanza de la que nutre el cuerpo humano, adaptándose la nueva substancia a las formas plásticas, a las funciones dinámicas y a toda la orgánica complexión del idioma; castellanizándose lo extraño por inflexiones y desinencias, y habilitándose para el concertado giro, según el carácter peculiar del idioma y según sus leyes internas. Porque juntas alientan, avanzan y crecen, no están en contingencia de descabalarse la lengua y el alma que de ella se vale para definir sus concepciones y comunicarlas.

Reconozco, sin embargo, que estamos en trance muy ocasionado a obscurecer estas verdades, hasta sugerir el presuntuoso recelo de que no nos baste la lengua hereditaria. La faz del mundo, en lo material y en lo moral, está desconocida, y la renovación de las cosas y las ideas ha sido muy súbita. Investigaciones felices subvierten a cada paso leyes de las que por más averiguadas tenían las Ciencias físicoquími-

cas, sin que las sucesoras osen ocupar la sede vacante, en expectativa de otras venideras. Aplicaciones cotidianas de los descubrimientos científicos remudan así los procesos y resultados de las industrias como las costumbres más inveteradas entre gentes de toda condición. Aproximados y mezclados; unas veces hasta íntima convivencia y otras veces en irritante conflicto y enardecida rivalidad, se ven ahora pueblos que vivían extraños unos a otros. Muchedumbres innúmeras están removidas y arremolinadas por anhelos, cuidados, intereses, coligaciones y empresas que solían quedar entre pocos hombres. Organismos de la finanza, de la producción y del tráfico, agigantada su armazón, espoleada su actividad y dilatada su órbita en universal comunidad, que es otra nueva señal de los tiempos, imponen efectivo vasallaje, no tan sólo a los mercados, sino a las soberanías mismas, del uno al otro confín de la tierra. Por todos lados brotan, frenéticas y contrapuestas, ansias de goce, de poderío, de dominio, de exclusión. La riqueza mundial ha tenido fabuloso crecimiento, y el crédito la multiplica; pero todavía ha crecido más la avidez con que se la disputan multitudes desasosegadas. Sobre el formidable estrépito de este vertiginoso bregar y este codicioso vivir se cierne un florecimiento amplísimo, nunca igualado, de la espiritualidad, aunque

no por todos ni siempre se advierta. Las Ciencias, las Letras, las Bellas Artes, la Religión misma, con cuantas obras y propagandas ella sugiere, sustenta y multiplica, no tan sólo se cultivan con ahinco, sino que se divulgan con profusión jamás conocida. ¿Valdrá la lengua rancia y castiza de nuestros clásicos para el desaforado trajín? Las fronteras nacionales, aportilladas por tan diversos modos, ¿permanecerán incólumes tan sólo para diversificar las lenguas?

Notemos que todas las lenguas vivas están en caso igual, a un tiempo sobrecogidas por las novedades; advirtamos también que tan solamente es excepcional la dimensión o el ritmo de la mudanza. El proceso interno, natural, que cada lengua siguió para formarse, articularse y embellecerse, ha consistido en satisfacer día por día la perenne necesidad de nuevas denominaciones para las cosas, nuevas calificaciones para los aspectos de ellas y nuevas inflexiones para sus modalidades y sus conexiones; representaciones inéditas, en fin, de formas nuevas que el espíritu humano, en su ascensión indefinida, va proyectando sobre el yermo exterior, donde yace aletargado lo venidero del léxico y la literatura. Grandísima parte de labor tan maravillosa hizo siempre el pueblo anónimo, sin intentarlo de propósito; y se puede afirmar que este aluvión, que no podríamos acotar con nin-

gún nombre prestigioso, ni autorizado, ni conocido siquiera, resulta más genial, más ajustado y más perdurable que la otra colaboración de doctos que explotan canteras abandonadas de lenguas muertas, aclimatan elementos exóticos y señaladamente mejoran el sistema gramatical y la estética literaria. Todos a una contribuyen, y son recíprocas las influencias, siquiera la de los eruditos, para consolidarse y hacerse definitiva, necesite aceptación del popular, sobre quien conservan mero y mixto imperio las leyes íntimas y geniales de cada idioma.

En el alma humana, criada para la vida en sociedad, son tan congénitas la facultad de razonar, sentir e imaginar, como la aptitud para comunicarse; a tal punto, que la íntima concepción no está acabada hasta que se define, como si tomase carne, con expresiones propias para exteriorizarla, cada vez adecuadas a la substancia, al matiz y al cálido aliento de la concepción misma. Por testimonio de conciencia sabemos que si nos faltase este don de comunicación, condenado nuestro espíritu a reclusa mudez, habría Dios alojado en cada criatura humana, en vez de una noble imagen suya, un antro de torturas infernales.

Todo cuanto conocemos, sentimos o fantaseamos se nos representa definido espontáneamente con palabras, y naturalmente se congregan al conjuro inter-

no de cada concepto, de cada aleteo de la inspiración, las voces del idioma peculiar, que son las que pacientemente asisten al alma como desveladas azafatas. Lucidez del discurso, viveza del sentimiento, delicadeza originaria y educado refinamiento del gusto contribuirán a que estas expresiones resulten intensas, diáfanas, atildadas, de sentido directo o figurado, más o menos felices y armoniosas: el comercio de los espíritus mejorará las que necesiten enmienda, pulimento o conformación idiomática, y embellecerá las que admiten mayor galanura. Lo que jamás acontecerá es carecer la idea de expresión congénita, siquiera latente, siquiera viciosa.

Cosas nunca vistas, aspectos inesperados, juicios inversos de lo que habíamos considerado antes, no detienen la ley natural; antes dan ocasión para su observancia. Ocurrirán en número desmedido neologismos y adopciones de voces exóticas, señaladamente para el tecnicismo de artes y ciencias, donde aprovecha una general uniformidad; pero siempre las nuevas cosas pidieron nombres nuevos, sin perderse por esto la individualidad castiza que imprime carácter a cada idioma en el modo de formar o terminar cuando menos las palabras, en las flexiones, en la construcción y en los giros. El castellano aventaja a muchos para su fácil adaptación en este proceso evolutivo,

merced a la riqueza del léxico, la flexible holgura de su sintaxis y la extensión de su escala fónica, propicia tanto para la solemnidad enfática como para la festiva travesura, rica de armonía imitativa hasta la onomatopeya. Bien acreditadas tiene estas excelencias, porque a cuantos escritores de la raza *tuvieron algo que decir*, les abasteció copiosamente de lo que apetecieron: locuciones exactas, imágenes animadas y luminosas, graves sentencias, giros amplios y gallardos, alambicadas sutilezas, laconismos extremados hasta pecar de conceptuosos, o livianos y ágiles donaires.

Se acabará de conocer cuán conciliables son el hondo y brusco cambio que se está operando en todos los órdenes de la vida y la permanencia en su integridad del idioma castizo que ennoblecieron y esmaltaron nuestros escritores clásicos, si se evoca el recuerdo de otra culminante crisis en la cultura europea, con advertencia de la huella que imprimió en nuestro lenguaje y nuestra literatura. El remate y la coronación de la reconquista de Granada y la reunión de los Reinos de Castilla y Aragón sucesos fueron cuyas colosales consecuencias acuden por sí solas a nuestra mente. No fueron menores las de la reforma luterana, frente a la cual y a las pasiones que desencadenó, las controversias que suscitó y los conflictos que ensangrentó, asumió España una representación principal

y una acción tenaz. En la Península trajo gran novedad el Renacimiento clásico. Al otro lado de los mares, descubrimientos portentosos, conquistas y colonizaciones que no tenían ejemplar en la Historia y establecían nuestro contacto con razas y civilizaciones inauditas. Las guerras de Italia extendían y consolidaban otra diversa convivencia, poniéndonos en intimidad con la cultura más prestigiosa y más atractiva. Muy luego eran ampliadas al país flamenco las guerras que por largo tiempo formaron el nudo principal de la política europea, llevando a convivir o pelear con las más diversas naciones nuestros tercios y nuestras gentes de todas las condiciones y clases sociales. Sería imposible hallar y hasta imaginar concurrencia en mayor número de causas más poderosas para que otra innovación de la vida nacional en el curso de nuestra historia sea comparable con el espectáculo presente. Detengamos un instante nuestra consideración sobre lo que Castilla era delante de tan anchos mundos, para medir la contingencia en que estuvo de quedar desfigurada y anonadada. Sin embargo, notadlo bien, la décimasexta centuria marca para el habla castellana el apogeo de su castizo esplendor, no tan sólo en los monumentos literarios, también en el uso vulgar del pueblo.

Aquellos españoles, en vez de descastar y corrom-

per el idioma hereditario, repudiándole innoblemente por causa de pobreza; en vez de trocarle por una lengua mestiza, con el maridaje de las usadas por tantas naciones como eran las sojuzgadas por sus armas o venidas a su intimidad, se mantuvieron fidelísimos al habla de Castilla, y la enriquecieron y acicalaron, legándola espléndida y con todo su originario carácter a la pléyade que durante el siglo décimoséptimo había de completar la gloria de nuestra literatura. No fué herencia reservada a los doctos: la pureza y la hermosura del castellano generalizadas quedaron en campos, suburbios y ciudades, donde luego hicieron rico acopio los novelistas, dramaturgos y eclesiásticos de nuestra edad de oro.

Entre los escritores que en el curso de los siglos, con avances desiguales, tal vez recobrándose de retrocesos transitorios, cooperaron a la formación y al atildamiento del idioma, ninguno fué criado ni adiestrado para *clásico;* profesión nunca conocida, ni aun de los encargados de arbitrar tributos sobre los más peregrinos modos del trabajar humano. La posteridad es quien llama *clásicos* a quienes, por haber sido más felices en el goce y aprovechamiento comunal del idioma patrio, merecieron ser tomados como modelos. Mas su imitación no consiste en sacrificar sabiduría, ingenio ni sentimiento propios para coincidir con lo

que supieran o sintieran aquellos hombres de otras edades, remotas o cercanas; tampoco consiste en parodiar las vestiduras literarias que lucieron. Sencillamente se logra usando el lenguaje con la propiedad, naturalidad, limpieza y gala de que fueron dechado. No cabe destituir clásicos, porque ellos han solido vivir y morir en humilde condición de súbditos, las más veces cargados con rigores de pobreza desvalida y faltos de estimación entre sus contemporáneos. Ni siquiera cabe incluirlos, como a los ricos, entre los envidiados, porque fueron pródigos, y su caudal apenas les procuró otra satisfacción sino diseminarle y transmitirle con ingenua liberalidad.

El habla de los *clásicos* no es sino el castellano que siglo tras siglo la raza entera, en mayor medida el pueblo que los doctos, hizo verbo de su espíritu. Selecta por la propiedad, lucidez, limpieza y galanura con que sirve siempre la varia intención de los escritores, nadie puede tratarla como hechura de éstos, ni aun data de su tiempo. Quienquiera dispondrá sin tasa del léxico que poseyeron, más las creces ulteriores, más las antiguas enseñanzas que habían heredado y supieron aprovechar; pero será libre, libérrimo de repudiar los ejemplos o tomar de ellos lección. Los clásicos no fueron *preceptistas*, sino cumplidores fieles de leyes idiomáticas que les antecedieron y les so-

breviven. El escritor contemporáneo que opte por emanciparse y olvidarlos, apenas se le acabe el pueril regocijo de su fácil manumisión, se verá en la disyuntiva de expresarse o no en castellano; y la afirmativa le conducirá a proceder de igual manera que si fuese secuaz fervoroso de los repudiados maestros, quienes dejaron renombre, no por merced ajena, sino porque aceptaron a valerse del habla nacional, sacando las ventajas que cual otra ninguna ofrece para comunicarse entre sí con justeza, transparencia y efusión las almas españolas.

Lo mejor que le podrá acontecer al escritor redimido de toda veneración clásica, es atinar otra vez por propio esfuerzo; y cuando lo haya conseguido, vendrá él mismo a ser, conózcalo o no, otro clásico, aunque silvestre; así como también pararía en *burgués* odioso el heredero que por aversión al *capital* hubiese repudiado la sucesión, si emprendía con feliz suceso labrar por sí una hacienda.

Saco en conclusión que el toque no está en deficiencias de nuestro idioma, progresivo y adaptable, tanto y más que otro alguno, ni en arcaísmo de los modelos clásicos, que se habrían de renovar aun queriendo huir su imitación mientras españoles escriban castellano; el toque estará en la estimación que se haga de las fronteras y de la singularidad castiza de

la lengua materna. He aquí cómo el asunto penetra en el cono de luz trágica a cuyos siniestros destellos el concepto íntegro del patriotismo, aliento mágico, centro de la vida, rutila hoy ante el mundo horrorizado.

Pocos meses ha abundaban las señales, seductoras para no pocas gentes, de que, con efecto, muchas comunidades internacionales de intereses, pasiones o doctrinas iban mitigando la tradicional contraposición de pueblos y soberanías, bien que estas señales anduvieron mezcladas siempre con alarmantes preliminares del conflicto. Tal cual le vemos planteado ahora, resultaría pueril disertar sobre la vanidad de aquellas apariencias de pacifismo y de confraternal aproximación. Cuando la sangre humana vertida a torrentes aviva los colores de las banderas que flamean sobre inmensos campos de batalla, no necesita encarecimiento la significación que para quienes se conserven sanos ha de tener y tiene el idioma patrio, bandera siempre enhiesta, tejida con fibras del corazón popular.

La lengua es, más que representación, exteriorización directa del alma misma de un pueblo o una raza. La indiferencia ante la degeneración mestiza de la lengua nacional muestra de modo inequívoco tibieza del amor patrio, el cual se amortigua a veces por una

sugestión falaz que adormece el remordimiento y esquiva el sonrojo. El engaño consiste en pensar que los desvíos tan sólo implican anhelos de redención, de progreso o de gloria, sin advertir que estos bienes, para no dejar de serlo, han de venir sobre la patria misma, ser viviente, con individualidad indeleble entre sus congéneres, y se han de alcanzar sin degenerarla, ni trastocarla, ni desfigurarla.

Es grave yerro y no menor desventura que cuando hijos de España lastimados notan en torno suyo atraso, esterilidad, desconcierto y cualquiera otra inferioridad o desventaja, no todos unánimes conozcan que el único remedio eficaz y consolador consiste en poner juntos para la enmienda propia un conato decidido y fervoroso, sin que nadie caiga en la flaqueza de seguir su loable afición al bien, desentendiéndose de que éste sea exótico, y no advirtiendo tras el señuelo que transfiere a tercero una adhesión reservada exclusivamente por ley natural para la propia madre, que siempre es única y siempre santa.

Entre cien deplorables caídas de análogo estilo descuella la que refluye contra la pureza del habla propia, a causa de ser ésta el atributo más íntimo, más inalienable y de mayor significación para el alma nacional. Las diversas colectividades humanas constituidas en cuerpos de nación, como todas las cosas, se

definen por sus contrarias; la confusión es una manera de anonadamiento. Limpieza de sangre en persona natural, tiene su paridad en la conservación del habla castiza para el pueblo o la raza a quien sirve de verbo.

Por dicha, no siendo el idioma hechura arbitraria de los hombres, tampoco acaban con él las ofuscaciones de éstos. En pasados tiempos otras crisis padeció la pureza del idioma, y tuvieron correctivo natural en el arraigo popular, y también en el asentado prestigio de los grandes escritores, cuyas plumas han hecho imperecedera la radiación del genio peculiar del castellano. La compenetración del idioma con el espíritu de la raza le atribuye vigor ingénito para eliminar tarde o temprano lo que no admite asimilación orgánica; la pestilencia nos parece agrandada, alarmándonos con exceso, porque se ceba en las gentes más rumorosas y locuaces. No faltan, en cambio, ni escasean, cual en otras épocas escasearon, cultísimos escritores, sin contar a la Real Academia, que aman, conservan y acrecientan la lengua y la literatura castizas. Señalado y glorioso ejemplo, entre muchos, nuestro nuevo compañero. Y cuando la adversidad extremare el rigor hasta privarle al habla cervantina de estos aristocráticos valedores, quedaríale siempre el dilatado imperio de las muchedumbres, que lo son

tan fieles como al terruño, las cuales siglo tras siglo se preservaron de contaminaciones, así de las eruditas, que venían abonadas por alcurnia prestigiosa, como de las que simplemente son pedantescas.

Díjelo antes, y quiero terminar repitiéndolo: la lengua castiza de Castilla es todavía más imperecedera que una soberanía política y que una nacionalidad; es nexo congénito y verbo común de toda una raza, sin cuyos altos hechos la Historia resultaría incomprensible o quedaría subvertida durante muchos siglos; raza sujeta, como todas, a grandes fluctuaciones, pero cuya vitalidad es tan vigorosa y tiene raíces tan hondas en el universal complejo humano, que siglo tras siglo vienen frustrándose adversidades que parecen capitales; aun aquellas que pudieran tener vislumbres de suicidio.

Antonio Maura y Montaner.

I

LA LENGUA CLÁSICA Y EL ESPÍRITU MODERNO



I



RNATOS apacibles del alma, virtudes propias de varones discretos, bien nacidos y cabales, parecieron siempre la gratitud y la modestia: cuantos llegaron aquí, por agudos que fueran sus ingenios, peregrinas sus obras, muchas sus canas, ilustre su linaje o condición social, todos sintieron al subir a tan insigne estrado el noble y honestísimo respeto, la blanda ternura que infunde al más ambicioso esta solemne consagración. ¿Qué no habré yo de sentir, mozo humilde, poeta no-

vel, que ha pocos años vivía pobre y obscuro, sin codiciar, sin sospechar siquiera las altas honras presentes? A milagro de Dios me saben, a maravilloso privilegio de vuestras manos recibido; y si yo no temiese hablar mucho de mí, cosas más íntimas dijera por las que mejor se viese cuán singular es mi caso, cuán extremada la merced que me hicisteis, cuán justa y honda la emoción que desde entonces me abruma. Quisiera derramar todas las efusiones de mi espíritu, no en turquesas de retórica elegancia, sino en términos de absoluta sencillez, robustos, encendidos y vehementes como la carne y la sangre del corazón; pero es ocioso encarecer con palabras y apurar con razones lo que tiene su escondida raíz en el sentimiento y su expresión más eficaz en las obras. Que sean las mías, de aquí en adelante, claros testimonios de gratitud y fervor; que nunca me reproche la conciencia dormir sobre laureles prematuros a la sombra de inmerecida fortuna. Ni receléis vosotros ahora que al subir tan de repente de mi antiguo estado a la cumbre y señorío de esta Casa olvide yo lo que fuí: antes bien, amigos y maestros generosos, al recordarlo mientras viva, como quien teme despertar de un sueño, repetiré las prudentísimas sentencias del príncipe Segismundo, cuando ponía por blasón de sus futuras glorias el duro escarmiento de sus antiguas prisiones:

«A reinar, fortuna, vamos;
no me despiertes, si duermo,
y si es verdad, no me aduermas.
Mas, sea verdad o sueño,
obrar bien es lo que importa:
si fuere verdad, por serlo;
si no, por ganar amigos
para cuando despertemos.»

II

Todavía, para aumentar mis confusiones y hacer más dulce propósito de humildad, evocaré el purísimo recuerdo de mi noble antecesor, la venerada memoria de aquel sabio, de aquel justo que se llamaba D. Eduardo Saavedra. No tuve yo la fortuna de conocer al gran polígrafo sino por los resplandores de su gloria, ni a las muchas y altas disciplinas que él señoreó con su profundo ingenio, su docta diligencia, su vigorosa cultura, puedo yo acercarme como no sea con pasos tímidos de admiración y reverencia profanas; pero si a los hombres de esta calidad se les conoce mejor por sus imágenes vivas, por las obras y frutos de su virtud y saber, y están aquí muy fijos y recientes los frutos y las obras del que fué vuestro amigo y compañero, bien podré, sin humos de osadía, bosquejar su semblanza con pocos y sencillos rasgos, pues no pretendo otra cosa, ni la sufren mayor los límites de mi pobre discurso.

Quede para los que puedan y sepan, loar con el debido discernimiento las cualidades de tan austero varón, las virtudes de su sentido crítico, penetrante y sagaz, la

rica mies de su investigación, original y perfecta, señalando los progresos que le deben las Ciencias físicas y matemáticas, la Geografía y la Historia, cuyas anchas rutas vino a esclarecer con las antorchas de peregrinas indagaciones. En el renacimiento intelectual del siglo XIX, en aquel silencioso amanecer de todos los estudios, caídos durante muchos años bajo el estruendo de las armas, tras la noble restauración científica del siglo XVIII, figura el nombre de D. Eduardo Saavedra en lugar eminente como heredero de las altas lumbres con que Nebrija y Arias Montano, Pedro Núñez y Esquivel, Resende y Ambrosio de Morales, Caramuel y Omerique, Hervás y Feijóo, Ulloa y Jorge Juan, Capmany, Jovellanos y otros varones de tan recio temple ilustraron las lenguas y la Historia, las Ciencias físicas y exactas, los términos geográficos y arqueológicos, en la edad de oro y en la edad de plata de la Minerva española. Sobre tan múltiples doctrinas proyectó el maestro Saavedra los fulgores de un soberano entendimiento, de una vasta erudición, de una febril actividad, facultades que recibían vigor y luz de las íntimas excelencias de su alma, tan fecunda en altos pensamientos como en acciones generosas.

Ingeniero y arquitecto, matemático y geógrafo, historiador y orientalista, escritor abundante y castizo, llegó a sobresalir como un maestro en todas cuantas materias

puso las manos, y nunca por ocioso deporte, sino por austera y vehemente consagración a la Verdad, pues era la Ciencia para él como un remanso de su profundo sentimiento religioso, de su viril patriotismo, del ansia prócer, inextinguible, de conocer y de amar. Así, mostrando desde su juventud el dominio que tenía de las matemáticas puras y aplicadas en la construcción y proyecto de vías, puentes y faros, obras públicas e invenciones técnicas, dióse con gran afición al cultivo de la geografía española: sus investigaciones sobre el viejo solar de Castilla le llevaron fervorosamente al estudio de su historia y antigüedad; mientras construía caminos nuevos por las llanuras celtibéricas, exploraba las vías romanas, los monumentos árabes, los vestigios de las muertas civilizaciones bajo la corteza rugosa de los campos castellanos. De manera que aquel ingeniero, insigne ya en sus mocedades por su pericia en la ciencia de los números, aquel inventor de calzadas y ferrocarriles, ducho en todas las industrias y artificios de la materia y de la fuerza, vino a convertirse por su gran espíritu, y merced a tan geniales aptitudes, en un consumado geógrafo, en un historiador sagacísimo, en un arqueólogo lleno de noticiosa y fragante erudición. Ampliando cada vez más los horizontes de sus estudios, ejercitó el de Lenguas, y llegó a ser un excelente arabista. Y como aun le pareciesen angostas las fronteras de

España para contener los ímpetus del numen, remontó los vuelos de su insaciable curiosidad a las regiones más extrañas y escondidas del mar y de la tierra. Las primorosas monografías sobre *El canal de Suez*, *Las expediciones al Polo Norte* y las *Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas* acreditaron su sapiencia y señorío en asuntos universales, así como las obras de historia y arqueología celtibérica, romana y oriental, sus *Obras públicas y monumentos de la España antigua*, *La vía romana de Uxama a Augustóbriga*, *La invasión de los árabes en España* y sus estudios sobre la literatura aljamiada (tema que eligió para su discurso de recepción en esta Real Academia), demostraron su caudaloso saber, sus admirables descubrimientos en las más secretas penumbras de la Historia peninsular.

Añadid a esto sus numerosos trabajos sobre teorías y aplicaciones técnicas; su incesante labor en el campo y en la cátedra, en los institutos sabios y docentes, ya como profesor en la Escuela de Ingenieros, ya como individuo de número en las Academias de la Lengua, de la Historia, de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la Sociedad Geográfica de Madrid, amén de muchas Corporaciones doctas de otros países que a honor tuvieron ofrecerle sus medallas, y de los cargos públicos que ejerció con recto espíritu civil; recordad, en conclusión, sus luminosas investigaciones en el solar numan-

tino, en las obras del canal de Suez, donde puso muy arriba la bandera española, y habréis cabal resumen del espléndido horizonte que abarcaron la prodigiosa capacidad, la formidable cultura de D. Eduardo Saavedra.

Tuvo por guías y apoyos para subir tan alto, no sólo las cualidades de su robusta inteligencia, sino también las alas de su cristiano corazón: juntos y felices vivían en tan limpio hogar la razón y la fe, la ternura y el conocimiento, desposados y acicalados por el velo pudoroso de la modestia, virtud en él tan pura y propia como el candor de un niño. Fué su vida, gloriosa y dilatada, prueba elocuente de que la Ciencia, sin los penachos del orgullo, vestida con los castísimos cendales de la modestia y sencillez, inflamada por el amor de Dios, corrobora el espíritu, aquieta las pasiones, mueve la fantasía, madura los pensamientos, los purifica y los levanta a la cumbre de la belleza intelectual, allí donde se confunden la hermosura, la sabiduría y la virtud.

Más que en sus días de mocedad y de gloria, probó el Maestro la grandeza y el temple del ánimo en el crepúsculo de su vejez, cuando por una triste dolencia perdió la luz de los ojos corporales. Al caer la sombra sobre sus pupilas, como un aviso y preparación de la muerte, resplandecieron en su alma con más hermosa claridad todas las luces interiores: la entereza del caballero, la templanza del sabio, la mansedumbre del justo.

Cerró los ojos y la voluntad a los rayos del sol con la resignación y la paz de quien tenía dentro de su espíritu más puros y dichosos luminares; halló también hartas consolaciones en el amor de sus amigos y sus deudos, en los legítimos goces de su envidiable reputación, y pocos años más tarde fué su tránsito de este siglo al «inmortal seguro» como un ocaso de luna en «la noche serena» de Fray Luis. Docto como él, como Salinas ciego, ¡cuán raudo traspasaria el aire todo hasta llegar a la más alta esfera» y oír el son divino de «la inmensa cítara», la música «de números concordes», bajo la suave claridad del cielo donde jamás anochece! ¡Con qué avidez y júbilo se abrirían entonces los ojos de su alma, tan despiertos en la sombra de los ojos mortales, al fijo Sol de la Verdad suprema! Quien rastreó por los caminos del mundo con tan divina afición las claras centellas de la Sabiduría, ¿qué gozo no habrá cuando se acerque al «principio cierto y escondido», a la morada de la Ciencia sin origen ni fin?

«Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye ni siente...»

III

Fácil coyuntura es ésta, ya que tengo en los labios la dulce y regalada miel de los versos de Fray Luis, para otear las flores donde sorbieron tan exquisito néctar los antiguos ingenios castellanos, y catar sus panales de oro, y aprender el arte sutil con que supieron emular a las abejas áticas del Himeto y del Hibla. Porque buscando yo un asunto decoroso y excelente que a guisa de noble manto encubriese mi pobreza y desnudez, vine a discurrir sobre «la lengua clásica y el espíritu moderno»; sobre el idioma de Fray Luis de León, de Cervantes, de San Juan de la Cruz, y las corrientes espirituales de nuestro siglo. Parecerá presuntuoso que un ingenio lego se aventure a mantener temas que piden grande lujo de erudición y doctrina, precisamente en el lugar insigne donde el saber tiene su cátedra; pero yo no pretendo escribir nuevos códigos, ni romper moldes antiguos, ni entrometerme en tesis filológicas, con irreverencia y desenfado juveniles, sino disertar llana y apaciblemente, a lo poeta, sobre cuestiones que se apoyan por igual en la Ciencia y en el Arte, en la razón y la costumbre, en el

maduro juicio de los sabios y en el ejemplo de los artistas. Con que yo me ponga a honesta distancia de los doctos y del vulgo, en ese término medio del escritor humilde y a la par independiente, que acata la ciencia de los eruditos y mide el gusto popular, sin ser partícipe de ambos, pero tomando de ellos lo que puede y debe adquirir un escritor de amena literatura; con mostrarme tal como soy, sin vanos alardes ni escrúpulos sutiles, acaso logre cumplir la obligación que tengo de afrontar un tema literario y responder discretamente a la benevolencia de tan ilustre auditorio.

¿Son de todo punto incompatibles, como suelen decir algunos ingenios contemporáneos, la lengua clásica y la sensibilidad moderna? Este puro, castizo y caudaloso romance que discurre lleno de fuerza y de avidez, de majestad y hervor, como un ancho río de vida, en *Las siete moradas*, en la *Noche obscura*, en *Los nombres de Cristo*, en los *Diálogos de la conquista espiritual*, en el *Quijote;* este idioma robusto, dulce y claro, que parece invención de los ángeles para decir cosas eternas, ¿es impotente y viejo para engendrar nuevas criaturas inmortales, para sentir y comprender las emociones, las gallardías, los orgullos y las ansias del espíritu moderno? Las obras príncipes del siglo de oro, ¿no son dechados vivos, sino glorias muertas, mudos trofeos de glacial arqueología, estatuas yacentes sobre las

rotas sepulturas del imperio español? ¿Es menester acaso cerrar esos libros con siete llaves como el sepulcro del Cid, según mandan ahora, y fundir la lengua de Castilla en nuevos crisoles para acuñar holgadamente las novedades de nuestro siglo?

Tales preguntas son otros tantos clarines, a cuyos vigorosos clangores se despiertan, como corceles de batalla, las eternas disputas de clásicos y modernos, de la imitación y la invención, del pensamiento y de la forma, con todo el estruendo y tropel de atabales y banderas, pasiones y bizarrías que las acompañaron siempre en los torneos de la historia literaria. Hogaño, igual que antaño, muchos ingenios desdeñan la forma y niegan su virtud y señorío en el Arte. Otros, concediéndola su debida importancia como cuerpo y expresión de las ideas, piden una forma independiente y libre, desgarrada de toda tradición. Y aun hay, por fin, quienes, llevando el ímpetu marcial a sangre y fuego, no sólo recusan la autoridad de los clásicos y rechazan el Arte (es decir, las leyes y disciplinas de la forma, los preceptos y reglas de componer), sino que arremeten, a nombre del pensamiento, contra la materia natural del Arte y de la forma, contra el lenguaje mismo, queriéndole someter al licencioso capricho individual. Acaso, de todas las rebeldías, ésta es la más ciega y perniciosa, pues socava y destruye, no ya las leyes vigentes de la expresión

artística, sino el instrumento vivo de la expresión.

La forma en el Arte es la púrpura de la Belleza, el símbolo de su estirpe y dignidad: con él no se esconde ni se oscurece el pensamiento; antes bien, se le rinde mayor y más público homenaje. Pues ¿quién dará mejores pruebas de amar y esclarecer el pensamiento: quien le pasea por vías y plazas desaliñado, indigente, con tosca y ruin apariencia, o el artista que procura traerle aseado y limpio, galán y bien compuesto, para que lleve tras sí, no sólo la admiración del vulgo en la calle, sino también la opinión de los doctos en paraninfos y bibliotecas? Mal parecen refinados manjares en pobres dornillos y pensamientos nobles con groseras palabras: que no medra la verdad por ir roñosa y mal vestida, ni pierde por arrearse con gentileza y pulcritud. Ni es sólo la forma gala y atavío del pensamiento, sino su carne y rostro, su estampa, su troquel, su cuerpo vivo y perenne, por donde se muestra a la luz del mundo y a los ojos de los hombres. Fulguran los pensamientos a manera de relámpagos en la noche interior: inflaman nuestros sentidos, rigen la voluntad, gobiernan las acciones; pero no logran vida propia, vida independiente, hasta que salen de nosotros, como criaturas sensibles, hechas carne por la virtud generatriz del espíritu en las entrañas de la Forma. Y cuanto más robusto y excelente sea el cuerpo de nuestros hijos espirituales, más años vivirán en la

tierra y darán larga prueba de sí con fuerte y copiosa prole, por todos los siglos de los siglos. Porque la materia se trunca, los hombres pasan, las acciones se olvidan, los pensamientos se esparcen; pero la Forma queda. La generación de lo Bello responde a la misma ley de la vida: fenecen los individuos, las civilizaciones, las costumbres; evoluciona la Humanidad, alumbra nuevas aguas, abre nuevos surcos; pero los tipos ideales y las formas perfectas permanecen incólumes como supremos dechados, como efigies de la eterna Hermosura.

Tan esencial como la forma en el Arte es el Arte para el dominio y posesión de la forma. Viejos son los errores y comunes las rebeldías contra las leyes del Arte: hoy, como ayer, corren por libros y papeles, para lisonja y disculpa de los ingenios fáciles, atropellados y perezosos. En nombre de la Naturaleza, del libre fuero individual, se pide romper todos los cánones, todas las leyes recibidas por la experiencia y el ejemplo de los más gloriosos artífices. La Gramática, la Retórica, las artes de la elocuencia y del estilo fueron siempre enemigas personales de las juventudes impacientes y ambiciosas. La Ley, garantía de toda libertad, ofende como un yugo a los amigos de la licencia. Es más cómodo y hacedero salir por atrios y lonjas pregonando novedades y falacias, como los antiguos sofistas, que inclinar la frente, llena de fuego y de sudor, en el taller de las Musas y

labrar el duro mármol a golpes de martillo y de cincel. Porque a todas las herejías contra el Arte y la forma presiden casi siempre la pereza y una lóbrega confusión (origen de mil errores) entre la «concepción artística», que es absolutamente personal y libre, sin estorbos ni yugos, y la «ejecución técnica», la cual arguye aprendizaje y orden, imitación y estudio de los buenos modelos, paciencia, sacrificio, vocación. Todas las artes tienen su fundamento y raíz en la Naturaleza; mas de ello no se infiere la nulidad de la disciplina, pues las aptitudes naturales se ejercen con más pujanza y primor cuando las rige un prudente y luminoso magisterio. Nadie que esté en su sano juicio sofocará su propia valentía bajo la férrea pesadumbre de inútiles corazas; pero tampoco estará muy en sus cabales quien pretenda imponer a todo hierro de ley, de experiencia y autoridad los arrebatos del instinto, la temeridad y el arrojo. Contra la tiranía de los dictadores pongamos el ímpetu del numen; contra la licencia de los rebeldes, el noble ejemplo de los clásicos.

Mentar el clasicismo es para el vulgo imaginar una estantigua, un dómine enjuto y senil, de recias gafas y cabellos de nieve, con las narices corvas metidas en viejos infolios y el espíritu cerrado a los aires salubres de la vida. Este será, a lo sumo, el seudoclasicismo francés, el melindroso genio del prosaísmo y la rutina que aci-

calaba los rizos de la peluca de Boileau; pero jamás el puro y neto clasicismo, el fuego sagrado que inflamó las almas de Homero y Sófocles, de Virgilio y Dante, de Petrarca y Shakespeare, de Cervantes y Fray Luis, que nada tienen de común con las pelucas y almidones del «Hotel Rambouillet». El clasicismo es fuente de vida y arte, de sencillez y grandeza, de indómita pujanza, de hermosura viril; es ansia de perfección, de belleza ideal y a la vez realismo exaltado y vigoroso; es sentimiento de la Naturaleza, amor a las costumbres, inspiración actual y permanente, libertad robusta y exuberante, rica y graciosa juventud. La sangre helénica transfundida en las arterias de Roma, las puras formas del Atica modelando el espíritu cristiano en las aulas del Renacimiento, viven aún en las literaturas presentes, y con más opulencia en las que son hijas o discípulas del genio latino. Existe, pues, una poderosa unidad en la historia de la cultura y una tradición incontestable cuyas raíces se hunden bajo la tierra de la sacra Ilion. Nos alumbra todavía la luz del Renacimiento: sobre el polvo y el tumulto de las behetrías modernas salta vencedora esa oleada perenne y eterna de la Hermosura que brota de las fuentes inmortales de la clásica antigüedad. Los más calificados innovadores, los más rebeldes románticos, los ingenios más independientes fueron, sin mengua de su libre inspiración, profundos conocedores e imitadores

del arte antiguo. Encarnar en las formas de la belleza inmarcesible los pensamientos nuevos, los sentimientos personales: tal hizo Andrés Chénier, levantándose con las alas de los poetas de la Antología sobre la retórica vulgar del siglo XVIII. Escanció Leopardi sus ansias de lo infinito, su desesperada ternura, en elegantes vasos atenienses. Derritió Carducci con la lumbre y vigor de sus emociones la marmórea dureza del exámetro y ató los corceles del pensamiento a la noble carroza del estilo. Pues ¿qué decir del Júpiter de Weimar, del más cabal y profundo poeta de los tiempos modernos? ¿Dónde mayor pureza clásica? Nadie como Goethe recibió la influencia de su siglo para devolverla después con tan irresistible soberanía; nadie, en fin, se elevó con tan gloriosa embriaguez a las cumbres y nidos de las águilas del Parnaso. «Y no se diga—escribió a este propósito el clarísimo autor de *Pepita Jiménez*—que quien en cierto modo reproduce lo antiguo, ni piensa ni siente como en el día, y que su poesía es anacrónica. La belleza de la forma es inmortal, no pasa de moda nunca, y por ella las antiguas imágenes, fábulas y alegorías renacen y cobran juvenil frescura, y adquieren significación más alta, cuando una fantasía valiente se hunde en el seno de las edades remotas, y de allí las trae a la vida actual y a la luz del sol que hoy nos alumbra. El que tiene mente y corazón y mira el espectáculo del mundo,

de la Historia en su largo proceso, y de la vida humana con sus sentimientos y pasiones, se pone en medio del raudal de los siglos, del movimiento incesante de las inteligencias, y cuanto dice es tan nuevo como puede y debe ser, aunque se revista de forma antigua, si hemos de llamar forma antigua a la forma bella.» Harto lo mostró con el brío de su excelente ingenio quien escribió estas palabras y derramó en sus obras la exquisita lengua de los místicos. Ejemplo también nos dan a borbollones todos los grandes poetas de Castilla, los más cultos y a la par los más originales. Pero ¿quién como el primero de todos, el inmortal Fray Luis de León,

«que vertió añejo vino en odres nuevos,
y la forma purísima pagana
labró con mano y corazón cristianos?»

Ya que cité los versos del divino montañés, cuya reciente pérdida lloran las Musas españolas con lágrimas de fuego y oro, ¿qué otra cosa hizo el maestro Menéndez y Pelayo sino infundir en las puras formas clásicas el espíritu moderno de la erudición y de la crítica? Por eso fué, no sólo un sabio, pero también un admirable artífice. El estudio y familiaridad de los modelos clásicos educa el gusto, apacienta los sentidos, nutre la fantasía de nobles imágenes, adiestra la pluma, corrige

los ímpetus de la emoción, da luces al juicio y alas al pensamiento. Quien los ignora, suele caer en la extravagancia o recibir su influjo por segunda o tercera mano. ¡Cuán frecuentes son los ingenios que se juzgan originales porque nada conocen, y repiten, sin saberlo, aquello mismo que menosprecian! ¡Cuántos beben con avidez en cantaricos y orzas no muy limpias el agua que desdeñaron en la fuente!

Discernida, pues, la imitación como silla, freno y espuela de la invención, ¿serán menos dignos de emularse los clásicos españoles que los griegos y romanos? Y no se tilde aquélla de imitación refleja y secundaria, pues los claros ingenios de Castilla jamás copiaron servilmente, y fueron tan cabales, compitiendo con Horacio y Virgilio, como puede serlo ahora quien logre seguir y adelantar los pasos de los Medinas y Granadas, de los Cervantes y Leones. Porque lo propio y esencial, lo inimitable del poeta es el sentimiento. La originalidad no está precisamente en la forma, ni siquiera en las ideas, sino en la emoción, que todo lo inflama, remoza y transfigura. Sin emoción, el Arte se congela en prismas duros, quebradizos e incoloros. La sensibilidad del artífice rejuvenece los antiguos moldes, los hinche de sangre y de espíritu, funde la materia en el horno de su corazón, la aquilata, golpea, dobla y repuja como blando hierro, y al imitar las formas de la Naturaleza y del Arte, vuelve

a concebirlas y a traerlas en sus propias entrañas. Y estas creaciones son hijas del numen del artista como los frutos de la carne, aunque unos y otros están sujetos a la ley y estructura de las formas comunes a la especie. El más alto escritor, el más independiente de cualquier siglo, aunque no quiera, no hace sino usar y perfeccionar las formas y materias artísticas heredadas de sus mayores, y sólo a condición de conocerlas y poseerlas profundamente puede llegar a superarlas y renovarlas, infundiéndolas vida y espíritu, realizando esa majestuosa evolución del Arte, que no se hace jamás «por saltos», pero al modo de la Naturaleza, que del padre saca al hijo, de la simiente el fruto, de lo antiguo lo nuevo. Apoyándose en la tradición para aprenderla y sobrepujarla, escribían siempre nuestros clásicos: por eso eran a la vez innovadores y castizos.

El sentimiento es la semilla preciosa del Arte: nuestro corazón ama la belleza, pugna por alcanzarla, como el ave cautiva salta por subir al cielo. Pero la sensibilidad no es suficiente. Todos los hombres son más o menos sensibles, y, sin embargo, ¡ved qué pocos los poetas, qué pocos los artistas que merezcan nombre de tales! Menos dichosa la criatura racional que las avecillas de la selva, no tiene, como el ruiseñor, un canto natural, no aprendido, para exprimir sus sentimientos. Todos los ruiseñores son artistas. Pero no todos los hombres

son poetas. La sensibilidad no les basta para serlo: la sensibilidad es el arpa de Bécquer, donde duermen las notas

«como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas...»

Y esta «mano de nieve» es la emoción; pero tampoco la emoción natural y abandonada a sí misma, sino la emoción templada, dirigida y gobernada por el Arte. Sin el Arte, la emoción es una mano torpe y dura, no delicada y de nieve, que golpea y rompe las cuerdas de la sensibilidad, en vez de pulsarlas y tañerlas con movimientos divinos. Lo cual no contradice la sentencia de que «el poeta nace»; antes bien, la confirma y corrobora, pues el poeta es el ente privilegiado que nace para sentir las más puras y soberanas emociones, y por esto es esencialmente poeta; pero no canta, como el ruiseñor, por natural instinto, sino por modo más alto y complejo: por naturaleza y por arte. ¡Cuántos nacieron poetas, que no escribieron un solo verso en su vida! Y ¡cuántos también llenaron de versos libros y papeles sin una sola centella de inspiración! Por donde se declara la eterna verdad del precepto de Horacio: nada vale el Arte sin el ingenio, ni el ingenio sin el Arte.

Cosas son éstas pueriles y olvidadas de puro sabidas, por lo cual conviene recordarlas; pues las más bellas y

útiles invenciones suelen nacer de las recias, sanotas y fecundas verdades de Pero Grullo. Por olvidar que la concepción y la expresión artísticas son cosas diversas, como el Arte y el ingenio, la imitación y la invención, el clasicismo y el arcaísmo, el pensamiento y la forma; por enredar y confundir estas madejas se dicen tantas sinrazones, lo mismo en los mentideros del vulgo que en las tertulias de las gentes algo letradas. Hoy retoñan los errores del siglo XVIII, y pugnan por convertir el siglo XX en un erial de prosaísmo y pedantería; desamparamos la generosa tradición castellana para irnos de bureo con el ingenio francés, que así le pega al español como a un Santo Cristo un par de pistolas.

Decir Arte clásico nacional, es decir Arte realista; pero ni el realismo es la servil imitación de la Naturaleza, ni el clasicismo la imitación servil de los libros; no se alcanza la investidura de clásico sino a condición de expresar la vida, y no se expresa artísticamente la vida sin el conocimiento y posesión del Arte. Quien repudia sus leyes y ejercicios, e ignora las Musas griegas y latinas y desprecia las castellanas; quien destruye la materia natural del Arte y de la forma, el puro y castizo lenguaje; se atiborra de libros forasteros; piensa en francés para hablar en español, y aborrece las glorias antiguas sin conocerlas ni estudiarlas, no podrá escribir más que dislates, sin la disculpa de escribirlos bien.

Preciso es que el poeta viva a compás de su tiempo; mas no como esclavo de sus modas ni coribante de sus danzas, sino como escrutador profundo de lo que vive claro y permanente bajo las ondas turbias de lo actual. Si, desdeñando el hervor y oleaje del siglo, busca en sus entrañas silenciosas y toca el eterno fondo, será, no sólo un hombre de su tiempo, sino de todos los tiempos, porque el hervor se enfría, las espumas fenecen, las ondas van a la mar; pero el cauce es siempre el mismo, y permanece inmutable bajo el estéril vocerío de las aguas.

Una literatura nueva y original, de honrada inspiración, amante de la Naturaleza, nutrida con todos los aumentos de las Ciencias y las Artes, no puede ser enemiga de la literatura clásica ni incompatible con la lengua del siglo de oro. El clasicismo castellano es la más dichosa y fecunda unión que se ha hecho en el mundo de las dos grandes corrientes estéticas de la Historia: del helenismo y el cristianismo, de la hermosura de las formas y la profundidad de los sentimientos. Ambas poderosísimas corrientes, mezcladas en un solo raudal, constituyen la sangre y el espíritu de la cultura moderna, del Arte contemporáneo, de nuestras letras, usos y costumbres. Creer que las revoluciones de los dos últimos siglos han desviado, han agotado aquel eterno manantial, y que las mayores novedades presentes no son

hijas legítimas o espurias del Renacimiento, es vivir de espaldas a la Historia.

El tiempo actual, sobre todo en España, está plagado de ficciones, de leyendas y de equívocos, de farsas licenciosas que transcienden con grosero impudor de la política al Arte. Y una de las ficciones más insensatas es la que pretende torcer y recabar para sí el sentido del progreso, el sentido de la cultura, el sentido de la civilización. Porque llaman algunos civilización, cultura y progreso a cosas tan viles y embusteras, que, de ser así, habría para negar y aborrecer nuestro siglo y pedir una nueva invasión de bárbaros jóvenes y puros que barriesen hasta los últimos rastros de la libertad. Pero no: no es el progreso el jacobino codicioso, ignorante de la Historia, que hace tabla rasa del Arte y de la Ciencia; no es la cultura el menosprecio de las leyes, ni la civilización es la ingratitud; no es el genio español de nuestros días el ímpetu negativo y brutal de las semanas sangrientas, sino el honrado numen continuador de las gloriosas tradiciones: el numen que inspiró a D. Eduardo Saavedra, a D. Marcelino Menéndez y Pelayo, a muchos otros varones, lumbre y honor de la nueva Ciencia española.

En nombre del espíritu moderno, interpretado y definido a merced del gusto caprichoso de ciertos hombres, suelen motejar de trasnochados y arcaizantes, en litera-

tura lo mismo que en política, a cuantos no doblan su albedrío y su criterio al yugo impertinente de las modas pasajeras, al último patrón aderezado por los pérfidos y falaces modistos del pensamiento y la palabra. En nombre del espíritu moderno se niega la autoridad, se reniega de la Historia, se escarnece la tradición, se ultraja el sentimiento religioso, se da rienda suelta a todas las pasiones, como si sólo fueran legítimos y modernos el desorden, la ignorancia, el escepticismo y la anarquía; como si el mal y el bien no los trajesen, como carga y blasón, todos los siglos. No seré yo quien calumnie al nuestro rebajando sus generosas ansias al nivel de tales heces: lícito orgullo y exquisita gloria de la presente Edad son sus progresos jurídicos y sociales, la noble preocupación de los problemas éticos y metafísicos, las peregrinas invenciones de la Ciencia experimental y esta sed del espíritu, nunca satisfecho, esta trágica exaltación de las almas, que aun las hundidas en el error y la violencia se sienten hoy más desgarradas, más dolorosas y religiosas que nunca.

Cuando la corriente inexorable del tiempo arrastre al eterno mar las impurezas de nuestro siglo, quedará éste a la consideración de lo porvenir como uno de los más profundos y espirituales de la Historia. Bajo las vanas espumas de la superficie corre en lo hondo la pura linfa, el raudal de salud que vino de las fontanas de Nazaret,

y bañó los mármoles griegos y latinos, y se cercó de rosas y azucenas en los remansos de España. Aun late en nuestros corazones modernos la tradición castiza, y vive la lengua de Cervantes con su antiguo sabor, no sólo en el *Quijote*, sino en boca del pueblo (que es su señor natural), fuera de los centros urbanos, donde la destrozan bárbaramente para que sirva mejor a los altos fines de la sensibilidad y del progreso, conforme sentencian estas cosas los que las miran al revés.

Porque lo que llaman «sensibilidad», y yo entiendo como facultad de sentir, y más ampliamente todavía, como capacidad del sentimiento para las grandes y exquisitas emociones, para la compasión, la ternura, la caridad y la belleza, es para muchos como sinónimo de «sensualidad»; y aquí sí que llevan razón los tales, pues el idioma de Castilla, forjado por hombres fuertes y varoniles, no sabe expresar con exótica finura pensamientos livianos: blando y regalado para decir las cosas del corazón, elegante y sutil para declarar puros afectos, es torpe, áspero y crudo si desciende a satisfacer viles pasiones.

No soy enemigo de novedades forasteras cuando se acomodan al genio peculiar de nuestra raza, cuando responden a estímulos vehementes de la necesidad o la cultura, cuando se asimilan, como sabrosos alimentos, a nuestra sangre y espíritu. Ni me gusta poner diques a la

evolución de las cosas; antes bien, quiero impulsarla; pero sin saltos ni ficciones, a ejemplo de la madre Naturaleza. Doy por supuesto que se ha progresado de Cervantes acá, no en capacidad sensitiva—pues la sensibilidad de un español del siglo XX, de un poeta de ahora, el más exquisito de todos, no me parece superior a la sensibilidad de Fray Juan de los Ángeles, de Santa Teresa de Jesús o el Príncipe de los Ingenios—, pero sí, nadie puede negarlo, en horizontes intelectuales, en variedad y copia de saber, en ciencia y recursos económicos. Pero las nuevas necesidades que esto acarrea, ¿exigen una transformación del idioma? Entiéndase: cabe renovación, y la hay de fijo, no por el antojo de los escritores, ni aun por la autoridad de los maestros, sino por la libre voluntad del uso, por el oleaje de la creciente léxica, del caudal de voces, que son al habla lo que las ondas al río; pero quienes buscan destruir el cauce, la arquitectura de la lengua, su índole propia y castiza, su forma clásica, so pretexto de enriquecerla y renovarla, se conducen a la manera del insensato que heredase un cofre lleno de onzas peluconas, y para rehacer su peculio principiase por tirar las onzas.

Rasgo esencial es del genio español la virtud que tiene para juntar el realismo más crudo y humano con las efusiones más sublimes del idealismo espiritual. Esta es la clave con que acertamos a comprender su historia, su

arte, su literatura, su filosofía, sus costumbres, su idioma, en fin. Patente vemos tan admirable facultad en los héroes, como el Cid Ruy Díaz y San Ignacio de Loyola; en los místicos, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz; en los grandes pintores, como Velázquez y Murillo; en los filósofos, como Raimundo Lulio y Juan Luis Vives; en los altos ingenios, como Cervantes y Lope. No hay un español de buena casta, fraile o seglar, santo o poeta, artista o teólogo, noble o pechero, que no traiga este don, a la vez divino y profano, en lo más hondo y vivaz de sus entrañas, a modo de cifra y símbolo de la fecunda naturaleza del hombre, cuyas raíces se hunden en la tierra para elevarse al cielo con más ímpetu y esplendor. Acrisolada la lengua de Castilla por almas y brazos de tan puro temple, amasó también idealismo y realismo en su inmortal encarnadura, y fué apta, recia y sensible para decir con las palabras más comunes los más complejos e ideales pensamientos. Sin otro tesoro que las razones del vulgo, concertadas por el arte de los doctos y enardecidas por el fuego del corazón, supieron expresar Alonso de Cabrera, Juan de Pineda, Pedro de Valderrama y otros tales las más encumbradas teologías, los más alambicados primores del entendimiento y la sensibilidad.

Muchos y diversos afluentes se juntaron para henchir, hermosear y enriquecer la lengua del gran siglo, subién-

dola a las cumbres de su trono, orgullosa, robusta, desbordante de vida y de color, derramándola después por ambos mundos al paso militar de los ejércitos tras las banderas imperiales. Uno de aquellos manantíos fué la vena caudalosa del Renacimiento, que llenó majestuosamente los álveos de oro de Garcilaso y León, de Granada y Herrera, por el influjo magistral de los humanistas y polígrafos. Otro, más español y profundo, fué el realismo castellano, la tradición genuinamente castiza, que vino a retratarse como en anchos espejos en el teatro y la novela. Ambas corrientes, la influencia erudita y el empuje vulgar, viva y gloriosamente mezcladas, nutrieron la inspiración y modelaron el idioma, acentuándose, como es lógico, el realismo en los géneros populares, en las obras de Lope de Rueda, en *La Celestina*, en el *Lazarillo*, en el aguafuerte de Mateo Alemán, y la tendencia culta en las obras doctrinales, en *Los nombres de Cristo*, en la *Guia de pecadores*, en el *Discurso* del Maestro Medina, en los *Diálogos* de Juan de Valdés, hasta venir hirvientes, torrenciales, a desaguar en el hondo piélago del *Quijote*, inmenso depósito de los raudales clásicos, de las tradiciones heroicas, de las linfas itálicas, de las vertientes novelescas, de los libros de caballería, del Romancero y del teatro, de las fuentecillas paremiológicas, de todo, en fin, cuanto nutrió la cultura y la lengua del siglo XVI. Todo lo granjeó

Cervantes, de todo sacó partido, para superarlo todo, para cifrarlo, transfigurarlo y engrandecerlo; para cimentar así su rotunda creación, y ofrecer a la posteridad el más puro modelo del Arte literario y del idioma artístico.

Es muy frecuente decir: ¿cómo escribiría Cervantes si viviese ahora? Y se me ocurre contestar: pues escribiría como escribió en su tiempo, como los propios ángeles. Hay en la factura del *Quijote*, según es notorio, dos aspectos inconfundibles: el que refleja la observación potente de la vida, los tipos y costumbres, el habla común y saladísima del vulgo, y otro de erudita elegancia, con el dejo sutil de la docta antigüedad. Pues ¿acaso podía, quien era tan cabal artífice, desmentir la ley del Arte y crear algo cuyas formas no tuviesen raíz ni antecedente? Si en la profunda concepción del *Quijote* el libre genio cervantino voló a las cumbres de la inmortalidad sin otras alas que las suyas aguileñas, fué en la expresión artística de la obra, como todos los grandes poetas de su tiempo, un cultivador dichosísimo de la lengua heredada, el que supo traerla con más garbo, elocuencia y hermosura.

Pues, a escribir ahora, seguiría el mismo procedimiento que usó entonces: fundiría en el crisol de su arte el habla vulgar, el habla de los campesinos castellanos y andaluces—que es hoy, con pocas diferencias, la mis-

ma del siglo de oro—, y el idioma culto, el idioma literario recibido de los maestros. Lo que no haría Cervantes si volviese a nacer, es tomar por gigantes los molinos, las bacías por yelmos, por escuadrones los rebaños, y confundir la ciencia con la pedantería, la realidad con la ficción, el espíritu con la letra, como suelen muchos ahora, creyendo a cierraojos que tiene color y sabor de romance castellano el que priva en los mentideros de la ciudad y en las mesas de los cafés, el mestizo idioma que corre por libros y papeles bajo la pluma de algunos escritores, tan distantes del pueblo español como la Selva Negra del río Guadalquivir. Aborrecer de esta suerte la pulcritud de la forma y escribir a cien leguas de la realidad y la tradición, es volver la espalda a las dos realidades, a las dos tradiciones en que se apoya la literatura de todos los tiempos: el Arte clásico y el buen sentido popular.

La decadencia y laxitud creciente de la lengua culta nos exige a todos—pues todos somos algo pecadores—la obligación de tornar a las fuentes de su pureza nativa: el habla común y los modelos de antaño. Sacar a luz los libros del siglo de oro no es galvanizar difuntos ni remover escombros y cenizas; porque el idioma purísimo y rozagante del *Lazarillo*, del *Guzmán* y del *Quijote* vive, no sólo en esas obras perennes, sino también, con ruda lozanía, en la boca del vulgo, del generoso vulgo

español, en las riberas del Tajo y del Guadiana, del Ebro y del Tormes, del Betis y del Genil. Lo que sucede es que, así como en estos pícaros lustros de vocinglera demagogia se van perdiendo todos los caudales, todas las ricas herencias del pueblo español, sus vínculos de raza, su orgullo viril, sus costumbres y fueros democráticos (los cuales en otro tiempo juntaban familiarmente al vulgo y a los doctos en la vida y en los libros, en las acciones y en el habla), vemos ahora cada vez más en pugna y en divorcio a los letrados y al pueblo, hasta el punto de vivir como dos castas incompatibles sobre el mismo solar. Y esta profunda separación entre el vulgo y los elementos intelectuales y directores—que dió origen a todos los desastres del siglo XIX—inflige no pocos daños a la vida civil y a la república de las letras: uno de ellos es que ambos, los cultos y la plebe, no sólo se desprecian, porque mutuamente se ignoran, sino que tienden a usar dos idiomas distintos. ¡Cuán lejos estamos de aquella augusta democracia española en que al ornato y brío de la elocuencia no eran pobres ni angostos ni plebeyos los límites del romance que todo el mundo hablaba y entendía; cuando una «plática familiar de vieja castellana junto al fuego» bastaba a contener holgadamente, no sin primor y elegantísima hermosura, los más altos conceptos del Amor divino! Ahora los artistas de la palabra, huyendo,

por lo común, del vulgo y de sus puras tradiciones, raíces todas de la patria, se forjan a su sabor otro lenguaje, lleno de presunción y altanería, para hallarse más a compás, según ellos dicen, del espíritu moderno.

IV

¡El espíritu moderno! Pero ¿existe tal vez un espíritu *actual*, extrínseco, independiente de la inmutable naturaleza humana; una especie de *anima temporis*, superior a las almas substanciales y eternas de los hombres? Esto, que en absoluto, en pura filosofía, es contradictorio, pues el hombre no cambia de naturaleza, es siempre el mismo en sus rasgos íntimos y fundamentales, parece un hecho en el orden relativo de la Historia. Cada estado social, cada siglo, y aun cada pueblo o comunidad de hombres, tiene su índole propia, una fisonomía, una vocación dominante, un modo peculiar de conocer y sentir la vida, a todo lo cual suele llamarse *espíritu*, no con entera exactitud, pues lo que el tiempo muda, lo que el progreso labra, lo que la Ciencia y el Arte rectifican o descubren, no es la esencia, el espíritu de las cosas, sino sus formas y fenómenos, sus relaciones y sus leyes; y aquello en que una sociedad difiere de otra en el transcurso del tiempo, no es en el espíritu, sino en sus modos de actividad u orientación. Debería, pues, decirse, en vez de alma o espíritu y otras expre-

siones (materialistas y viciosas aplicadas a lo temporal), genio o carácter, como más propiamente decían los antiguos.

Mas, despejando esta cuestión de fórmulas y de nombres, fácil es advertir cómo, en un campo relativo y con fronteras no bien determinadas, toda nueva cultura ofrece un nuevo modo de interpretar la vida y acomodarse en ella, de donde nacen códigos, instituciones, costumbres, artes y ciencias más o menos puros, que a su vez modifican la condición moral y hasta el semblante físico de los hombres y de los pueblos. Sobre el fondo común de la naturaleza humana, sobre ese modelo inalterable, ¿quién no advierte el matiz de cada siglo? ¿Quién, sin ser poeta, no se figura las edades y civilizaciones como bultos o retratos de singular fisonomía, como imágenes de hombres que, aun siendo tales, aun teniendo todos el aire de la familia, de la especie, acusan la poderosa diferencia del rasgo individual? Hombres fueron, y en el más alto y duradero sentido, Platón y San Agustín, Aristóteles y Kant: nadie podrá confundir sus nombres ni sus vidas. Egipto y Grecia, Cartago y Roma, la Edad Media y el Renacimiento son formas históricas del espíritu eterno de los hombres; mas ¿quién osará decir que son iguales?

Ahora bien: ¿qué rasgos caracterizan a nuestro tiempo y le hacen diferente de los otros e inconfundible en

la Historia? Antes de responder a esta pregunta es preciso aquilatar *nuestro tiempo,* saber cuál debemos circunscribir en la serie de los últimos siglos como época singular y provisionalmente moderna. Conviene concretar mucho estas cosas, porque de su confusión nacen innúmeros errores. Moderno es distinto de contemporáneo; mas la mayor parte de los que se llaman a sí mismos *hombres modernos,* quieren decir que son *contemporáneos,* esto es, *actuales,* en el sentido más próximo, limitado y torpe de la palabra. Ser moderno de esta manera, es no ser nada espiritualmente; pues, por una parte, sólo implica el hecho natural de la existencia en el momento que se dice; y por otra parte, la ciega sumisión a lo más fugitivo, externo y superficial de la vida presente, por cuanto ésta sólo adquiere fijeza, significación rotunda, así que concluye de elaborarse, cuando logra sustraerse al crudo rabión de lo inmediato. Por eso abundan los hombres que se juzgan modernísimos al ser esclavos de la moda, y se apresuran a adoptar según dijimos, el nuevo figurín, la última postura, aun a riesgo de parecer ridículos y añejos en cuanto salta el aire de otra moda y cambia la veleta de la movible actualidad. Para ser íntima y verazmente moderno, conviene huir de las corrientes superficiales del siglo y descender a las capas serenas y profundas, que, siendo actuales y vivas, son también de todos los tiempos, porque

entrañan la Historia sin solución de continuidad. Sólo de esta suerte, desdeñando el instante que huye, para abarcar de golpe lo pasado y lo porvenir, se es hombre moderno y, a la par, hombre de espíritu. Así, Cervantes, al sacudir las espumas de su época, fué el más moderno de sus contemporáneos, y sigue siéndolo en nuestros días, y lo será por todos los siglos de los siglos. Mas ¡cuántos escritores, entre sus coetáneos, por seguir la moda seudocaballeresca de entonces, hallaron su propia mortaja en los flamantes arreos de la engañosa actualidad!

A esta luz no me parece difícil conocer la índole de nuestro tiempo, y apartar de su rostro los afeites, y percibir tras los falsos barnices los rasgos agudos y característicos, los que descubren su peculiar condición, aunque sea de un modo aproximado, pues tal estudio sólo puede hacerlo clara y definitivamente la posteridad. Tres vivas inclinaciones, a mi entender, singularizan nuestra época y le dan carácter impetuoso y bizarro; tres fuertes impulsos, cuyas raíces, aunque son bien robustas y antañonas, hallan más dócil tierra y más viciosa nutrición en el suelo abonado y ardiente de nuestro siglo. Ello es al fin, que la Edad presente, aun advirtiendo cuán artificiales y movedizas son las fronteras cronológicas, puede reducirse, desde el último tercio del siglo XVIII, a tres grandes movimientos: la democracia

en la sociedad, el criticismo en la Ciencia, el romanticismo en el Arte. Explicar la convivencia de principios tan contradictorios, y discernir cómo su recia pugna y perenne conflicto producen la inestabilidad y perpetua fluctuación de todas las cosas modernas, sería labor interesante, pero ajena al fin y proporciones de mi discurso. Así, conforme entiendo, Rousseau, Kant y Goethe son los hombres representativos de la época; el *Contrato social*, la *Crítica de la razón pura* y el *Werther*, las fuentes aun no agotadas, los veneros embriagadores de nuestro siglo igualitario y a la vez individualista, negador de todo y ansioso de afirmaciones, cristiano y pagano, siervo de la experiencia y soñador de lo infinito, apologista del derecho y rebelde a toda ley, romántico hasta en el clasicismo más docto y en el naturalismo más vil, egoísta y sensible, materialista ciego e idealista fanático, incrédulo y místico, monstruo colosal de herejías y de glorias, como nieto, al fin, aunque desfigurado, del Renacimiento.

Al ordenar en lo posible las frondosas ramificaciones, los frutos peregrinos de este árbol de vida y de ciencia, vemos que las teorías absorbentes y democrático-socialistas del Estado traen, junto a los más groseros ímpetus de la barbarie jacobina, no pocas leyes de generosa protección, nobles instituciones de caridad y enseñanza, de previsión y de ahorro, el concepto cada día más jus-

to del deber y el derecho, la progresión creciente de la vida civil; la crítica implacable de los antiguos instrumentos de conocer ha producido el desarrollo insigne de las ciencias de aplicación, y, al mismo tiempo, una inquietud, un pesimismo vagabundo que, al cabo, después de errar y gemir en las tinieblas, torna a las luces inmortales con ansias vivas de conocimiento y de amor; la libertad romántica de los artífices y poetas ha ensanchado los horizontes del numen, ha enriquecido las Artes, ha puesto cerca de nosotros las lejanías históricas, las razas forasteras, los ideales antiguos, y, a vuelta de muchos errores y complacencias malsanas, se le debe, sin duda, una mayor comprensión de la Naturaleza, una más honda piedad, el amor al paisaje, a la música, a los goces del entendimiento, esa ternura tan delicada, esa simpatía del niño y la mujer que trasciende, si no a la vida pública, a lo menos en los papeles y en los libros de ahora. Pero todo, el bien y el mal, surge revuelto y confuso, alterado por extrañas fermentaciones, lejos, tal vez para siempre, de la serenidad y proporción de otras edades que hoy, acaso por la poética distancia, nos parecen más bellas y dichosas.

No se me oculta lo temerario y escabroso de estas síntesis cuando no las precede un cauto y minucioso análisis; pero es tan amplio y sugestivo el tema, tiene tantos aspectos interesantes, raíces tan fuertes y tan finas,

sugiere tantas ideas que nacen, al correr de la pluma y la palabra, como vegetación maravillosa, que temo agotar vuestra paciencia y escribir un libro en lugar de un discurso apenas me pare a razonar las más elementales proposiciones.

Y ahora, ¿cómo someter este espíritu moderno, indisciplinado, contradictorio, multiforme, a una ley clásica, a un instrumento riguroso, fijo, en cuanto puede serlo un idioma? ¿Cómo conciliar ese genio rebelde, ansioso, cosmopolita, ultrarromántico, ondulante, con una forma elaborada en otros tiempos para expresión de otras diversas generaciones? La dificultad, a mi juicio, es sólo aparente, y se funda, no en una cierta oposición y discordancia de la lengua antigua y del espíritu nuevo, sino en la confusión que, como antes dije, suelen establecer entre la materia y la forma, entre el pensamiento y la expresión. Desde un punto de vista general y filosófico, las palabras son los símbolos de las ideas, no las ideas mismas; merced a lo cual cambian las ideas, pero sin destruir por ello las palabras; antes bien, vivificándolas al henchirlas de conceptos nuevos. Las voces latinas *virtus, humanitas, libertas* y otras tales no han fenecido al desvanecerse las nociones antiguas que expresaban: ahí están perennes (como esos vasos marmóreos del Museo Vaticano), tan dóciles al pensamiento de Virgilio como al genio de la Iglesia católica. Ambos, la palabra

y el vaso, contuvieron un día muy distinto licor; ambos, ahora, son útiles y bellos en virtud de su nuevo y sabroso contenido. ¿Quién osa decir que ha muerto la lengua inmortal de Roma y de la Iglesia, el verbo preferido de la Ciencia y la Fe? ¿Qué poeta se atrevería a afirmar que no caben sus altas efusiones en el idioma de Cicerón?

Viniendo a nuestro romance castellano, aun es más fácil conciliar su genio con el espíritu del siglo. De los tres caracteres que en el mundo moderno sobresalen, dos de ellos, la índole popular, democrática, y el romanticismo individualista y peregrino, fueron siempre rasgos peculiares y profundos de la sociedad española en todo tiempo: acuñados están con vigorosos troqueles en la castiza tradición, en las costumbres y el idioma, desde el *Poema del Cid* hasta los *Episodios Nacionales*. Pocas literaturas habrá en que, sin mengua del magisterio clásico, abunden con tan indómita lozanía los escritores independientes, los curiosos, andariegos y «pelegrinos», las vidas novelescas y desgarradas, los audaces innovadores, los guerrilleros de la pluma, en cuyos trotes y lances no es raro descubrir algunas hembras, como aquella poetisa Doña Feliciana, herida de amores, que anduvo en hábitos de varón por las aulas salmantinas. El fuero popular, origen de la moderna democracia; la libertad en el Arte, esencia del romanticismo, son cosas

tan nuestras, tan españolas, que a cada paso ofrecen el más rotundo testimonio, desde las obras de ambos Arciprestes, Juan Ruiz y Alfonso Martínez, hasta las comedias de Lope. Cuanto a la tendencia crítica y psicológica en la especulación intelectual, si no con las actitudes rencorosas y disolventes que adoptó en los enciclopedistas y filósofos allende las fronteras, tuvo en España insignes representantes en su edad de oro, hartos ejemplos de bravía entereza, de libre juicio, de famosa intrepidez. El órgano nuevo de lord Bacon, el método cartesiano, la escuela escocesa, la crítica poderosa de Kant, hubieron aquí muchos y audaces precursores. No es preciso apelar a esas figuras tempestuosas, umbrías o infortunadas de los heterodoxos, de los Servet y Molinos, para hallar ejemplos de libertad científica: Vives, Suárez, Gómez Pereira, Huarte, y aun los teólogos, como Francisco de Vitoria y Melchor Cano, esgrimieron con robusto empuje la nueva palanca del espíritu crítico. Hasta los gramáticos y preceptistas más severos, desde Nebrija, el Pinciano y el Brocense a Caramuel y Feijóo, dejaban siempre a salvo el libre arbitrio individual, los derechos del numen, pues tales fueron las tradiciones de la escuela española a partir de los siglos de Quintiliano y de Marcial. Pero esos alardes y otros muchos de orgullo democrático, de brío filosófico, de romanticismo batallador, acertaron casi siempre, por raro

y noble privilegio, a armonizarse con la fe católica y con las leyes del Arte clásico y eterno, sometiéndose todos, sin mengua de su pujanza españolísima, en el orden de la filosofía moral, a las admoniciones de la Iglesia, y en la filosofía de lo bello, a las doctas enseñanzas del mundo antiguo.

V

España, hay que decirlo de una manera rotunda, enérgica y concluyente, es el país de vida más intensa, profunda y espiritual de cuantos forjaron el mundo moderno. ¿Cómo han de ser ajenas a su idioma y condición las novedades de nuestro siglo? Si hoy yace caída al pie de sus pasadas glorias, no por eso es menos patente su voluntad de vivir. Porque todo español ama la vida, esta de abajo, y más codiciosamente la de arriba, la eterna. Por esto, por la pasión heroica y entrañada de la vida, no creamos sistemas filosóficos sobre el cimiento exclusivo de la razón: más ambiciosos, más grandes, sabemos forzar con los ímpetus del querer el secreto del eterno vivir, y fundamos la filosofía, no sólo en la glaciál inteligencia, sino en la carne viva del corazón enamorado, que hiende lo Infinito con las alas de la voluntad. En estas divinas efusiones, en estos fuegos de amor se ha fundido y aquilatado nuestra castiza lengua: ¿cómo no ha de ser apta para expresar mejor que ninguna las ansias del siglo? La idea más profunda, la abstracción más difícil, el más tenue matiz, pueden hallar en nuestro viejo

castellano la más perfecta expresión, sin que pierdan un átomo de su esencia metafísica, ganando con las palabras en transparencia y nitidez. Claro está que si se juzga por alguna de esas traducciones de filósofos modernos que suelen hacer en el español indigente de nuestras aulas de hogaño, es fuerza declararse vencidos por el adusto alemán y hasta por el menguado francés.

Cuando el lenguaje se vicia de tal modo que amenaza corromperse y parar en dialecto, sin razones sociales o históricas que lo disculpen o justifiquen, hay que volver a las canteras maternales, a los libros viejos, a la rústica plebe, y limpiar en esos crisoles el idioma, si no preferimos perder con él la más firme garantía de independencia, la más noble corona de nuestro imperio espiritual. La lengua clásica, la lengua de Cervantes y Fray Luis de León: he aquí el tipo ideal, el hermoso y resplandeciente dechado que debemos tener ante los ojos; este es el sol de la grandeza española que aun no se ha puesto en el horizonte, que aun permanece fijo en el cielo, como lumbre y guía de cien millones de almas. Aquí perduran los vivos rescoldos de la Edad Antigua, las luces del remoto Oriente, las antorchas de griegos y latinos, las hogueras de Cides y Almanzores, los incendios gloriosos del Renacimiento, las luminarias del pueblo castellano en la cumbre y soberanía de su esplendor y madurez.

Forjada en tantos yunques, derretida en tales hornos, vino a ser la Lengua, lo mismo que la Raza, libre, copiosa y multiforme, dentro de su robusta unidad. Y así como la Raza, al derramarse por el mundo, llena de fe y de ambición, supo vencer y descubrir tierras y mares para lastrar sus bajeles de peregrinos tesoros, también la Lengua, avasallando imperios, se engalanó con todo aquello que le plugo, y trajo a Castilla, con el oro y la plata, muchas piedras preciosas de diverso origen. Asentó sus cimientos en las ruinas de las primeras hablas peninsulares, puso el pie sobre las fuertes raíces del éuskaro, labró los rotos mármoles latinos, atavióse con elegancia helénica, supo emular los apasionados acentos del Yemen, apacentó sus místicas ternuras en la sacra lengua de Israel, llena de tropos y aspiraciones, de sonidos misteriosos y guturales, imitó las melodías del italiano, las voces compuestas del alemán; pero sin perder nunca su ser propio, tomando las cosas nuevas o extrañas para hacerlas suyas con invencible señorío, acomodándolas antes a su genio y virtud.

Tuvo a gala imprimir la libertad y la fuerza en todas sus formas gramaticales; sugerir, al modo moderno, mucho más de lo que expresan las palabras; sacar éstas de su lógico asiento para mejor resplandecer en el período; repetirlas con arte para declarar la vehemencia de los afectos; entretener la oración con incisos y paréntesis,

como en plática familiar, prestándole animación y vida; esparcir a manos llenas sobre los surcos de la dicción las flores agrestes de la fantasía popular, con tanto donaire y originalísimo gracejo, que nunca se pueden traducir, ni aun por aproximación, a otros idiomas.

Pues todo el patrimonio de la sintaxis nacional, riqueza de profundo valor artístico y humano, todo el acopio léxico de nuestra raza vencedora van perdiéndose, van sepultándose bajo la capa de un dialecto medio español, medio francés, torpe, seco, duro, frío, con humos y lamparones de pedantería intelectual. Es decir, que, en contra de lo que llaman servidumbre académica, y en nombre de lo que fingen espíritu moderno, destruyen la soberanía de la Lengua, cuya gramática oficial, lejos de ser un código de represión, es un espléndido fuero de amplitud democrática, pues siempre, con el hierro y con la pluma, quisieron los antiguos castellanos vivir libres y señores.

Sin negar las cualidades de claridad, finura y corrección del idioma francés, que no es preciso difamar lo ajeno para ensalzar lo propio, está bien patente y manifiesto que, entre las modernas lenguas latinas, parece la de Francia como la más prosaica, enjuta y uniforme de todas. Sólo por el acre pesimismo que acobarda y abate a muchos hombres de este tiempo, sólo por la incultura y anemia de sus espíritus se concibe esta burda manía

de atar el hermoso corcel de la lengua española, tan fogoso en sus galopes y escarceos, tan fino y ágil en sus vueltas, tan bravo y marcial en sus ímpetus, al freno y esclavitud de la sintaxis galicana, y aun al duro compás de su monótona prosodia. Si Pablo Verlaine hubiera nacido en España, ¡qué versos no hiciera con este idioma nuestro, tan blando y flexible para el matiz, tan rico en armonías imitativas, tan dulce para el gusto musical!

¿Cómo encarecer su feliz combinación de sonidos fuertes y suaves, rotundos y misteriosos, voces largas y breves, la encantadora melodía de sus números y cadencias, el boato de su léxico, y, sobre todo, la libérrima construcción, el donaire y desembarazo con que huye de las repeticiones y estorbos, y cabalga a rienda suelta como elegante amazona llena de orgullo y bizarría?

Lejos de la mesura y proporción del francés, admite muchos tonos contrapuestos, revienta de salud y fuerza plástica, luce formas redondas y turgentes, sin que le falten arrullos y melindres cuando lo pide la ocasión; tan pronto se amartela y llora como se alza con el látigo en el puño para defender su noble honestidad, y hasta se burla a veces de la lógica, haciéndole donosas morisquetas con retruécanos, burlerías e idiotismos. Y cuando para humillar a pobres envidiosos abre las arcas de sus caudales y muestra el insolente lujo de sus vestidos y sus joyas, el Potosí de sus cofres, el fulgurante aparador

de su rico diccionario, no hay lengua en el mundo que no desmaye, avergonzada y triste.

Pero no es el derroche léxico, repito, la mayor virtud de los clásicos del siglo de oro, sino la riqueza sintáctica, la novedad, el garbo, la plenitud y maestría de las oraciones, la variedad gallardísima de los giros, la osadía de las metáforas, el desenfado y robustez con que mueven la pluma, como dueños y señores de la materia y de la forma. Ya aplican la espuela en torneo y simulacro marcial, atajando muchas razones con pocas y fuertes palabras; ya enfrenan la ardiente boca del fogoso corcel, metiéndole despacio y con elegantes rodeos por la gran muchedumbre de las ideas; aquí se solazan al pie de las frondas y las fuentes, soltando la rienda del estilo oratorio, lleno de imágenes y valientes figuras; allí recogen las florecillas del campo, los refranes y agudezas, requiebros y comparanzas del vulgo; y subiendo el tono, acullá, encendidos en el fuego de la inspiración y de la fe, remontan las alas del lenguaje humano a las vertiginosas cumbres de lo divino.

¿Qué género del Arte, qué primor del espíritu moderno serán incompatibles con la lengua clásica? ¿La poesía? Válganos la memoria de Fray Luis. ¿La novela? Cuando no viviese el Hidalgo inmortal, acudirían en bullicioso tropel los pícaros de Tormes y Alfarache, con toda la caterva de buscones y escuderos, Celestinas, Jus-

tinas y Doroteas de sabrosa invención. ¿El teatro? Los manes de Lope y Tirso nos acorran. ¿La política? Vengan aquí los Torres y Guevaras, los Quevedos y Navarretes, Juan Márquez y Saavedra Fajardo. ¿La historia? Sed testigos vosotros, Padres Marianas y Sigüenzas, claros varones de aguileñas plumas; Gómaras y Mendozas y Mejías, Garcilasos y Melos, Moncadas y Solís. ¿La ciencia que llaman positiva? Descanse en paz el vocabulario científico español, tan gráfico y vigoroso en otras centurias, muerto ya bajo la triste pesadumbre del tecnicismo de ultrapuertos. ¿La filosofía? Ose quien pueda demostrar que el verbo candente y misterioso donde cuajó «la más alta y generosa filosofía que los hombres imaginaron», no sirve para traducir las ansias del espíritu, las vislumbres de la razón, los deseos entrañables y obscuros de nuestras almas calenturientas.

Si, como dicen todos, el rasgo principal del espíritu moderno es la inquietud, la rebusca angustiosa de lo Infinito, ¿dónde habrá una lengua que exprese la inquietud y el ardor como la lengua española, acostumbrada a escrutar en las tinieblas de la Noche los relámpagos de la eterna Luz, elevándose a las más puras contemplaciones de la Verdad? Si hay un idioma en el mundo que tenga bríos para subir tan alto, es este de Castilla, el de San Juan de la Cruz, el que ascendió «por la secreta escala», y oyó en la dulce «soledad sonora» «el silbo de

los aires amorosos», y conjuró con voces inmortales

«a las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores...»

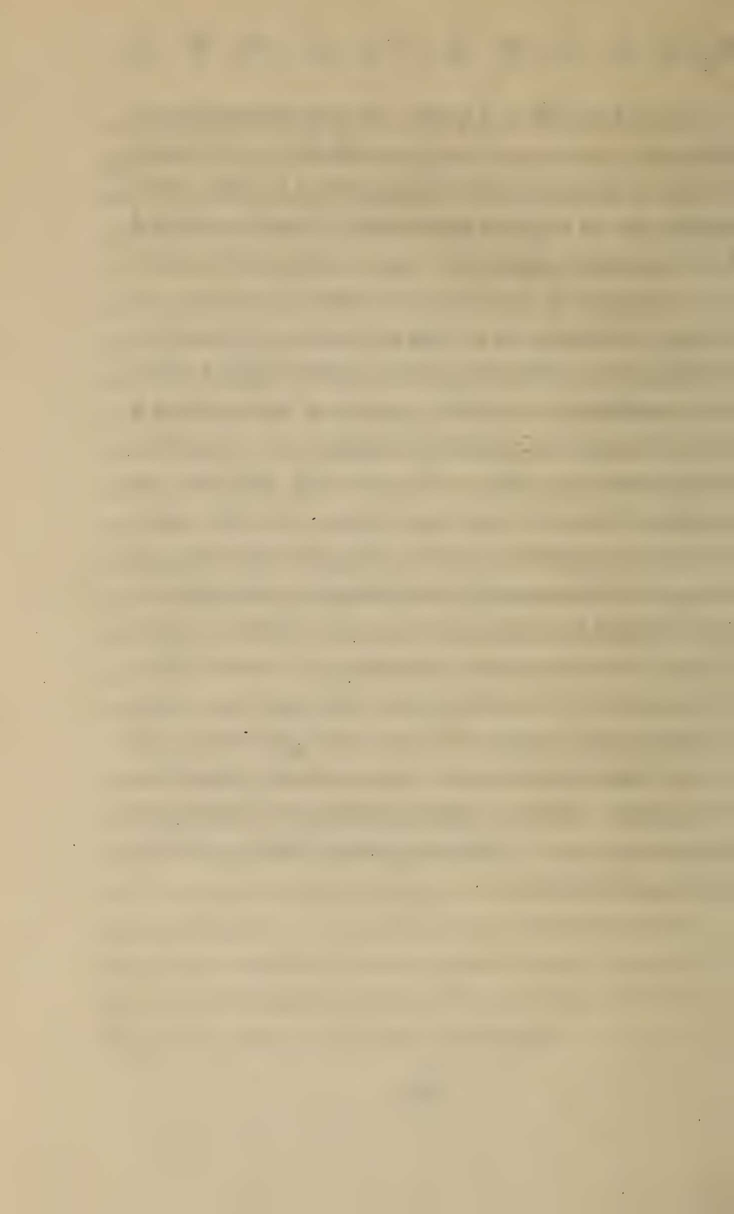
¡Oh lengua peregrina, que igual supiste caminar por la tierra entre pícaros y galeotes, cuadrilleros y mozas del partido, durmiendo en cárceles, mesones y burdeles, como subir a los palacios y a los púlpitos y escalar el cielo con manso vuelo de paloma! ¿Perdiste ya las alas y los bríos?

¡Oh tú, poeta del siglo XX, quienquiera que seas, baturro o manchego, astur o montañés, navarro o andaluz, español, en suma, que vale tanto como latino o griego: si pretendes arrancar a las Musas un eterno laurel, no busques fuera del solar dechados; usa la lengua que Dios te deparó, la noble lengua castellana! Por grande y sutil que fuere tu espíritu, por alto que frisen tus pensamientos, ¿qué no podrás decir con el idioma de Cervantes y San Juan de la Cruz? Porque si quieres hablar de amores y de ternuras, a lo mimoso y roncero, ¿dónde hallarás expresiones más suaves y regaladas, más carantoñas y fiestas, más lindos piropos, más infantiles diminutivos, más derretidas mieles? Y si te diera por lo rotundo y marcial, ¡qué de voces bárbaras y crudas, qué

de roncos y férvidos sonidos para describir el horror y tumulto de la guerra, el estruendo y tropel de las batallas, los retemblores y estampidos de la pólvora, el áspero rodar de los carros, el espantoso choque de la carne y el hierro, las corazas rotas, los salvajes relinchos, la tierra que treme, el cañón que retumba, el huracán que pasa, la sangre, la noche, el trágico silencio de la derrota y de la muerte!... Pues si tu mansa condición te inclina a más apacibles horizontes, arrullo te darán las ondas de los graciosos manantiales, y habitación las selvas, y correrá el estilo puro y claro como el agua destilada y serenísima de los recónditos neveros. Y, por fin, cuando pretendas revelar mociones de la vida interior, este idioma tan carnoso y turgente se adelgazará en tus manos como tejido inconsútil, como tela viva y sensible de impalpables nervios, donde se sienta la vibración de tu alma y dibujen los dedos de los ángeles maravillosas alegorías.

Famosa urdimbre es esta del romance español, brochada y recamada por santos poetas y místicos artífices: palio del sumo Verbo, púrpura de reyes, toca de vírgenes, velo de custodias, brocado de casullas, lienzo de banderas, paño de altar, vestidura honestísima de pensamientos limpios y veraces, airosa capa de corte castellano, rica en hombros de hidalgos caballeros, garbosa al talle de los chisperos de Madrid, manto imperial ceñido al vigoroso cuerpo de nuestra raza insigne.

¡Con qué orgullo y, a la par, con qué profunda confusión me acerco yo ahora a los umbrales de su morada y arribo al templo solemne consagrado a su culto, mantenedor de sus antiguos esplendores! Digna es esta Real Academia del singular tesoro que le fué confiado. Merced a su dignidad, sabiduría y tolerancia, señoreó majestuosa, incólume, las ardientes disputas, las fluctuaciones del gusto, recibiendo por igual en sus sillas a clásicos y románticos, a eruditos y poetas, a los humildes y a los próceres, con la serenidad augusta de las instituciones inmortales. Atenta sólo a defender la honra y soberanía del lenguaje español, permanece ha dos siglos en su glorioso puesto, ajena a todas las facciones, inmune a todos los contagios, cumpliendo su misión bienhechora bajo las lumbres claras y perennes de la Ciencia y la Tradición, de la Autoridad y el Progreso. Al inclinarme, lleno de gratitud y reverencia, ante sus puros blasones, envío también una efusiva salutación a las nobles Academias americanas, a los generosos hispanistas extranjeros y a cuantos desde lejanas tierras dedican sus luces y estudios al esplendor de nuestra Reina y Señora, la Lengua Castellana.



II

PATRIA, FIDES, AMOR



I



s virtud de las musas inmortales domar la cruda condición de los hombres y erigir, sobre el marcial estruendo de las batallas, el culto serenísimo y aquietador de la belleza. Desde los antiguos filósofos, que establecían como fin y atributo del arte la templanza, la armonía, la purificación de los afectos, hasta los modernos pensadores, aun los más agrios y rebeldes, que confiesan y pregonan el influjo apaciguador y desinteresado del numen, todos otorgan a la belleza el cetro

de las humanas jerarquías y la sientan majestuosamente en el solio de las virtudes intelectuales. Así, cuando las puras ideas platónicas, al encenderse en los divinos hornos del amor cristiano, fueron parte a crear la generosa Caballería, alzóse un trono a la mujer, encarnación de la hermosura, y aparecieron la gaya ciencia, las cortes de amor, los Juegos florales, como remansos de paz entre el fragor de las armas y el tumulto de las pasiones.

Hoy que despiertan los huracanes de la Edad de hierro y están rojas de sangre las espadas; hoy que las codicias de los pueblos azotan el mundo con los estragos de la guerra, y una locura universal turba a los hombres y desgarra los códigos de la justicia y del derecho, esta apacible fiesta de arte, de belleza, de cultura, tiene una honda significación, a un tiempo estética y moral; viene a ser, por inesperado contraste, satisfacción cumplida a los eternos fueros de la inteligencia humana, escarnecidos y hollados, ¡ved qué paradoja!, por las razas más cultas, más bellas e inteligentes de la tierra.

Así lo entendisteis vosotros, discretos varones del ilustre Ateneo de Sevilla, y, para declararlo con mayor eficacia, quisisteis que la simbólica violeta de oro se otorgase al trovador que con más ingenio y ternura cantase los beneficios de la paz ante el espléndido consistorio del amor y la hermosura.

En una sola cosa errasteis: en traer aquí para mantener tan encumbradas lides, no un claro y robusto paladín, famoso por su doctrina, su autoridad y su elocuencia, sino un pobre hidalgo como yo, novicio en los estrados del gay saber, discípulo no más y aprendiz de vuestros gloriosos maestros. Al darme esta cortés y delicada encomienda, yo os juro que la admití sin vanagloria, pues harto considero cuán fuertes ánimos pide para ser sustentada, no ya con lustre, sino con dignidad y decoro. Si yo tuviera la codicia de inmerecidos lauros, ¿cuáles habría de granjear con más orgullo que estos del elíseo jardín, cortados y ofrecidos por generosas manos sevillanas? Pero cualquier asomo de presunción o vanidad que yo sintiese al recibir tan señalado honor, confundido y absorto quedaría ante la majestad que, hoy más que nunca, ostentan los Juegos florales hispalenses.

Porque en las circunstancias que hogaño nos oprimen: escandecida Europa en voraces incendios, puesta España al filo de trágicas inminencias, espoleado el patriotismo de todos por la ansiedad común, yo no veo aquí solamente el maravilloso espectáculo de riqueza, hermosura y elegancia con que, en todo tiempo, atrajo y embelesó a los hombres la opulenta y magnífica señora del Betis; veo también y admiro el acto grandioso de afirmación de un pueblo, de una ciudad—la Emperatriz

Sevilla, el aristocrático pueblo andaluz: quinta esencia de la Patria española—, el acto solemne que ha de irradiar, con la fuerza expansiva de su espíritu, a todos los ámbitos nacionales, no sólo como un eco de blandos y armoniosos laúdes, mas como toque de clarín que entona militares dianas en un dormido campamento al clarear el amanecer.

Hora es de alerta y de misterio, trance de angustia y de esperanza, en que al redoblar los atambores lejanos despiertan las perezosas muchedumbres, se despabilan y levantan con vivos afanes de redención. También España sacude el torpe sueño, y aquí en Sevilla, se yergue, ansiosa de paz y de trabajo, con ímpetus juveniles, buscando nuevos horizontes, abriendo nuevos cauces a sus aguas, edificando el nuevo monumento donde las Victorias modernas, labradas por el cincel de un escultor, poeta y sevillano, cobijarán bajo sus alas al pueblo que vive y reina en ambos mundos. Obra de fe, labor de patria y empresa de amor es esta con que Sevilla corrobora sus brazos y su espíritu, su tradición y su progreso. ¡Aquí, pues, os traigo, encendido en tan hermosas lumbres, mi corazón de poeta, rimas y flores de vuestra dulce hermana la musa de los vergeles malagueños!

Quiero también, al son de los martillos en el yunque donde forjáis la patria nueva, cantar sus glorias y recordar sus fastos, así como en las nobles olimpiadas loa-

ban los poetas el brío de los vencedores y el esplendor de sus carrozas... Mas al llegar aquí licencia pido para cantar, inspiración imploro de la Reina gentil, quebrando al punto los vulgares troqueles de la prosa, pues no es bien, según pienso, que un poeta, y un poeta andaluz, que habla a las musas sevillanas, no mida las razones con el compás dulcísimo del verso:

Y ¿a quién, si no es a ti, reina y señora
de la fiesta, podrían trovadores
pedir licencia y generoso aliento
para cantar a España y a Sevilla?
Junto a ese trono, donde el arte riges
con el cetro mejor, que es la hermosura,
puesto a los pies, ¡oh dulce soberana!,
de tu graciosa majestad, te invoco.
¿Dónde buscar estímulos al numen,
flechas al coiazón, sino en los ojos
de una mujer? Y más si, por ventura,
es como tú, morena y sevillana...
Penetre en las entrañas de mis versos
la inspiración suavísima que brota,
como una luz, de tu semblante. ¡Nunca
decirse pudo con mayor certeza
que es la cara el retrato del espíritu
y el espíritu un soplo de los cielos!

¡Reina y señora de la fiesta, damas
de la Corte de Amor, gracias y musas
del bético jardín, hijas de aquellas
de ojos *claros, serenos*, coronadas

siempre de *puras* y *encendidas rosas*,
que, al pie de los naranjos de la Huerta
del Rey, en las estancias y jardines
del opulento Arguijo, en el estudio
del maestro Pacheco, en el umbroso
bosque de Gelves donde Amor lloraba
pesadumbres de amor, en el Museo
donde Rodrigo Caro las reliquias
eternizó de Itálica famosa,
cantaron con acentos inmortales
silvas y madrigales y canciones,
y de arrayán y de laurel ornaron
la adusta frente del divino Herrera,
mientras el claro mosto de Sanlúcar
exprimían con júbilo en la copa
del epicúreo Baltasar de Alcázar!

Hijas vosotras de tan pura estirpe
y herederas también de su hermosura,
sois de Sevilla, en nuestra edad ardiente,
la esperanza mayor. De vuestros ojos
negros, no claros, hondos, no serenos,
porque retratan la inquietud del siglo,
han de brotar para Sevilla entera
la energía y la luz. No hay en el mundo
victoria, hazaña de varón que broten
si no las concebís. Tiene la gloria
nombre y figura de mujer. ¿Qué fuera
de Don Quijote sin el puro aliento
de Dulcinea la inmortal? ¡Cuán triste
sin el mirto el laurel, y cuán glaciales
coronas sin amor, y cuán ociosos
los triunfos de los hombres si no encarnan
en unos brazos a su gloria abiertos!

Musas, reinas, mujeres... En vosotras
vive la patria y en vosotras siembran
el amor y la fe todos sus frutos.

¡Fe, Patria, Amor; dichosos luminares
que esclarecéis nuestra cerrada noche,
la noche universal donde la Vida
se hunde en el misterio de la muerte!
¡Así como entre flores y hermosuras
la fiesta presidís, sed las antorchas
de nuestra raza en el camino oscuro
del porvenir! ¡Fe, Patria, Amor; cantaros
quiero cantando a la inmortal Sevilla!
¿Dónde mejor? Aquí vuestras esencias
la tierra nutren y en el aire flotan
y con el agua y con la luz se beben.
¡Nunca sentí con toda su ternura
la dicha singular de haber nacido
cristiano y español, hasta que puse
mis deslumbrados ojos en el cielo
donde se yergue la Giralda!
¡Reina
linda y graciosa de la fiesta, musas
de la Corte de Amor, damas gentiles,
claros varones de Sevilla: salve!

II

Nunca, repito, sitio mejor ni coyuntura más dichosa que el solar andaluz y este amanecer del renacimiento sevillano para exaltar los sentimientos nacionales. Yo, enamorado de Castilla, la tierra de los recios fundadores; yo, soñador incorregible en las calles de Salamanca y de Toledo, perseguidor de antiguas sombras en Avila del Rey, en Burgos del Cid, en Santillana de la Mar, he llorado allí muchas veces, como se llora ante los sepulcros la muerte irremediable de la grandeza de Castilla, y he creído que toda, toda nuestra Patria insigne era un viejo y solitario y mudo panteón, como el sombrío panteón de la Colegiata legionense, donde las tumbas, profanadas y abiertas, no guardan ya ni las cenizas de aquellos Reyes, padres augustos de la nación española. Mas al llegar aquí, con la profunda melancolía que en mi alma puso el grave silencio de esas ciudades muertas, entróseme de golpe por las puertas del corazón todo el alegre tumulto de la vida sevillana, la perenne y graciosa juventud de esta ciudad, que es siempre nueva sin dejar de ser antigua; que sabe vivir soñando, sufrir

riendo y trabajar cantando; que adora sus tradiciones sin renunciar por ellas al progreso; que infunde en las cosas pasadas el ardor de lo presente y el afán del porvenir... Ciudad de vida y de arte, de trabajo y de ocio, de pensamiento y de gracia, tálamo y sepulcro, cuna y relicario, templo y taller, corona secular puesta en las sienes de una princesa núbil.

¡Vosotros, los que hubisteis la fortuna de nacer en tan ilustre solar; vosotros, cuyos retratos familiares no están, por cierto, en cromos infantiles ni en panderetas de gitanas, sino en los lienzos portentosos de una inmortal Escuela de pintura: ved si tenéis razón para sentiros fuertes, para crear con audacia y trabajar con alegría! Mas nunca os durmáis al pie de los laureles; la vida y la gloria imponen hartas exigencias y vuestro pasado os pide un esfuerzo mayor: hombros robustos y espíritus valientes reclaman tales blasones para ser mantenidos con decoro y majestad. Medid ahora la obligación que os incumbe, la responsabilidad que tenéis en el porvenir de Sevilla, en el porvenir de España; considerad aquí, en este recinto que lleva el nombre de San Fernando, conquistador del cielo y de la tierra, lo que de vosotros aguarda el nombre de ese Rey, de quien sois vasallos todavía, por españoles y por católicos...

Y al levantar el monumento de las futuras victorias, ese hogar común a todos los pueblos de nuestra raza,

imponed también la antigua unidad de su espíritu, restauradlos a todos en los moldes perpetuos del genio español. Andalucía, tenedlo presente, ha sido y es la madre de las soleras patrias, la bodega del más añejo hispanismo, la lía de este caldo generoso de la sustancia nacional. Yo creo que por mucho que nos agüen o adulteren el vino los mixtificadores, propios y extraños, bastará siempre el jugo de las cepas andaluzas para henchir de nuevo y abocar los odres y producir en toda España la embriaguez del patriotismo.

Preciso es ser patriotas, hoy más que nunca, pero con dignidad y sencillez, con amor y conocimiento de la patria; situarnos en el punto donde se encuentran y conforman la tradición y el progreso, que es harto ciega la pasión fanática, ya se disfrace de novedad, ya de arcaísmo; restaurar íntegramente nuestra genuina cultura, sin esa gruñona y desapacible pedantería con que hogaño nos quieren instruir algunos dómines, tan necios como iracundos, a fuerza de azotes, de injurias y puñadas; sin ese gentil mariposeo con que otros revolotean de siglo en siglo, de país en país, buscando linajes forasteros donde entroncar las glorias de nuestra casa y hasta nombres postizos para olvidar o encubrir el propio, como si fuéramos acaso, ¡nosotros, los altivos primogénitos!, hijos bastardos, carne desamparada y espuria en los caminos de la Historia...

Largo tiempo anduvimos, los andaluces sobre todo, con el espejuelo y afectación del *arabismo*, hasta el punto de atribuir a los árabes virtudes nuestras de pulcritud, galantería y tolerancia; más en boga y favor estuvo el *latinismo*, del que aún se hace brotar, como por ensalmo, raza y cultura, idioma y leyes; tampoco faltan, y son, por lo común, enrevesados e insufribles, los farautes del *germanismo;* finalmente, hoy está muy en moda, tal vez por candoroso empeño de requerir a Portugal, el *iberismo*... ¿Cuándo estará de moda el ser *españoles a secas*, íntegra y rotundamente españoles? ¿Cuándo, sin olvidar lo que se debe a iberos y celtas, a Tiro y a Cartago, a las colonias griegas y orientales, a romanos y godos, a semitas y bereberes, concluiremos que, al través de todas las invasiones, influjos y dominios, España queda, la raza perdura con mayor excelencia, complejidad y esplendor, a semejanza de la persona libre y cabal que no pierde el nombre, ni el alma, ni el genio, por mucho que progrese y peregrine, aunque mude su lengua y sus vestidos, cambie de rumbos y opiniones, y hasta reciba en sus venas la transfusión de otra sangre?

Y no se diga que ésta es sola cuestión de nombres; aun cuando lo fuera, convendría hacer hincapié, ya que el nombre, *si no hace la cosa*, por lo menos la ensalza, deprime o desfigura. ¡A cuántos hombres y pueblos no

guió por las cumbres ásperas de la gloria el estímulo del nombre heredado, la obligación del apellido, llevándoles a vencer en empresas superiores a su propio esfuerzo y vocación!

España es el nombre que ha prevalecido sobre todos al constituirse y fijarse la personalidad de nuestro país en el mundo; España es la bandera espiritual de las regiones todas de la Península, incluyendo el pueblo lusitano y aquellos otros que nacieron de nuestras entrañas en tierras de América; decir España es dibujar un arco de sol entre dos mundos y escribir el índice de la historia; España es el vaso de cristal y de oro donde la savia virgen de nuestros patriarcas recibió con los siglos peregrinas y enérgicas infusiones, donde las esencias latinas, germánicas y orientales añadieron al vital y precioso licor virtudes y sabores de eternidad. ¡Líbrenos Dios, ahora más que nunca, de romper en nuestras manos, por el empeño de alquitarar las gotas y apurar los zumos, el cáliz donde todos se contienen, o esparcir el añejo contenido por el anhelo de husmear los posos!

Porque así como el solar de nuestra Patria, abierto a dos mares, a las anchas rutas del mundo clásico y del nuevo mundo, cifra y compendia todas las zonas y los climas, y es húmedo, blando y vaporoso, como el paisaje holandés, en las praderas de Galicia; férreo, montaraz

y aguileño en los picos de Cantabria; semita, ardiente, inundado de luz en las hoyas andaluzas: puro, armonioso y elegante, como mármol griego, en las playas meridionales y levantinas; enjuto, solemne, ascético, en los páramos de la meseta castellana; soñador y gracioso, con dejos y perfiles orientales, en los vergeles de Valencia y Murcia; trágico en las hoces de las salvajes cordilleras; manso y lascivo en los pensiles; místico y heroico en los yermos; tierra de orgullo y de contraste, de pobreza o derroche, de mármol y de hierro, de nieve y de sol...; así también es sorprendente, matizado y complejo en su historia, su raza, su cultura, frutos de cruce y selección, ímpetus de la unidad en la variedad, concordias y paces, alumbramientos y epifanías de lo más opuesto y hostil, de lo más incógnito y virgen. Acaso el armonismo y conciliación de las tendencias ideológicas más diferentes y contrarias, ese febril ahinco de poner «la silla de la unidad sobre la muchedumbre de las diferencias», que caracteriza al pensamiento español, se debe a la complejidad del medio físico y de la raza; a la necesidad urgente de recoger y fundir todas las diferencias nacionales en una robusta y perdurable síntesis. Porque el mismo generoso afán de aquellos altos varones: San Isidoro, Avicebrón, Raimundo Lulio, Sabunde, Vives, Fox Morcillo, en la ciencia, vemos realizado por instinto en el arte. Bien cerca tenéis ejemplos y decha-

dos, en vuestra incomparable Catedral, en el Alcázar, en el Ayuntamiento, en la Casa de Pilatos; dondequiera que volváis los ojos, allí veréis la suprema armonía que los motivos árabes y góticos, latinos, mudéjares y platerescos entonan con hermosuras y alabanzas inmortales al genio español. Y en este gran edificio de la Patria, tan insensato es mutilar o esconder un trozo del conjunto como reducirle al orden secundario de un pormenor; es inútil disimular las influencias y aportaciones forasteras, y frívolo también negarle su poderosa originalidad. Conforme se aventajan y conciertan las disciplinas históricas de nuestro siglo, más claramente se dibuja en el horizonte la maciza unidad de la tradición española, y con más firmes y rotundos relieves surge entre las nieblas del remoto ayer la pura y auténtica fisonomía de España, madre y nodriza de naciones, crisol de pueblos y culturas, yunque de razas, maestra de gentes, metrópoli inmortal con tantos títulos, a lo menos, como Grecia y Roma para merecer la gratitud y admiración del mundo. ¡Con qué maternal emoción nos hablan del claro y robusto amanecer de Iberia las reliquias de su arte, adulto, varonil, garboso en los huertos felices de la Edetania, en las colonias focenses, en los campos tartesios, en los alegres bosques turdetanos, allí donde las vivas simientes orientales y helénicas pudieron prender en la fecunda tierra española, dócil y apercibida siempre a re-

coger y asimilar, con ágil prontitud, lo ajeno, para hacerlo propio y señalarlo con el hierro encendido de su briosa personalidad! Así, a la escultura de imitación fenicia o griega los artistas ibéricos le añaden toques de pasión y valentía que jamás tuvieron las escuelas coetáneas; así, en las efigies del Cerro de los Santos la gracia jónica está resuelta en expresivos rasgos y perfiles de singularidad indígena; un hechizo grave y misterioso, una imponente severidad, un realismo exaltado y profundo, caracteres que, al florecer las edades, perdurarán bajo las gubias y los martillos de Alonso Cano y Montañés. La mezcla, tan disonante a los extranjeros, de crudeza viril y derretida unción, de violencia y de ternura, de sensualidad y arrobo, que imprime el arte español a cuanto roza, inflama ya las calizas morenas que cincelaron nuestros remotos abuelos hace dos mil quinientos años. Dondequiera que se estudie una manifestación de arte peninsular, por ruda, infantil o antañona que fuere, al punto se ve la coherencia en las líneas esenciales de nuestra viva tradición, el persistir indómito de un gran carácter nacional. ¡Cuán española, de todos los siglos, *la Dama de Elche*, cuyo severo busto, de singular nobleza y altivez, parece la encarnación de aquella Patria original que ya sabía preferir a la esclavitud la hermosa muerte de las heroicas madres numantinas! ¡Cuán españolas también la faz de tostado color, la

expresión real e ideal de la arrogante ilicitana, la vehementísima franqueza del incógnito cincel, la libertad y atrevimiento de su estilo, la pompa y exuberancia del adorno con que alteró pródigamente los cánones griegos!

III

El estudio de nuestro romance, que no nació, según parece, del latín moribundo de los retóricos, del habla derretida en torpes delicuescencias, sino engendrado en las puras entrañas de aquella recia matrona (la del *sermo patrius)* al empuje fecundador y brioso del latín plebeyo; los vestigios de esa cultura aborigen, con monedas y leyes, arte, idioma y alfabeto propios, épica legendaria, lujo civil como el que muestran la elegante pátera de Otañes, las joyas del tesoro javiense, labor exquisita de artífices hispanos precursores de los Arfes y Becerriles: todo viene a restituir su fuerza y autoridad al arquetipo de la civilización ibera, firme cimiento de la Raza, no bárbaro y agreste como algunos dicen, antes bien, candoroso y juvenil, sinfonía heroica de España donde por cima del fragor de los broqueles se oye el alegre repicar de los crótalos tartesios...

Aunque el injerto latino floreció al cabo intensamente en la Península, ello prueba cuán cultivado se hallaba el terreno, cuán madura la civilización indígena para ceñir la toga de una cultura superior. Pero ese injerto nunca

abatió las ramas del tronco originario ni arrancó a nuestra Patria las raíces de su independencia moral; tan robustas permanecían, tan indelebles, que, a vuelta de los siglos, cuando el imperio moribundo, senil, no tuvo fuerzas para engendrar nuevos varones, dióle España cónsules y Césares, maestros y capitanes, historiadores y filósofos, naturalistas y agricultores, geógrafos y poetas, que, en el crepúsculo de Roma, forjaron una edad de plata, la cual fuera de oro a no yacer entonces tan enervada y caduca la señora del mundo.

Y ¿quién podría confundir la simpática filiación de aquellos *periti iberi* de la Bética, la Tarraconense y Lusitania? ¿Quién no oye la voz de la sangre, quién no advierte el aire de familia en los Sénecas y en Lucano, en Porcio Latron, en Quintiliano, en Marcial? El genio abrupto, indomable, enamorado de la sinceridad y la elocuencia del férreo preceptor de Ovidio; la gravedad con que el defensor de la Reina Berenice aboga por el sentido ético en el orden estético; la pompa del cantor de la Farsalia, el color y el énfasis de su estilo, aquel su ingenio singular, mezcla de orgullo, de pasión y de tristeza; el estro nervioso, agudo, elegante y socarrón de Marcial, son caracteres muy distintos, pero bien españoles todos, y se repiten luego, al través de la Historia, con incansable fertilidad en los solares andaluces, castellanos y aragoneses. Cuanto a Séneca el joven, es, y perdonad

el anacronismo, un filósofo andaluz, pues recordando la frase de Ganivet, decir «español por esencia» es decir andaluz. De tal suerte la patria celtíbera, que con notable altivez exaltaba en sus versos el licencioso poeta de Calatayud, persistía indemne, fecunda, juvenil, cantando con voces inmortales en el crepúsculo de Roma.

¡Doble crepúsculo aquel: ocaso de sangre, anochecer terrible del Imperio de los Césares; alborada inmensa, epifanía gloriosa para el mundo redimido por la Cruz! Y para España... Desde el punto y hora en que los cielos, vacíos antes y en profundas tinieblas, ciegos y sordos a las tragedias históricas, se desgarraron de súbito y entre nunca vistos resplandores apareció en la tierra el Verbo, hecho carne de dolor y de ternura, lo Infinito descendió hasta nosotros y quedaron para siempre hartas el hambre de Dios, la sed de inmortalidad de los hombres. Sólo entonces conoció España su vocación y su glorioso destino; sólo entonces sustituyó a las férreas cadenas de la unidad política los más dulces y perdurables vínculos de la unidad espiritual; sólo entonces el sentimiento de la patria, asistido por la fe, corroborado por el amor, pudo adquirir conciencia de su sér y edificar sobre los escombros de las viejas civilizaciones la vida nueva, el cuerpo místico, la equilibrada cultura, la armoniosa complejidad de un gran pueblo, refundido en el dogma y coronado por la Cruz. Y de tal suerte

encarnó el divino ideal, lo hizo propio en su sangre y en su espíritu, que ya para siempre no podrá dejar de ser cristiana sin dejar de ser española, sin renegar de sí misma...

¡Con qué entrañable convicción se siente aquí en la metrópoli hispalense, la conciencia religiosa de España! Toda Sevilla es templo, toda es sagrario de la raza y la fe, donde, entre vivos albores del cielo y de la tierra, se contiene la tradición, con igual eficacia, con el mismo decoro que en vuestra hermosa Catedral el Santo Sacramento, encarcelado en la Custodia del divino orífice... Aquí, donde brilla, con resplandores universales, la augusta pompa, el derroche estético, la piedad ardiente de las insignes procesiones de la Semana Mayor; donde el arte cristiano, luego de hacer suyo el tesoro de todas las culturas, pregona con extremadas opulencias la gloria de alarifes y escultores, de poetas, pintores y plateros; donde la oración, hecha encendida *saeta* en las entrañas del sentimiento popular, rompe en gorjeos y sollozos, sube hasta Dios y le hiere con amorosas y dulcísimas heridas: ¡todo canta en vosotros, todo confirma la profesión cristiana de la nación española! ¿Qué más? ¡Si al trocar esta tierra las ínfulas gentiles por las mitras pastorales apellidóse, por antonomasia, la tierra de María Santísima!

Aquí, ya de laurel, ya de jazmines, ya de purpúreas

rosas, poblaron para siempre vuestros jardines los varones apostólicos y las doncellas mártires; aquí de *Teodosio divino* y del «doctor de las Españas» *rodaron de marfil y oro las cunas;* aquí también, bajo los clásicos auspicios del mundo que fenecía, brotó la nueva ciencia con aureolas de santidad.

¡Siempre veréis al genio enlazar así, en todas las crisis de la Historia, los eslabones rotos del antiguo saber y redimir sus tradiciones enajenadas, fundiéndolas y armonizándolas con el espíritu nuevo! Apenas el sol amaneciente inundó con sus rayos nuestro solar, empezaron a correr por los enjutos cauces latinos las puras aguas evangélicas y a edificarse el nuevo templo místico sobre las ruinas de la Edad pasada. ¡Qué voces tan españolas y elocuentes sonaron entonces en el mundo! ¡Con qué agresivo ardor el sacerdote Juvenco, penetrado de la cultura helénica, intentó escribir la epopeya católica; y Osio, el obispo cordobés, robusto quintañón, martillo de herejes, inventor del Credo, fulminaba sus sentencias en los primeros Concilios; y San Dámaso, el *Diamante de la Fe*, el poeta y arqueólogo de las Catacumbas, rescataba los derechos de su Silla; y Prudencio, el *Píndaro cristiano*, hacía saltar los viejos moldes al ímpetu realista de su numen de hierro, embriagado por la sangre de las mazmorras y los circos! ¡Eran todavía los membrudos tercios de la matrona peninsu-

lar, vivos y palpitantes bajo la férula del romanismo exhausto!

Y si un Imperio tan duro y absorbente como Roma no pudo hender el berroqueño carácter de la vetusta Celtiberia, ¿qué había de sucederles a los invasores germanos, pueblos heterogéneos de inferior cultura y harto latinizados ya al irrumpir en ciegas oleadas sobre el solar hispanolatino, donde languidecían de puro viciosas y opulentas las abiertas flores de la más acabada civilización? Más fuerte y juvenil España que la decrépita Loba, subyugó con las gracias del espíritu la voluntad de sus malolientes señores, y estimulada por aquel azote de Dios, recabando para sí la herencia del caído Imperio, toma en sus manos la clásica antorcha y, al cabo, impone al ferocísimo guerrero idioma y letras, religión y filosofía, leyes y costumbres. Perdióse aquí la ola bárbara como las ondas de un río caudaloso en el profundo piélago, y sólo a condición de hacerse españoles y cristianos pudieron medrar los godos y templar su rudeza nativa para asentarse con gloria en las márgenes del Tajo y del Betis. Así como Ataulfo, al desposarse con Gala Placidia—y es poético símbolo—, cedió el lugar preeminente a la hermosa cautiva, engalanada como reina, reconociendo por tan galante modo su señorío moral, también los reyes bárbaros de España concluyeron por sentar en su trono a la cautiva españo-

la, avergonzados de traerla (como a Gala un tiempo el cruel Sigerico) desnuda y con oprobio delante de los corceles de guerra...

Puente de recios y famosos arcos fué España entonces tendido entre las dos Edades; puente de traza latina, mas de sillares cortados en la cantera matriz y pulidos también por manos nacionales. Obra asimismo de cultivo indígena, aunque por lo gigantesco del esfuerzo parezca *obra de romanos*, fué el venerable *Forum Judicum* y aquella portentosa enciclopedia del patriarca Isidoro, el Proteo de la Escuela científica sevillana, capaz de mover las piedras con su inflamado espíritu, de levantar con sus hercúleos brazos el monumento roto de la cultura antigua y construir con él toda la inmensa fábrica de la Edad Media hasta el primer Renacimiento. ¡Propia labor de la pujanza española, que, viva y despierta siempre, aun en los períodos más revueltos y oscuros, tomó bajo sus luces a las hordas germánicas y educó, hispanizó también, siglos adelante, a las hordas sarracenas!

Porque, por mucho que exageren ciertos orientalistas, es indudable que la civilización hispanoárabe tuvo menos de arábiga que de española: fué una cultura ajena al carácter semítico, desarrollada merced al choque con la raza vencida y al influjo del medio ambiente. Ni aun los mozárabes andaluces olvidaron la tradición

de sus mayores ni dejaron de usar su lengua ibérico-latina; el esplendor científico y literario de las escuelas de Sevilla y Toledo, que proyectó después brillantes fulgores en el Imperio carolingio, en los nacientes reinos de Asturias y Navarra, se transmitió igualmente a los musulmanes invasores, lo cual no quiere decir que el influjo de éstos fuera de todo punto estéril. Nunca sentó sus reales en Iberia un pueblo peregrino que no le añadiese alguna nueva seducción. Pero los árabes, lo mismo que los godos, más vinieron aquí bárbaramente a templar a golpes en el yunque de la guerra los músculos de un pueblo civilizado y muelle; si florecieron después, mucho después, en el crepúsculo del Califato y en los reinos de Taifas, ello fué por el natural progreso, por el empuje sirio y, más que todo, por el influjo de los mozárabes, muladíes y judíos, maestros y tutores, consejeros y hacendistas de aquellos rudos guerreros de sangre bereber. En las escuelas mozárabes andaluzas, en la labor intelectual de los Esperaindeos, Alvaros y Rezemundos, en las aulas de la Sinagoga, halló no poco el genio musulmán, de suyo grosero, materialista y sensual, donde adquirir la levadura de buen gusto, de exquisitez y elegancia espiritual con que se levantó gallardamente a las magnificencias cordobesas, sevillanas y granadinas, para influir a su vez sobre los cristianos reconquistadores de Toledo, y comunicar a Europa, al

través de la escuela castellana, la sabiduría de Oriente. Sólo en la tierra pródiga del *Andalus*, donde las palmeras del Eufrates, plantadas por mano de Abderramán, crecieron con nunca visto esplendor, pudo haber tales medros y delicias, tan gloriosos como breves, la raza torva de los desiertos; así pudo alabar Ibn Gálib el talento artístico, la galante finura, la vocación científica, la destreza mecánica de los *andalusíes, el pueblo más parecido al griego entre todos los de la tierra.*

Y advertid vosotros con orgullo cómo en el poético y venturoso instante en que una civilización añeja o novadora, oriental o latina, meridional o norteña, gentil o cristiana, alborece en los anchos horizontes de la Patria española, al punto ilumina con más vivo y gracioso resplandor los campos de la Bética, y en ellos produce siempre los frutos más dulces, más sazonados y copiosos. El sol de la cultura no se pone jamás sobre las aguas del sacro Guadalquivir, que es la arteria aorta del corazón de la patria, el vaso de sangre generosa en cuyas ondulaciones está el pulso de la vida nacional.

Aquí reflejan su postrera lumbre todos los Ocasos, y apunta el claror de todos los Renacimientos; en los campos elíseos de la dulce Turdetania se hunden las raíces de la más remota cultura peninsular; a orillas de este glorioso río y en sus antiguos brazos se dieron cita los pueblos más ilustres y emprendedores de la Histo-

ria; vieron sus márgenes llegar naves y gentes, colonias y rebaños, los leones de las proas fenicias, las elegantes flotas helénicas, mercaderes púnicos, mílites latinos, régulos visigodos, emires sarracenos; el oleaje espumoso de abigarradas muchedumbres que remontaron el cauce o descendieron por su apacible corriente. Seducidos por la hermosura de esta Galatea que, sentada en la orilla, moja los blancos pies en las azules aguas, la amartelaron y regalaron con peregrinas finezas y joyas; trajeron a su servicio y deleite cuanto creó la industria de los hombres: púrpuras de Tiro, alhajas de Cartago, ánforas griegas, cálices de Roma, gemas de Oriente, incienso y mirra de la Arabia; diéronla templos, alcázares y jardines, aderezados con los tesoros del arte universal, hasta hallarse un día dueña del mundo y ceñir a sus sienes corona de Emperatriz...

Mas el concierto de tantos primores, la adaptación y encaje de esos estilos forasteros al noble edificio de la civilización española, se ha hecho siempre con igual armonía, con igual elegancia, con la misma originalidad y sencillez que los calados arabescos, los lindos ajimeces, las soñadoras ojivas, los órdenes clásicos en vuestra famosa Giralda, símbolo, imagen del alma nacional, que conserva también dejos arábigos, ímpetus ojivales, gracias latinas y helénicas, sin dejar de ser española. ¡Oh, Giralda cristiana y sevillana, recia a la par y esbelta

como el genio andaluz; torre de gloria y de victoria, torre de honor; tienes la majestad y la fuerza de los varones que te hicieron; tienes el garbo y la finura de una mujer; que aun tus arcillas y tus piedras, cuando se ven de lejos bruñidas por el sol, toman color y suavidad de carne, de la carne exaltada por el espíritu y encendida por el ideal. ¡En ti veo patentes las virtudes de mi patria, su arte, su cultura, su misión católica! ¡También tú tienes los cimientos sobre reliquias de los mártires, y por corona la Fe! Cuando te miro, en el azul glorioso de tu cielo, siempre firme, veladora y alerta, salta en mi pecho el gozo de las emociones que hacen llorar... ¡Dichosos aquellos a quienes cupo en suerte nacer a la sombra de estas creaciones inmortales y hacer nido a sus primeros pensamientos en los bordados campaniles de una torre como esta divina torre de la Giralda, que no se sabe bien si la hicieron los hombres para subir al cielo o los ángeles para bajar a la tierra, aunque mirándoos a vosotras, sevillanas, de cierto aseguro que fueron los ángeles!...

IV

He intentado, señores, en esta caminata por los siglos, acusar, con pocos y expresivos apuntes, la personalidad histórica de nuestra Patria, y deducir la integridad y persistencia de sus genuinos caracteres al través de cuantas irrupciones la han salteado, fecundado y enriquecido. Si no me lo vedasen la longitud de este discurso y el riesgo de apurar vuestra paciencia, calaría más hondo en las raíces para inferir cumplidamente los rasgos peculiares y nativos de la raza, su índole propia y castiza, su genio secular—no ibérico, ni latino, ni germánico, ni semítico, ni mediterráneo, sino español a boca llena—; español sin motes, antifaces ni peregrinos afeites; cristiano viejo, amo de su casa y libre, muy retehombre y cabal, orgulloso y valiente, derrochador y aventurero; alentado en el peligro, manirroto en la opulencia, en la desgracia estoico; para los golpes duro; chapado a la antigua, pero lince de invenciones y zahorí de novedades; soñador de lo ideal hasta el arrobo y amante de lo real hasta el desenfreno; grave en las veras y mordacísimo en las burlas; rebelde, impresionable,

henchido de pasión, pero con una levadura de imponente severidad, con un poso de resignada tristeza. Mostraría, también con nuevos toques, la originalidad de la cultura española, su inclinación, en la ciencia, al sintetismo, al empirismo, a las soluciones prácticas y conciliadoras, no sin arranques de independencia crítica, no sin altos vuelos ontológicos; la exacerbación del sentido realista y ético en el arte; la virtud democrática de sus instituciones y leyes; el romántico sabor de sus costumbres, y concretaría, por fin, las bases donde erigir forzosamente nuestro resurgimiento nacional, si éste ha de ser de veras español, no una copia servil de modas forasteras, si ha de ser fruto vital y sazonado, no un aborto, ni menos un parricidio.

Pero harto más rotundos, luminosos y artísticos resaltarían aquellos rasgos y perfiles si yo acertase a evocarlos en el apogeo del siglo de oro, cuando España, libre de todo yugo, limpia de toda impureza, rescatada y conforme bajo la gloria de un solo cetro, puesta en la cumbre de su vigor y madurez, dueña del mundo, ciñó, como antes dije, la corona de su grandeza imperial; cuando Sevilla, retrato siempre de su cultura y de su espíritu, pudo, no sin razón, apellidarse la Atenas española.

Esclarecidas las penumbras de la Edad Media por los levantes armoniosos del Renacimiento; arraigada nuestra civilización milenaria, cedro robusto y oloroso de

tan varios y vivaces injertos en el hondo terruño de las tradiciones populares, y cobrando nueva virtud al respirar otra vez las brisas del mundo clásico; fenecido el período de transición y asiento de la Patria en su fecunda unidad; abierto en las tinieblas del Atlante el camino de las Indias... cómo no añorar y bendecir, siendo españoles, aquella edad de oro, que fué, no *un relámpago*, como algunos quieren, sino expansión meridiana, plenitud de estío, majestuosa irradiación solar; tanto que si, más tarde, paró España tan enferma, no lo debió, sin duda, al golpe de un breve centelleo; a punto estuvo de morir, mas fué de insolación. ¡Venganza del astro rey, que al verse cautivo, como un rubí de nuestra corona imperial, nos derritió los sesos y encendió nuestra sangre con espantosa calentura!

Imaginad ahora a Sevilla cuando, hecha foco de tales resplandores, se levantó con el cetro del lujo, de las industrias y las artes; cuando las naos henchidas de riquezas volcaban el oro y la plata en los abiertos muelles, en la Casa de la Contratación; cuando toda la ciudad hervía en júbilos y fiestas, en el trabajo y los negocios, en ímpetu poético, en avidez intelectual; cuando las Escuelas científicas, literarias y artísticas, aulas perennes de acendrado casticismo, templos de unidad y de orden, joyerías del idioma castellano, talleres y museos del gran realismo español, desplegaron toda su eficacia bajo

la pura claridad de este cielo, más limpio y transparente que el del Atica.

Evocad los jardines del retiro de Gelves, el alto collado, el deleitoso bosque, la parlera fontana, testigos de las ansias inmortales del cantor de *Luz;* la morada prócer de los famosos Mecenas, los duques de Alcalá; el palacio, derribado no ha mucho, donde aquel magnífico varón, D. Juan de Arguijo, predilecto de las Gracias y las Musas, aposentólas con extremada cortesanía; la Academia de Francisco Pacheco, gran señor también de las Artes y las Letras, allí donde Velázquez y Alonso Cano, Jáuregui, Alcázar, los poetas y pintores, hallaban cultivo y solaz; los talleres de Herrera el viejo y Martínez Montañés; la apacible alquería de Arias Montano; la Universidad; los Colegios de Humanidades; las prensas florentísimas; las cátedras, famosas en toda suerte de estudios...

¡Qué caracteres tan complejos, qué semblantes y qué perfiles tan castizos los de aquellos árcades sevillanos! ¡Cuán discretos, donosos y ardientes; cuán españoles, y, a la vez, cuán universales! Varones doctos, de muchas letras y espíritu, muy en su punto y sazón, ingenios de todas horas, cultos y aliñados, de exquisito dejo, de plausibles noticias y de agudos repentes, lucían todos la corona de la discreta variedad, y repartían sabiamente sus años entre los libros y los viajes, los negocios de

mundo y la serena meditación. No hay sino recordar al buen Argote de Molina, lustre de todos los empleos, señor de todas las materias, que, luego de asistir a la Patria y al Rey, se recogió en su plácido museo, entre pinturas y panoplias y códices peregrinos; a Baltasar del Alcázar, poeta socarrón, humanista con sus puntas y ribetes de naturalista y geógrafo, de músico y dibujante, sin mentar al garbosísimo autor del *Diablo Cojuelo* y otros así, naifes de copiosas y chispeantes facetas, que siempre tuvo a granel en sus manos el pródigo genio andaluz.

Artistas eran de insaciable curiosidad, amigos de toda erudición, bien que aderezada con muy finas sales; aficionados a revolver el polvo de los siglos, a husmear en ruinas y papeles viejos, con ese amor grave y dulcísimo de la Historia, que nace a la par del entendimiento y del corazón. Figuraos al maestro Medina en su aposento silencioso, colmado de libros y antigüedades, cuando se retiró a «vida quieta»; ved a Mal Lara coleccionando las florecillas de la tradición, esas que sobreviven «a los más soberbios edificios y a las ciudades más populosas» mirad a Rodrigo Caro, en su «sereno templo de Minerva», con la fruición sutil del arqueólogo, bebiendo, en las ruinas de Itálica, la tristeza infinita, la soledad y el llanto de las cosas. No les faltó esa vena de poesía trascendente, muy propia del alma andaluza, al elegíaco tro-

vador de las flores, al que hallaba en las breves y tiernas vidas de los jazmines y las rosas hartos motivos de pesadumbre y de lágrimas; ni al grave Herrera, ni al blando Cetina, ni aun al galante y rumboso Arguijo, capaz de arruinarse una noche por festejar a una mujer.

Pues con tales adentros de nostalgia, melancolía y suave arcaísmo, tenían aquellos poetas muy grande inclinación a lo presente; no mal hallados en el tumulto de la vida militar o civil, no desdeñaban tampoco, a fuer de castizos y demócratas, los ecos zumbones, las alegrías plebeyas que en las gradas hirvientes de la Catedral, en el Arenal famoso, en el Compás bravío, entre rufos, pícaros y mozos de golpe, sintió también la musa cervantina. Y de su condición, jovial y democrática, surgía, naturalmente un dulce amor a la *filosofía vulgar*, o *folklore*, como ahora dicen a esa ciencia del pueblo, tan española y sevillana...

Recoged todos los rasgos y matices de la cultura hispalense; respirad, pues todavía deleita nuestros sentidos aquel «olor de ciudad», aquel dulcísimo «no sé qué», mezcla exquisita de opulencia, de hospitalidad, de elegancia, con que Sevilla, según dijo Mateo Alemán, aventajaba a la Corte. Representaos el soberano túmulo en las honras del Rey Prudente, aquella *Máquina insigne*, cuya grandeza *espantó* al Príncipe de los Ingenios; ved las aún patentes y suntuosas fiestas religiosas y profanas, las

procesiones, los regocijos populares, los saraos aristocráticos, las brillantes naumaquias en el Guadalquivir, todo el rumbo y tropel de esta *Roma triunfante en ánimo y nobleza...*

Y si queréis contemplarla, no al través de mis torpes apuntes, sino en cuadros velazqueños, ahí están, entre otros libros sevillanos, los del maestro Rodríguez Marín, el heredero venturoso de aquellos antiguos varones, el docto artista en quien se unen por modo bien exquisito, las éticas sales andaluzas, el hondo y vasto saber, la amenísima erudición, la gravedad del arqueólogo, la inspiración del poeta y esa lozanía perenne del ingenio que a todas sus obras infunde un resplandor de gracia espiritual.

Porque en esta tierra al numen artístico, las más complejas y excelentes cualidades españolas, perduran al través de los siglos como juros de raza que no prescriben jamás, y cuando la turbación de los tiempos, las infamias políticas, los oleajes de la Historia, sacuden hasta las raíces del tronco sagrado, todavía la pura savia de la tradición sube por las venas interiores y enflorece las ramas con nuevo empuje y hermosura. Que aun en los días de más peligro y decadencia se oye al pie del cedro gigantesco la voz romántica de *Don Alvaro*, y el arpa de Bécquer espera, tal vez en silencio, pero nunca rota, *la mano de nieve*, que sabe pulsarla, y el *Duque de El*

ha de tornar a orillas del Guadalquivir, no para evaporarse en el misterio de una noche de luna, mas para realizar la obra de amor con que sueñan generosamente los insignes poetas que le dieron vida... Nunca olvidéis vosotros que ha de tornar el paladín, el noble restaurador de las pasadas glorias: ello será cuando vosotros mismos a encarnarlo lleguéis en las entrañas.

Por eso, si canté con osadía
vuestras viejas venturas, sevillanos,
no fué por vana adulación; no quise
deudas pagar de gratitud con humos
ni con fragancias de lisonja. ¡Quiero,
sí, pregonar la obligación ingente,
filial, que habéis, al revivir la Patria,
de superaros a vosotros mismos,
de levantar con nuevas gallardías
la recia carga del blasón! Es hora
de lucha, de inquietud. El ancho cielo
tiene color de púrpura; la tierra
vacila en sus cimientos mal seguros.
El huracán que nos azota el rostro
también las almas, las conciencias bate.
Ni esto lo digo yo (que en mí, sin duda,
torpe altivez y presunción sería
dar lecciones en tierra de maestros);
lo dice España, que los ojos vuelve,
con angustia, a su dulce primogénita,
la más leal, y victoriosa, y prócer,
de cuantas hijas a la luz del mundo
dió con amor y con dolor; España,
que asi, en su nuevo amanecer, te implora:

¡Sevilla, lauro de mi estirpe, esencia
de mi sangre, deleite de mis ojos,
luz y alegría de mi casa, fruto
de mis amores con el Sol, espejo
de mi graciosa juventud, corona
de mi imperio en la tierra, capitana
de mis navíos en el mar, virreina
de las doradas Indias, relicario
del arte, perla de mis siglos de oro:
torna de nuevo a tu esplendor, Sevilla!
Que los caudales de las viejas flotas
te inunden otra vez, mas como frutos
del trabajo y la paz; que los hervores
de la vida moderna, rebosando
en tus morunas calles, en tus ágoras,
en tus mercados y en tus lonjas, pueblen
tu claro río de orgullosas naves
y de alegres banderas, tus estudios
con obras peregrinas de cultura,
tus paraninfos de inmortales palmas.
¡Que sobrepujen los modernos lauros
a la opulencia de la Edad antigua!
Y vosotros, artistas y poetas,
hijos del numen, que tenéis por musas
ese plantel de reinas sevillanas,
¡con nuevas rosas coronad sus frentes!
Cantemos todos al laurel futuro
sobre el cálido seno de esta tierra,
que hasta en el pecho de los Santos prende
su deliciosa turbación... ¡Cantemos:
la Fe, la Patria y el Amor lo piden!

III

PANGE LINGUA



I



ANTA, lengua, el Divino Sacramento
del Altar, el Amor de los Amores
que, en sutil apariencia encarcelado,
se nos ofrece por manjar al hambre
de nuestras bocas, a la sed ardiente
de eternidad que abrasa nuestras al-
[mas!
¡Loa también con amorosas voces
la pura Concepción de nuestra Ma-
[dre,
la Santísima Virgen, concebida
sin pecado, Azucena de la Gracia,
vida y dulzura de los hombres, llave
de los altos Misterios Eucarísticos!

¡Cantemos al Amor que nos convida
con su Cuerpo inmolado, aquí presente
para dejarse poseer, oculto
para dejarse desear! ¡Oh cielos,
mundos, estrellas, criaturas, almas,
ángeles, hombres: alabad a Cristo,
nuestro Señor, en su inmortal Custodia!
No le bastó al eterno Apasionado
hacerse carne de dolor, vestirse
con la piel de la angustia y de la muerte;
cargar sobre sus hombros nuestras culpas,
mucho más recias que la Cruz, más torvas
y agudas que los clavos, más amargas
que la hiel y el vinagre; dar su pecho
por blanco a las injurias de los hombres;
su faz al beso del traidor, su frente
a las espinas, su cerviz al yugo,
su corazón al hierro de la lanza...

Sangre, polvo, sudor, llanto y ultrajes,
cuerdas, aceros, salivazos, mofas,
en cada afrenta padecer mil vidas
y en sólo un cáliz apurar mil muertes,
perdonar y morir, clavado al leño,
las entrañas abiertas y los brazos
para mover, para estrechar al mundo,
no eran bastantes a su Amor. ¡Tenía,
pues era Dios, que superar al Hombre!
Padecer y morir por quien se ama,
dar honra y vida, desgarrarse el pecho
para entregar el corazón, son rasgos
propios del hombre cuando el hombre siente
llamear el espíritu en su carne;

mas hacer sempiterno el sacrificio,
darse en perpetua Comunión de amores,
no ya a la Humanidad, uno por uno
a cada corazón, a cada boca,
juntar su sangre con mi sangre, su alma
con la mía, su cielo con mi tierra,
nutrirme yo de la substancia suya
para vivir la vida de su Espíritu,
misterio es que los ángeles entienden
que sólo alcanzan a entrever los hombres
cuando en las horas de profundo insomnio
les abrasa la ardiente calentura
del más allá, la sed de lo Infinito...
Que todo es poco a la ternura, al ansia
del divino Amador: así le plugo
dar su cuerpo y su sangre, dar su vida,
su humanidad, su eternidad con ella,
no una vez sola como puede el Hombre,
sino en todos los tiempos y lugares,
como le cumple a Dios, toda sangrando
como en la Cruz, en inmortal convite,
para todos los siglos y las gentes,
plena de amor y de dolor, latiendo
con misterioso pulso a cada instante,
presente a todas horas en la augusta
muchedumbre de templos y sagrarios,
cálices, hostias, corazones, lenguas,
almas, prendidas en el dulce fuego
de esta Pasión universal, las almas
que gritan *¡Siempre!* a los que dicen *¡Nunca!*
Venid, pues, a esta Cena los hambrientos,
los sedientos de Amor, los que en la Noche
tendéis los brazos, los abiertos brazos

como Cristo en la cruz; los que, en tinieblas
apetecéis el sol; los que, entre hierros,
sentís en los presidios de la carne
pujos de libertad; vidas tronchadas
como tallos de flores; ojos dulces
y tristes, hechos a mirar las cosas
al través de las lágrimas; deseos
puros, heroicos, entrañables; frentes
coronadas de espinas; corazones
enfermos de belleza y de ternura,
de soledad y compasión: hermanos,
comed, bebed; este es el Pan y el Vino
de la Inmortalidad y de la Gloria!

II

Si hay pueblos, si hay moradas, si hay altares privilegiados en la tierra, donde con más amor, con más holgura y familiar costumbre le place aposentarse al Rey de reyes, ¿cuál más noble, más ancho, más hermoso que este solar español, esta ciudad insigne, estas aulas gloriosas en que brotó a torrentes la soberana luz de la Teología, el áureo sol de aquella Escuela que con Francisco de Vitoria, con sus ilustres discípulos Domingo de Soto y Melchor Cano, lumbreras de cátedras y concilios, bañó de nuevos resplandores todos los ámbitos de la Patria, esclareciendo los más hondos problemas intelectuales, los preñados abismos del misterio, las cumbres vertiginosas de lo sobrenatural?

No conocí Sede española, ni aun en las otras tierras de Castilla, donde palpite con tan recio pulso, al través de los siglos y los hombres, la conciencia teológica de la raza, como en la augusta metrópoli salmantina, donde con tal arraigo se manifieste la vocación de la estirpe, despreciadora de las cosas mortales, inclinada con vehemente ahinco a las eternas y absolutas; las armonías de

la razón y de la fe, la entrañable pasión de la verdad, aquel fervor ontológico de nuestros mayores, hecho lumbre en la mente del Doctor Eximio; aquella devoción pujantísima, plena a la vez de ternura y de ardor intelectual, que desbordaba de las universidades y los claustros, de los púlpitos y las aulas al aire libre de los campos, al coso alegre de la plaza pública, de la ciudad a la aldea, llevando tras sí a las muchedumbres con la pompa y el júbilo de las procesiones eucarísticas, los autos sacramentales, las mil fiestas y regaladísimas prácticas de nuestro siglo de oro.

Tenía entonces nuestra fe, la santa ingenuidad, el vigoroso candor de las edades evangélicas; la tierna sencillez, la majestad heroica de los siglos de hierro, bajo las elegancias de los clásicos; era una cosa robusta, orgánica, entrañable, sangre y espíritu en las venas y en las almas del vulgo y de los doctos, de los poetas, los artífices, para los cuales el dogma, lejos de parecer como fría, como imponente abstracción, latía a sus ojos concreto y familiar, a la manera de las más sensibles realidades, plástico y vivo como el fruto de las más claras y luminosas intuiciones. Estaban los hombres habituados a lo inmortal y sublime sin mengua de su emoción y su grandeza, cual amorosos hijos en las rodillas del Padre omnipotente; era el milagro para ellos acción visible, incorporada al perpetuo fluir de las cosas presentes y

naturales; era la vida, en suma, cuadro rotundo, consolador y prodigioso, en que el pincel retrata con igual firmeza y valentía, lo profano y lo divino, escenas humanas y rompimientos de gloria; tal como el lienzo del cretense donde los caballeros toledanos que acompañan al Conde de Orgaz, ven desgarrarse el cielo sobre sus nobles y españolísimas cabezas...

¿Dónde hallar más precioso relicario de nuestras puras tradiciones teológicas que este espléndido relicario salmantino, que esta ciudad lucentísima templo al amor de Dios y a la fe de los hombres, ciudad custodia, monumento vivo cuyas robustas y elegantes piedras labradas como por ángeles orífices, bruñidas por los soles de la Edad de oro, tienen color y morbidez de carne, de la carne encendida por las eternas lumbres del espíritu? ¿Dónde hogar más ilustre ni blasón más alto a las glorias pretéritas de España ni a su ya abierto porvenir, que ese edificio venerable, de perenne y graciosa juventud, la Universidad insigne, en cuya purísima portada plateresca las armas de los Reyes Católicos, el águila imperial de Carlos V, y la sede Pontificia señalan las tres cumbres de nuestra Historia, sus tres ideales señoríos: la cultura cristiana, la patria temporal, la patria eterna? ¿Dónde más claros espejos de nuestras virtudes intelectuales que las obras y las vidas de aquellos peregrinos doctores que infundieron su sangre nueva y generosa en

los antiguos y robustos vasos de la Filosofía Escolástica, que hoy, merced a su esfuerzo, resurge y prevalece sobre los rotos alcázares de los más soberbios sistemas metafísicos?

Todo fué aquí yunque y horno de la razón y de la fe; todo templo y sagrario de la Divina Majestad; nunca, desde aquel siglo XIII, lumbre y corona de siglos, desde los días del Doctor Iluminado y el Doctor Angélico, se preocuparon los hombres con tan aguda lucidez, con tan heroico brío intelectual por el estudio de las verdades supremas (las únicas que al cabo nos importan), por hundir sus mentes en los abismos insondables de Dios, como en la edad y en la patria de aquellos hércules divinos, los Vitorias, los Suárez y los Canos, los Sotos, los Báñez, los Medinas, varones de muchas y poderosas almas, luz de concilios y de príncipes, terror de herejes y sofistas, glorias perennes y familiares al claustro de San Esteban o a las Escuelas Mayores de esta inmortal Atenas española.

Ellos trazaron con su firme pulso, con su genial intuición las relaciones y los límites de ambas realidades: la naturaleza y el espíritu; ellos agotaron las fuentes del puro conocer, con una noble confianza en los derechos de la razón del hombre, sin endiosarla en mengua del sentido común y de la fe ni renegar de sus clarísimas virtudes; ellos pusieron en su punto las cuestiones más

complejas y trascendentales, golpeando a la vez con sus martillos de oro a nominalistas y herejes, y luego de ahondar en los misterios de la esencia de Dios, corroborando almas y bríos con el pan de los ángeles, restablecieron el imperio de la enciclopedia filosófica y cristiana, dilatándola por los dominios de la crítica, la psicología, la ética y el derecho, la experimentación, los horizontes filológicos, hasta convertir la Teología en una acrópolis formidable, en una Summa del saber humano, en una ciencia universal, que a no ser de Dios sería española y salmantina. Señores del pensamiento y la palabra, Maestros de luz y de armonía, aquellos varones florentísimos concertaron, al modo de los artífices platerescos, los ímpetus medioevales con las nuevas orientaciones de la Edad moderna, vistiendo con airosas togas, con la elegancia y el primor de las letras humanas la grave austeridad de las divinas; reconciliando, en fin, conforme el genio cristiano y español castizo, lo natural y lo sobrenatural, el hombre y el mundo, la especulación y la acción, cuyo divorcio constituye la más honda tragedia espiritual de nuestro tiempo.

III

En las primeras edades el hombre se confunde con la naturaleza exterior. A los hombres flacos y a los pueblos niños, les basta y les sobra con el mundo visible, que, en apariencia, tan grande y espacioso, tan bello y deleitable se les ofrece. Inclínanse con ardor a la naturaleza, la imitan y retratan; ceban los sentidos en sus lozanas y garridas formas, en los alegres y rutilantes colores, en los sonidos armoniosos; bastan a su placer las delicias de la carne; el sabroso manjar, el blando sueño, la risa de la luz y de las aguas... El placer de la acción, el libre desarrollo de las fuerzas elementales, la energía de vivir, colman el pensamiento y el deseo. Unidos con firme solidez el hombre y la tierra se conforman y estimulan a la par. El alma espiritualiza el medio, le atribuye un orden, una claridad, una ley provisionales; los impulsos conscientes se cuajan en representaciones plásticas; en vivas formas, en graciosos mitos. La verdad y la belleza se unen también: la hermosura, la novedad del mundo seducen al hombre, como la hermosura de una mujer, y atan su entendimiento al fresco goce de los sentidos...

Mas poco a poco, la dulce, la ciega infancia, la trivial y dichosa juventud, llegan a punto de reflexiva madurez: del fondo de la vida humana surge un anhelo de independencia y libertad; el mundo interior se alza imperioso reclamando sus derechos; sobre los goces de la pura actividad se proyectan las sombras del destino, del dolor y la muerte; nacen así la reflexión aguda, el *porqué* angustioso, la metafísica, la moral; se abre la conciencia como un tajo sombrío, lleno de obscuros problemas, de formidables contradicciones. Cambia la visión del mundo, el aspecto de las cosas; la antigua vida infantil, encadenada al medio ambiente, se torna en grave y enérgica sazón, henchida de ansias nuevas, de altas preocupaciones y de inquietudes mentales. Todavía, por algún tiempo, dura la paz entre la naturaleza y el alma, pero llega un instante, al fin, en que el equilibrio se rompe, en que la vida interior y la exterior chocan y pugnan, en que el sujeto, libre y dueño de sí, consciente de su íntima superioridad, se yergue con aires de señor enfrente del objeto: el hombre y el mundo se oponen y se apartan como dos implacables enemigos.

A esta ruptura trágica, pero fatal, imprescindible, urgente, condición de la vida espiritual y del progreso, añadió el orgullo de muchas inteligencias, otras mil lúgubres discordias. El universo todo, el alma entera, vinieron a convertirse para el pensamiento disolvente en

una muchedumbre de paradojas y de antítesis; y como el pensamiento no se aplaca ni detiene cuando le empuja una tendencia radical, llegó a los últimos trances de la negación y del absurdo. Una vez redimido de su infantil esclavitud, no le bastó vivir independiente: hízose rey, juzgóse Dios, repudió las cosas sensibles como ilusiones y apariencias; acabó por renegar de sí mismo y aniquilarlo todo para volver al caos. ¿No es esta, en síntesis, la historia de la Filosofía, abandonada a las solas fuerzas del discurso?

Todas las ansias de unidad y todos los ensayos de concordia hubieron de estrellarse contra los muros de bronce, contra las férreas antítesis elevadas por la propia razón, convertida al cabo en tirana del mundo, en dictadora de las otras facultades del espíritu. ¿Cómo reducir a unidad ante la sola razón, no ya divorciada de las cosas exteriores o sometida a ellas con ciega servidumbre, sino en disputa con las demás potencias del alma; cómo traer a vínculo racional y juicioso elementos que la razón opuso dentro y fuera de sí como contrarios e irreductibles, diferencias cada vez más adustas e inconciliables cuanto más conocidas y razonadas? ¿Cómo juntar en una síntesis superior, en una ciencia universal el hombre y el mundo, el pensamiento y la vida, las ideas y las cosas, la especulación y la práctica, sin caer de bruces entre las sombras de un idealismo

fantaseador o en los cienos de un naturalismo brutal sin la inocencia y la alegría de la pasada niñez? Hace ya muchos siglos que no pocos hombres, los que se jactan de libres e independientes, se interrogan así padeciendo las entrañables torturas de esa tragedia espiritual, condenados a mirar siempre con angustia desesperada, en las tinieblas de sí mismos, cómo se hacen pedazos entendimiento y corazón.

Ello era lógico y fatal en las terribles soledades de la Edad Antigua, cuando rotos los mármoles de las aras, derribados los dioses al ímpetu de las nuevas ideas trascendentes, no había aún amanecido en el mundo el sol de las verdades evangélicas; mas, desde el punto y hora de aquella mística Alborada, de aquella reveladora Epifanía, ofrecióse a los hombres, *ab aeterno*, en la sagrada Humanidad de Cristo, el sumo vínculo de unión; el lazo amoroso de todas las criaturas, la paz y el orden de todas las cosas, el raro secreto con que «reducir a unidad la muchedumbre de todas las diferencias». Ya desde entonces no hubo más razón que la soberbia y el desdén humanos para esa lucha dramática en las sombras, pues que en lo fosco de ellas aparecía un reguero de luz, de la luz inmortal, adonde embestir, con aletazos de pujante albedrío, las ansias del corazón, las ambiciones de la mente, todas las fuerzas, los apetitos, los insaciables deseos de las entrañas del alma. Porque en el Hombre-

Dios, se juntan y conciertan lo humano y lo divino, la tierra y el cielo, lo natural y lo sobrenatural, la ciencia y la hermosura, el amor y el bien, la voluntad y la razón, la idea eterna y la experiencia viva. Él vino a ser maravillosamente, la Comunión suprema de lo ideal y lo real: el ideal supremo del espíritu—Dios—realizado históricamente, hecho Hombre en la tierra, hecho naturaleza sensible y dolorosa en la Cruz, hecho carne y sangre, perpetuamente, en el Santísimo Sacramento del Altar.

Por eso la filosofía cristiana es luz y es orden, paz y sosiego, unidad y armonía; por eso fuera de sus rutas se despedazan implacables, como hermanos que se aborrecen, el pensamiento y el corazón; por eso nuestra Patria, que es la nación católica por excelencia, tiene por rasgo principal de su carácter histórico el numen conciliador y sintético, el firme y sesudo convivir de la inteligencia y la voluntad, del contemplar y el querer, de las razones y las obras, tal como se manifiesta, singularmente en los dos más altos luminares de su espíritu; la teología dogmática y la teología mística.

IV

Pues si quisiéramos cifrar, como en mote heráldico, las virtudes intelectuales y morales de la estirpe, los rasgos íntimos de la tradición española, bastaría una sola palabra, que me place repetir muchas veces; una palabra fuerte y suave, transparente y serena, plástica y eufónica, dulce a los ojos y al oído, al entendimiento y al corazón: *armonía*. Y esa palabra helénica, perteneciente ahora por derecho propio al genio español y cristiano, cincelada, bruñida y acicalada está, con primorosos y elegantísimos perfiles, con rubias luces y perdurables caracteres en el cielo y la tierra, en los palacios y los templos, en las escuelas y las glorias, en los paisajes y las almas, en el ayer y el hoy de esta ciudad de oro. Armonía: eso fué siempre vuestra rútila y prócer Salamanca. Armonía de la investigación y la fe, de la poesía y la ciencia, de la actividad y el reposo, de la pasión y la beatitud; orden, majestad y concierto de todas las facultades del espíritu sin mengua de la pujanza, diversidad y muchedumbre de las obras. Armonía en los versos y en los diálogos de Fray Luis

a cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida.

Fácil ajuste, primoroso encaje, inesperada fusión de las culturas más opuestas, de los estilos más extraños, en las joyas del arte monumental, en esas dos catedrales —una sola, por espaciosa que fuere, no bastaría a un corazón como el vuestro—, en los muros de San Esteban que desafían a los siglos bajo la pesadumbre de su gloria, en las magníficas opulencias de la Universidad, en toda esa masa imponente de arquitectura religiosa y civil donde los temas góticos, bizantinos, árabes, griegos, romanos y platerescos se funden sin disonancia, como en una estupenda sinfonía, como raudal de notas en un acorde sonoroso. Inefable amistad de todas las cosas en el ambiente, armonía de las piedras doradas con el aire y el sol y los colores de la tierra y del cielo; maravillas de ritmo, de proporción, de congruencia física y espiritual en los Palacios de las Conchas y Monterrey, en esas torres y cresterías que, plagiadas y contrahechas fuera de aquí, pierden el hechizo de su personalidad inconfundible.

Virtudes de unidad también, equilibrio robusto y armonioso, más claros y patentes todavía, en las Escuelas y

Doctores salmantinos, en aquellos severos patriarcas de la erudición española, desde el instaurador de los estudios filológicos, Antonio de Nebrija y el grande polígrafo Pedro Ciruelo, a los Maestros de humanidad y elocuencia, el Pinciano y el Brocense, varones universales, dechados de lucidez, integridad y euritmia, cuya insaciable curiosidad intelectual, cuya vocación multiforme no bastaban a satisfacer las más opuestas disciplinas, las zonas más obscuras y vírgenes de la naturaleza y el espíritu. Así las ciencias matemáticas y astronómicas, la medicina, la música, las lenguas orientales, la filosofía del derecho, las artes de aplicación alcanzaron aquí tan luminosa celsitud, bajo las lumbres que encendía el fervor teológico en aulas y monasterios, en los claustros y en los cármenes, en la vega mística del Tormes, en el huerto platónico de la Flecha...

Armonía, en fin, la más alta y noble de todas, en las almas tensas y valientes de los Medinas y los Báñez, maestros y guías del más glorioso y concertado espíritu que hubo, tal vez, en la tierra: nuestra santa patrona Teresa de Jesús. Consonancia admirable, entendimiento cordialísimo, en aquel varón, *Sócrates de la Teología*, que luego de arribar a las cumbres del puro conocer, descendía, inflamado de justicia y de amor hacia los hombres a instituir la Ciencia del Derecho de gentes, a rehacer las bases de la Moral de los pueblos. Intuición

prodigiosa de las supremas armonías entre lo divino y lo humano en el augusto *Cicerón de las Escuelas*, que discurriendo en el Concilio Tridentino, luz y honor de los Doctores de Salamanca, sobre los misterios de la Eucaristía, excedió las alturas imponentes a que pueden llegar la razón y la fe, la ciencia y la elocuencia de los hombres, ya en la gloriosa vecindad de los ángeles.

¡Qué ejemplo el de aquellas águilas de antaño a la esclavitud y endeblez de muchos varones de este siglo, los cuales, muy lejos de afrontar la vida en su entera sazón y plenitud, en su armoniosa complejidad, desde la cima donde convergen todos los rayos luminosos de la naturaleza y del espíritu, luchan miserablemente al margen de su propio sér, extraños a su propia conciencia, vacíos de sí mismos entre el tumulto de las cosas exteriores, dejando cada día un jirón de su carne en las garras del tiempo y de la muerte, o se recluyen, ciegos y sordos a la fecunda realidad, en esas torres de marfil, en esos intelectualismos alambicados y estériles, cárceles de la voluntad, sepulturas del amor, aulas de orgullo, de pedantería y de tristeza!

V

¡Felices vosotros los que sabéis conservar la virtud de la armonía como rasgo señoril del espíritu: los que, leales a vuestra hermosa tradición, no queréis olvidar que la Universidad de Salamanca fué el templo común a la ciencia de Dios y de los hombres; los que sabéis unir a las virtudes intelectuales el brío de la voluntad y el suave calor del corazón, manifestándolo así públicamente en estos homenajes conmovedores al sol del divino Sacramento!

Mostrar quisisteis también otras virtudes más humildes; la modestia, al traerme aquí, en tan alta ocasión, delante de vosotros, y la paciencia para oír mis palabras. Sólo un firme y cristiano propósito de humildad, nunca más dulce ni oportuno que en loas y fiestas del Señor, pudo inducir a los doctos Maestros salmantinos para traer a sus famosos claustros un pobre poeta, a duras penas bachiller y enteramente profano en las viejas y en las nuevas disciplinas de vuestra Universidad insigne. Y, aunque ello suene a paradoja, fué en mí también humildad venir tan pobre y tan desnudo, a estos lugares

suntuosos, donde mi voz se pierde, donde los recuerdos abruman, donde la pesadumbre de tanta riqueza y tanta gloria bastaría a hundir en el polvo de los siglos aun a quien fuese más audaz y robusto que yo.

Hallo con todo, otra excusa de mi presencia aquí: el amor entrañable que profeso a estas vivas memorias de la Patria y singularmente a sus tradiciones sacramentales que hoy resurgen con nueva lozanía en el solar español, consagrado no ha mucho por nuestro Rey católico al Corazón Eucarístico de Jesús.

Cunden ahora, dentro y fuera de España, un fuerte renacimiento religioso, una profunda reacción espiritual. Se anuncia la aurora de los grandes siglos eucarísticos. La Humanidad padece una sangrienta crisis; ha tiempo nos hallamos todos bajo el yugo de formidables contradicciones, desorientados en medio de radicales y hostiles divergencias. Por todas partes se siente la aguda necesidad de rehacer nuestra civilización y arrojar de sí cuanto hay en ella de falso, de contrahecho y podrido. Huyen las cobardes negaciones; las gentes piden certidumbres, afirmaciones supremas, síntesis poderosas que aten y concierten los elementos de verdad dispersos y confusos. Tenemos ansia de orientación, de claridad, de armonía.

Las muchedumbres, aquellas que no han perdido el sentimiento de su humanidad, que es la base del senti-

miento superior de lo divino, vuelven al pie de la Cruz, tornan a los caminos del sagrario, allí donde están perpetuamente la verdad y el concierto de la vida, la paz y el orden de todas las cosas, el vínculo de unión de todas las criaturas, el Amor de los Amores, en fin;

que en sutil apariencia encarcelado
se nos ofrece por manjar al hambre
de nuestras bocas, a la sed inmensa
de eternidad que enciende nuestras almas.

IV

EL TEATRO
DE LOS HERMANOS QUINTERO



I



Voz más recia y alegre, menos opaca y triste que la mía, debiera responder en tan feliz ocasión al claro, robusto y luminoso ingenio en cuyas obras, amor y delicia de las Musas, campean, con el brío y garbo de inmarcesible juventud, el buen sentido nacional de la vida y del arte, las tradiciones realistas y populares de la raza, aquellas que fueron el espíritu, la sangre y el nervio de todo lo español, desde las cumbres más altas de la Mística a las abiertas y espaciosas llanuras de la Novela y del Teatro.

Fué raro designio, si honroso y venturoso para mí, de esta noble Academia, que al lozanísimo autor en quien reviven los clásicos laureles de la Comedia Castellana, tal como la entendieron y asentaron sus más genuinos fundadores, le dé la bienvenida, no un Maestro de autoridad y saber, ni un Poeta ducho en las artes sabrosas de Juan del Encina, Lope de Vega y Don Ramón de la Cruz, sino un triste novelador muy poco dado a regocijos, más hecho a sufrir las penas que a divertirlas y aliviarlas.

Ello mismo, tal vez, es grande parte a sentir, ¿quién no la siente?, una irresistible atracción, una muy delicada gratitud hacia estos amabilísimos poetas que trajeron al mundo la misión generosa de alegrar las cárceles de nuestras vidas, embellecer la naturaleza sin desfigurarla, antes bien, esclareciéndola como el sol, abrir nuestros pechos a la emoción del arte puro, sin preocupaciones morbosas y estimular en nuestros labios la santa y dulce risa, que tiene, muchas veces, virtudes y efusiones de plegaria. «Yo he hecho siempre, y hago, y haré, todo lo posible por alegrar mi vida y la de aquellos que me rodean—dice Consolación, una de las más reales y garbosas figuras de mujer de este Teatro, vergel de caracteres femeninos—: alegrar la vida es quererla, y quererla es una manera de adorar a Dios, que nos la ha dado»... Estas lindas palabras con que la hechicera musa de Almi-

nar de la Reina confunde al pedante Don Eligio, ¿parecerían mal en la boca de un místico, de uno, cualquiera de nuestro siglo de oro? Salvas las naturales diferencias entre lo divino y lo profano, ¿quién no ve en la honestísima y saladísima doncella sevillana el aire angelical y gozoso de la Madre Teresa de Jesús, cuando al compás de coplas y villancicos, solía tañer el tamboril y las castañuelas, y aun con sus propias y benditas manos dar unas suaves palmadas, para alegrar a sus monjas y ahuyentar de sus pechos la torpe melancolía?

Mas quiso Dios, y hágase siempre su santa voluntad, que el numen, tan español y cristiano, del *genio alegre* y de la risa sin hiel, venga a nosotros ahora con reciente luto y honda tristeza, tanto más noble cuanto más resignada, y ello, a la par, justifique, del modo más inesperado y tierno, que se adelante a recibirle aquí, en día de gala y regocijo, quien por traer también de luto, más que las ropas el alma, puede sentir más íntimamente con el glorioso compañero, junto a las efusiones del cristiano, del artista y del amigo, la grave y profunda fraternidad del dolor...

Pero hablemos ahora de la vida, que fuera indiscreto en este lugar y en la ocasión presente velar con lágrimas la fiesta. Hablemos de la vida, que sólo es dolor irremediable para los hombres sin fe: sírvanos precisamente la realidad, la realidad más dura y más auténtica

para afirmar aquí, no con vanos artificios retóricos, mas con ejemplo indiscutible, la virtud consoladora de la fe, el influjo sosegador del arte, las excelencias y hermosuras del gran espíritu nacional, que, lejos de abismarse en la contemplación amarga y pesimista de la existencia, depura cuanto hay de feo, doloroso y triste en el mundo convirtiéndolo en acicate de generosas acciones, en espectáculo artístico y moral, en alta y viva lección. Este fué siempre el claro sentido de las almas y de las letras españolas, desde sus tiempos juveniles hasta la plenitud y la abundosa madurez de sus edades de oro, tal como resplandece en el puro dechado cervantino, el más conmovedor y universal de esa viril y noble concepción de la vida que aun de las propias adversidades y de las propias lágrimas sabe extraer la sal, nunca las hieles, y sazonar los frutos del corazón y del ingenio, las obras buenas, verdaderas y bellas con que instruir y mover, con que alegrar y divertir a los hombres.

II

Ternura humana, vocación estoica, fuerte salud espiritual, hondo y robusto sufrimiento, humor equilibrado y juicioso, gracia y donaire juveniles, llaneza en el hablar y en el vivir, fueron siempre virtudes nuestras muy castizas, patentes en los artífices y en sus obras, aun en aquellas libres y desgarradas del género picaresco, tan del gusto y afición de no pocas plumas austeras, doctas y señoriles de varones eclesiásticos.

Pero ¡qué diferencia del humor españolísimo que rebosa en obras tales, de ese ingenio grave a la par y socarrón, que aun con sus posos y dejos de fatalismo, sabe reír entre las lágrimas, ver el lado gracioso y pintoresco de las cosas, tomar la vida tal como viene, poner *al mal tiempo buena cara* y recibir con entereza el infortunio, teniendo por harto conocido que *no hay bien ni mal que cien años dure*, que *hoy por ti mañana por mí*, *ricos y pobres ante la muerte son iguales* y, sobre todo, que *no es la tierra el centro de las almas;* qué diferencia de esa agridulce filosofía (que hasta del dolor y del mal infiere tan fecundas lecciones de experiencia y re-

signación, que declara el triunfo de la voluntad y el libre albedrío sobre los accidentes y los casos temporales, aún al través de las más prosaicas y miserables aventuras de pícaros y buscones), a la soberbia y lúgubre actitud de muchos ingenios de ahora, llenos de afectación pesimista, de orgullo y suficiencia, empeñados en quitarle al hombre cuanto tiene de humano, luego de haber querido arrebatarle cuanto tiene de divino!

Suelen los tales tachar de frívolas y aparentes, mirar como de poco fuste las obras que no traen la desazón y el hormiguillo de ese arte docente, caviloso y «transcendental», gusano roedor de la belleza, pedantería insufrible de quien no sabe admirar ni sentir las obras de la imaginación creadora sin alambicarlas y obscurecerlas con «sentidos ocultos» y con fantasmas esotéricos. No hubieron menester de tan sutiles y ociosos ingredientes los más grandes artistas de nuestra raza para regir con absoluto señorío la pluma ni el pincel, para engendrar sus criaturas inmortales; bastóles a ellos su propia y natural inspiración, su rica y poética fantasía, su amor y conocimiento de la profunda realidad humana, para aprehenderla y convertirla en arte puro, no con procedimientos de abstracción, sino a la luz de sus geniales intuiciones, *viviendo la vida* como decimos ahora, padeciéndola y amándola, hasta agotar, instintivamente, en sus formas y en sus casos concretos y reales, el conteni-

do ideal, que sólo se logra cuando no se busca. De esta suerte brotaron de la péñola insigne el ingenioso hidalgo de la Mancha y su leal escudero, maravillosa antítesis, suprema representación, que tiene tan alto sentido, precisamente, porque no fué perseguida ni calculada por los secos razonamientos de un dómine, mas concebida, como fruto humano, en las entrañas amorosas de un artista. Y así nació también esa muchedumbre regocijada y alegre de la Novela y del Teatro, que al cabo de los siglos tiene más vida y gloria en la tierra que las criaturas de carne y sangre de que fué trasunto, imitación y copia. Y así alumbraron el pincel y la gubia toda esa viviente humanidad que hoy nos conmueve y nos admira en los lienzos de los Museos, en las imágenes de los Pasos, dondequiera que el hombre, iluminado por la gracia divina del arte, supo infundir en la materia el soplo misterioso de la vida y el espíritu.

Y es virtud de los grandes creadores producir semejantes maravillas con los medios más candorosos, más elementales y sencillos—conforme acabamos de oír, en citas muy oportunas y elocuentes, a quien lo sabe por gloriosa experiencia—, sin esas presunciones de exquisitez, refinamiento y profundidad con que en vano quieren disimular otros el artificio de la invención, la ausencia del estro, la ineptitud para expresar la vida. Los dos más perfectos artistas de nuestra raza, por no decir de

toda la Humanidad, aunque bien pudiera decirlo, arribaron a las cumbres de lo sublime con los procedimientos de la más extremada sencillez. Con unas pocas, pero seguras y valientes pinceladas, prendía Velázquez en sus lienzos (ventanas abiertas a la profunda realidad de la vida) los espíritus y las cosas, la luz, el aire, la naturaleza interior y la exterior. Y con la misma simplicidad grandiosa, con cuatro rasgos varoniles de su pluma, describía el Príncipe de los Ingenios las almas y los semblantes de sus héroes. Por eso es tan honda como la similitud de la técnica, toda sencillez y claridad, brío y finura, la semejanza de los tipos retratados por el poeta y el pintor: las mismas figuras socarronas y vehementes, la misma chusma indómita y bravía que hoy, como ayer, bulle por los caminos castellanos y andaluces, vemos con igual expresión y majeza, con igual actitud, como arquetipos de la raza, en los cuadros cervantinos y velazqueños de ambiente popular; así como al *ver* a *Rinconete* y *Cortadillo*, «rotos y maltratados», «los calzones de lienzo y las medias de carne», «los zapatos sin suelas», «las uñas caireladas y las manos no muy limpias», «con los naipes gastados del mucho ejercicio», al punto se nos vienen a la memoria los cuadros de género del dulce Bartolomé y su discípulo Villavicencio. Los dos saladísimos rapaces que se hartan de melón y de uvas; los tres pilluelos que juegan a los dados, son, aparte la

edad, los mismos sevillanetes «de buena gracia», «quemados del sol» andaluz, sorprendidos por la pluma y el pincel con la misma viveza cordial, con una alegría entrañable y refulgente que hace simpáticos y bellos los vestidos rotos, las carnes roñosas y las almas pícaras.

Llenos de ingenuidad, de sencillez y vigor, populares y realistas, con ese realismo romántico a la española, con esa buena gracia juvenil, fueron en sus primeras y gallardas mocedades el teatro nacional y la novela de costumbres. Juntos anduvieron los dos, con muy gentil desenvoltura, entre el bullir festivo y picaresco de la plebe, por las aldeas y caminos, muchas veces a pie, sin capa ni dineros, durmiendo al raso y aspirando a pleno pulmón los aires salubres de la libertad y de la vida. El ingenio curioso y andariego, rebosante de novedad e invención; las peregrinas aventuras; el amor a todas las realidades humanas, con que Juan del Encina, Torres Naharro, Lope de Rueda y Agustín de Rojas, padres alegres del Teatro español iban por el mundo, pícaros ayer, soldados y reñidores, cómicos hoy, frailes mañana, poetas siempre; la pobreza ingeniosa, el caminar errabundo, libre y democrático de aquellas primeras compañías, parece como que dejó una huella perdurable en nuestra clásica escena, un amor fidelísimo a la vida española, una ferviente inclinación al vulgo, más avisado y generoso que necio, pues antes que nadie celebró el

Quijote y las comedias del ingrato Fénix, y mantuvo los fueros de la casta, su espíritu, su lengua y tradiciones, frente a la falsedad, la hinchazón y pedantería de los cultos. Merced al instinto popular, que hogaño como antaño sabe distinguir el oropel del oro y las buhonerías de las piedras preciosas; gracias también a la vena robusta de la tradición que ahora, al cabo de cuatro siglos de producción dramática, todavía surte a raudales en obras como *Los borrachos, Los galeotes, La zagala, Pepita Reyes, Las flores, Malvaloca, La calumniada, Cabrita que tira al monte...*—citando así, como quien saca de un joyero los primeros brillantes que tropieza—, pudo resistir nuestro genuino Teatro las perversiones del gusto, las influencias exóticas, las tiranías pseudoclásicas, los excesos del romanticismo, los pujos del arte docente, los ímpetus más o menos valerosos y «transcendentales» de cuantos ignoran que al artista, al verdadero artista, con sentir y amar la belleza, con saber expresarla, todo le es dado por añadidura.

III

Pues de aquella buena y gloriosa casta, española y andaluza, del humanísimo Cervantes, cordobés de origen, sevillano de alma y de afición; del numen popular del *Quijote*, del *Rinconete* y la *Gitanilla*; del puro realismo velazqueño de las Hilanderas y las Meninas, de los Borrachos y los Bufones; del tierno Murillo de los cuadros de costumbres; de la fecunda tradición dramática, siempre donosa y vivaz, desde que Lope de Rueda la *sacó de mantillas*; es decir, de lo más puro y neto y brioso de nuestro linaje artístico, viene en línea directa la inspiración luminosa de los hermanos Quintero, prendida con fuertes raíces en el campo fertilísimo de la verdad humana; en lo más franco y jugoso de la nativa tierra. De tal suerte es así, que al diseñar los rasgos ejemplares del arte clásico español, su índole familiar, su clara y robusta sencillez, su gracia y su ternura, su amor a la Naturaleza, su noble y confortador sentido de la vida, no hice sino describir los caracteres del teatro, tan moderno y a la par tan castizo, de estos dos célebres autores, amados y admirados a un tiempo, lo mismo por los doctos que por el vulgo.

Y a esta sazón, al repetir juntos los nombres de ambos famosos ingenios, como es fuerza al hablar de su teatro, viene otra vez a las mientes el caso peregrino a que aludió con tanta modestia como efusión y donaire nuestro novel académico. Labor común de dos autores, si hermanos por la sangre, gemelos por el numen, la vocación y la gloria, ¿cómo separar aquí lo que a los dos pertenece? ¿Cómo partir las obras ni los lauros?

Cuestión es ésta mucho más ardua que aquella otra que se propuso al alto juicio de Salomón. ¿Qué hiciera el sabio rey si en vez de una criatura mortal, cuya legítima posesión reclamarían con grito inconfundible las propias entrañas maternales, se le ofreciese una gallarda multitud de inmortales criaturas, hijas de dos espíritus hermanos con el mismo fuero paternal?

Pero, si bien se mira, no hay que ser sabio ni rey, ni haber jurisdicción alguna para resolver este caso novísimo de doble patria potestad; basta con cumplir ahora lo que la Naturaleza y la justicia imponen, lo que ya hizo antes nuestro nuevo colega y aprobasteis todos en vuestro fuero íntimo: dar aquí por presentes a ambos hermanos y referir cuanto se diga del uno, al arte y a la gloria de los dos.

Cabalmente en el espléndido repertorio de sus obras, que ya pasan con mucho del arrogante centenar y señorean casi todos los géneros, *grandes y chicos*, desde el

drama al sainete, de la comedia al entremés, de la zarzuela al monólogo; de la pieza satírica, sentimental o alegórica, a la pintura de costumbres; del boceto cómico al teatro poético; en el ambiente popular y en el más refinado y señoril; la emoción patética y la ternura más suave; el llanto y la risa, el madrigal y la dolora; el humorismo punzante a la manera de Campoamor, y el hondo lirismo, el manso arrullo de fontana, al modo de Bécquer y Fray Luis; precisamente en ese caudal inagotable de observación y de invención, de poesía para todos los tiempos y los hombres; en ese bullicioso tropel de inolvidables figuras, encantadores tipos y matizados caracteres; en ese «cristal cambiante» del diálogo quinteriano, fidelísimo espejo de las cosas; en el fluir sonoro de esa corriente natural, henchida y desbordante, como los ríos de las vidas humanas, están los mejores testimonios con que abonar y mantener la tesis del bellísimo discurso que acabamos de aplaudir.

Pues para confirmar que «el diálogo es juntamente el fondo y la forma de la obra dramática», no hay sino traer a las mientes una cualquiera de esa multitud rozagante y juvenil de producciones insignes: *La dicha ajena*, *El amor que pasa*, *La musa loca*, *Las de Caín*, *El patio*, *La rima eterna*, *La flor de la vida*, *Nena Teruel*, *La consulesa*, *Los leales*, *Mundo mundillo*... y ver cómo surgen del diálogo espontáneo, elíptico, retozón, los

caracteres, su fondo físico y moral, sus penumbras íntimas y sus semblantes exteriores, el medio en que discurren, su psicología entera; cómo, desde las primeras palabras y a veces en una sola frase, de esas que constituyen el secreto del autor dramático, se nos revela de pronto lo más profundo y esencial de una vida, como a la luz de súbita intuición. Y esas palabras, esa frase (aquí está la gracia, el *quid divinum),* lejos de ser algo trascendental, recóndito y esotérico, son las que dice todo el mundo, las que todo el mundo entiende, las que pronuncian el tosco y el letrado, el simple y el discreto, pero que, merced al arte y al numen, adquieren una singular expresión, una hechicera novedad, una maravillosa virtud.

Es el mismo diálogo expresivo, nervioso, familiar, exuberante, de variadas inflexiones, que sugiere harto más de lo que expresa, roto en pausas y apóstrofes y bordoncillos, deshecho en risas y lágrimas, que se escucha a todas horas, en el hogar o en la calle; es la misma lengua robusta, femenina y pueril, llena de matices, de libertad y movimiento, rica en giros y tropos que oímos desde la niñez; el verbo plástico y ágil de la conversación y de la vida; el rumor desbordante y alegre que zumba en el arroyo, los ecos de la plaza, del mercado, del salón, del café, del mentidero; los ímpetus del dolor y del júbilo, de todas las emociones, afanosas de hervir

en pensamientos y palabras; la voz del señorío y de la plebe; las ondas sonoras del oleaje humano, la Realidad en suma, pero tamizada y embellecida por la virtud estética y purificadora del Arte.

Sobre este fondo común se yergue una muchedumbre de criaturas vivas, palpitantes, en plena luz, con fino y alto relieve, que las hace parecer clásicas sin dejar de ser modernas; una graciosa humanidad que infunde al punto, por su propia virtud, sin violencias, complicaciones ni efectismos, interés y emoción, irresistible simpatía. En cualquiera de las obras originales de estos dos magos de la escena, drama o pasillo, comedia o juguete, fantasía o entremés (y hay algunas de los géneros que llaman los pedantes *inferiores*, como *La buena sombra*, *Los chorros del oro*, *Mañana de sol*, *Chiquita y bonita*, *El mal de amores*, *La pitanza*, *El chiquillo*, *El flechazo*, *Nanita, nana*... que valen por todo un teatro con ínfulas de exquisitez y profundidad); en cualquiera de ellas y desde el punto y hora de alzar la cortina, se olvida el artificio de las tablas y telones para bañarse en la copiosa luz, en la fresca y espumosa oleada de humanidad auténtica y española que brilla, salta y cunde en estos personajes tan nuestros y deliciosos, tan de sangre y alma, tan de carne y hueso, hidalgos castellanos y andaluces, viejos y mozos soñadores, prototipos de la burguesía y de la plebe, de la ciudad y de la aldea, hom-

bres de mundo y de teatro, poetas, burócratas, pícaros, artistas, gente apacible o cruda, tenorios, calaveras, «buenas personas» en el fondo, toda la escala ética y social, y, sobre todo, las mujeres, que son la flor y la nata, la sal y la espuma del Teatro de los Quintero.

¡Con qué seguro pincel, con qué agudeza psicológica, saben pintar los sentimientos femeninos, las altas virtudes de la mujer española, en cualquier estado y condición, sin disimular por ello ridiculeces ni veleidades ni flaquezas, pero envolviéndolo todo en una atmósfera de romántica galantería, de aticismo y pulcritud espiritual!

Jimena, Gracia Latorre, Isabel Lozano, las *pueblerinas* de Arenales del Río, Mamá Dolores, las hijas de Caín, las nietas de Papá Juan, Nena Teruel, Doña Clarines, Doña Goya, Pepita Reyes, Carita, Encarna, las niñas de *El patio*, las cuatro hermanas de *Las flores*, *Malvaloca* y cien más risueñas creaciones que bastarían a colmar la gloria de muchos poetas, son en nuestro moderno Teatro herederas felices de la gracia, de la ternura, el desenfado, la sensibilidad y el ingenio de aquellas otras con que Lope y Tirso, los más hondos y sagaces intérpretes del corazón de la mujer, hicieron justicia a la verdad humana y a la suma delicadeza de «lo eterno femenino». Mujeres y españolas siempre, las heroínas de los Quintero, sin huella ni sombra de afec-

tación ni extranjería, sin perversiones elegantes ni complicaciones malsanas, llenas de salud moral, fuertes y dulces a la vez, piensan y hablan, como la Consuelito del «Huerto de las Campanillas», «con la razón del sentimiento, que al fin y al cabo vale más que la otra». Y aun las más humildes y obscuras y plebeyas, que con cuatro palabras que digan ya están diciéndonos que tienen también su alma en su almario, podrían repetir la soñadora frase de Currita, la biznieta de Papá Juan: «¡Ay, lucecita de los cuentos! ¡Feliz quien te lleva en el corazón!»

La lucecita de los cuentos, la que ve el caminante en la noche y nunca la alcanza, pero siempre la ve «y porque la ve camina y camina con ilusión»; la lucecita del ensueño, del ideal, del optimismo, de la alegría de vivir, ¿cuál no será la virtud de esa lucecita cuando hasta los viejos quintañones la siguen viendo y, al verla, dicen: «Se muere una vez nada más, pero se nace todas las mañanas al abrir los ojos?»

IV

Tal es el Teatro de estos inspiradísimos autores: luz de caminantes, aliento de ideal, escuela de juventud, brío y firmeza de varón, sal y ternura de mujer, tierra que aspira al cielo, humanidad que busca a Dios, noble y sabrosa filosofía con semblante amigo y apariencias de frivolidad... ¿Quién no ve todo esto en *El genio alegre*, *La dicha ajena*, *Amores y amoríos*, *El Duque de Él*, *La Calumniada*, *Las Flores*, *El Amor que pasa*, *El Centenario*, donde hay más nervio y trascendencia que en la mayor parte de esas obras de tesis que se quiebran de puro sutiles y presuntuosas?

Pero es que hay muchas gentes que no conciben la trascendencia, la seriedad ni la virtud sino con ceño adusto, hueca la voz y lóbrego el decir, como si perdiese la verdad por ser clara, sencilla y alegre o ganase por gruñona, desapacible y alambicada. Y al Teatro de los hermanos Quintero, por ser tan de casta española y andaluza, le ocurre, en opinión de algunos, lo que a la noble y generosa Andalucía: ¡cuántos la suponen fútil, inconstante, liviana, superficial, porque sabe reír, por-

que aborrece la rigidez y el pedantismo, porque ama la claridad y la llaneza, porque sabe trabajar y vivir con alegría, porque todo lo hace como jugando, a la manera de los griegos, sin la hosquedad, la pesadumbre, el énfasis, la ostentación aparatosa de los países bárbaros cuando les da por ser cultos!

¡Andalucía! Si hay algo en el mundo que aún recuerde la gracia helénica, el ático humor, la intensa delicia de vivir de aquellos pueblos adolescentes de la Edad antigua; si algo queda en nuestro siglo amanerado y triste de aquellas razas jóvenes que siempre tenían veinte años, ello está, sin duda, en las riberas del glorioso Betis, donde arraigaron y florecieron con singular pujanza y lozanía las culturas más nobles, más bellas y elegantes de la Historia. Pues si a los rasgos característicos de las edades clásicas: el amor a la Naturaleza, la serenidad del espíritu, la sencillez y familiaridad de las costumbres, la embriaguez de la imaginación, el sentimiento de la hermosura y del arte, la espontaneidad de la risa, la aptitud de abejas para gustar la flor y la miel de todas las cosas, les añadimos una levadura de melancolía oriental, los encendemos y refinamos en el horno de la fe cristiana, tendremos en cifra y resumen la psicología del pueblo andaluz, de estos afortunados hijos del Guadalquivir, que, a semejanza de los griegos, de todos los hombres sanos del cuerpo y del espíritu,

jamás reniegan de la vida, ni aun en los trances de supremo dolor, y, al revés de esos «jóvenes sin juventud, incapaces de apasionarse por una mujer ni por una idea», como decía el hijo de Doña Sacramento, saltan y ríen, como su encantadora sobrina, echan a vuelo las campanas y miran siempre a lo alto «alegrándose de haber nacido»...

Tales también los autores que entre veras y burlas han elevado a su Patria, a la grande y a la chica, a la belleza y a la fe, uno de los más firmes y airosos monumentos del arte contemporáneo. ¡Loa y honor a estos poetas, que, por serlo con tan amable espontaneidad, merecen que, ya en plena y gloriosa madurez, aún les sigan apellidando *Niños* en su tierra, como a los griegos en los tiempos felices de Solón!

¡Bien venido al estrado de esta casa el numen fervoroso que con tal fruto continúa las tradiciones dramáticas nacionales; el experto cultivador de la Lengua castiza y popular que aquí se reverencia y se custodia; el claro pintor de almas y costumbres; el primoroso artífice del diálogo, de la frase aguda, que retoza y chispea hasta en las acotaciones de sus dramas!

Y sea pronto una realidad, una corona de su puro renombre, el dulce sueño, la nobilísima ilusión de estos poetas, aquí hace poco revelada, de traer a la escena española la universal figura del creador del *Quijote:*

«un Cervantes—y repito, para acallar las mías, las hermosas palabras con que el nuevo académico lo dijo—, un Cervantes altivo y humilde, señoril y popular a la vez, grande y obscuro; de tan santa modestia, que ella sola explique su fracaso social; de tan alto ingenio, que se adivine el *Quijote* detrás de su frente... capaz también de acometer la defensa de un ideal de su alma con la sublime cólera de Alonso Quijano... un Cervantes *que, después de apurar todas las hieles de la vida, llegue a la vejez con alegres ojos*»...



V

LA ESCUELA DEL PATRIOTISMO

En la muerte del Maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Era la Patria. Mientras él vivia,
por virtud de su numen soberano,
sobre el haz del Imperio castellano
la luz del viejo sol no se ponía.
De aquella vencedora Monarquía,
templo que fué del ideal cristiano,
él en su noble, en su robusta mano,
la cruz, el cetro y el blasón tenía.
Pudo España perder cota y acero...
Si queda el corazón firme y entero,
¿qué importa que se quiebre la coraza?
Mas, al perder el verbo de su gloria,
quedan mudas las lenguas de la Historia
y en silencio mortal toda la raza.



I



EL mejor culto que podemos rendir a la memoria del Maestro, es aprender y divulgar sus nobilísimas lecciones. Ahí están, bien elocuentes y copiosas, en sus libros inmortales, aulas eternas de sabiduría y de amor; recios y gallardos templos de la ciencia española; firmes catedrales del espíritu nacional. Entremos todos bajo esas bóvedas severas, bañadas de alto silencio, donde las piedras viven, los muertos hablan y los pasados siglos resucitan; entremos todos con la frente humilde, el pecho abierto, las lágrimas en los ojos y en los labios las oraciones. Aquí está Dios,

luz y esperanza del creyente; aquí la Verdad, la dulcísima esposa del sabio; aquí la Belleza, casta afición del artista; aquí la Patria, suprema ley del ciudadano. En estas naves augustas palpitará sin fin aquel hermoso corazón donde cupieron holgadamente los más grandes amores del cielo y de la tierra; en estos altares brillará sin eclipse la lumbre de aquel soberano entendimiento que iluminó los anchos horizontes de la Historia. Antes han de rodar, entre el polvo de las sepulturas, las creaciones ambiciosas de las muchedumbres, que estos otros monumentos erigidos por un hombre solo a la gloria de su raza. Nunca se vió el amor tan lleno de conocimiento ni la fe tan dichosamente desposada con la inteligencia, ni la sabiduría con el arte. Parece que el cielo quiso encarnar las más altas cualidades humanas en un solo varón, y concertarlas y moverlas a lo divino, como dechado supremo de la ciencia y de la gracia. Unicamente así se explica, en estos siglos de ingratitud, la solitaria aparición de un héroe, que al restaurar las glorias de lo pasado forjó la más pura de las glorias presentes. Milagro fué de la divina Providencia que en estos tiempos de ignorancias presuntuosas viviera un sabio, un heroico sabio, encendido en el fervor de la verdad; un sabio artista, católico y español, hijo amantísimo de su Patria, enamorado de sus tradiciones, heredero universal de los antiguos siglos de oro.

II

Nadie como él se entrañó tan fuertemente con el alma española hasta confundirla y esenciarla con la suya. Por eso sus juicios nacían tan maduros, tan sazonados y redondos, porque eran la expresión perfecta del genio de la raza; por eso también escribía con tan puro y elegante estilo, paño de oro que se plegaba dócilmente a las graciosas curvas de sus castellanos pensamientos.

Y es que el hombre, semejante al árbol, es más fuerte, más recio y más frondoso cuanto más profundas tiene sus raíces en el terruño nativo. Más es un hombre de su tiempo y más trasciende a lo futuro cuanto más ahonda en las entrañas de su tierra, de su patria, de su historia, de su tradición. Pasan entre el vulgo por hombres nuevos, «progresivos» y creadores, los jacobinos del arroyo, los charlatanes de la plazuela, los sofistas de la tribuna, los pregoneros del «mitin». ¡Error, funestísimo error, miserable error! Esos, en la selva humana, son los parásitos viles, son los bejucos viciosos, las hojas marchitas, las ramas muertas, cuando no las serpientes venenosas... El hombre grande, heroico, verdadero, es como

la encina que se asienta en la montaña y la perfora con sus raíces para sorber el jugo de los escondidos manantiales.

¡Ay de vosotros, los que vivís a flor de surco, sin alas para subir al cielo ni bríos para cavar la tierra! No sin trabajo ni sudor se logran el pan del cuerpo y el pan del espíritu. Es menester hincar el hierro en el duro terrón de las glebas para echar las simientes, y es preciso, también, batir la costra de los siglos para dar con las fuentes de la Historia. Es fuerza remover las ruinas y levantarlas con amor y abrir la tierra madre y descender a los sepulcros y escuchar sus voces inefables, y calar muy hondo en lo que fué, para aclarar lo que es y concebir lo que será. No hay ciencia sin experiencia, ni Patria sin tradición. ¡La tradición! Los bárbaros modernos, aún más que los antiguos, la desdeñan o escarnecen. ¡Y aun se apellidan «científicos»! ¿Qué se diría del «sabio» que despreciase las obras y experiencias de sus predecesores y limitara su labor al experimento propio, al hecho presente, a la prueba momentánea?

III

Vivimos, ahora más que nunca, en un ambiente artificioso de rutinas «progresistas», de lugares comunes y frívolas paradojas. Los truhanes, los mercaderes, no se contentan ya con obstruir las puertas del templo, sino que hacen lonja y mostrador de los altares. Los groseros errores, los tópicos vulgarísimos, las ridículas petulancias que fustigó y zarandeó el Maestro en un arranque de patriotismo, de sabiduría y de elocuencia, retoñan hoy con doble aparato, con ínfulas de novedad, en el libro, en el periódico, en la tribuna, como si *La Ciencia española*, *Los Heterodoxos* y las demás obras del insigne polígrafo aún estuvieran por escribir.

Al conjuro de una palabra, *europeización*, tan presuntuosa como vacía de sentido y hasta malsonante, se ha levantado la eterna legión de noveleros y parlanchines, para los cuales no han existido jamás ni las obras del Maestro ni la Historia de España. *¡Europeización!* ¿Qué quiere decir eso? ¿Dice algo más ni menos que la frase de Alejandro Dumas, villana afrenta del pueblo hispano? ¿Es que, ignorantes de la Historia, vamos a desmen-

tir también la geografía? ¿Somos una tribu salvaje de Africa, una ínsula del Extremo Oriente, una momia protohistórica, un pueblo tan senil o tan bárbaro y niño que necesite una infusión de savia europea? ¿Dónde nutrió su pensamiento Menéndez y Pelayo, principalmente, sino en las entrañas de la tradición española, que es quizá la más pura, la más limpia, la más honrada, la más «europea» de los pueblos latinos? Pues ¿no fué España siempre a modo de un recio crisol donde se mezclaron y rehogaron, se apuraron y esclarecieron las más altas civilizaciones universales? ¿Qué nos puede enseñar Europa, en punto a ideas raíces, que no tengamos ya olvidado, de puro sabido?

Lo que nos falta es esto: memoria, para no olvidar las cosas que ya sabíamos; amor patrio y disciplina y perseverancia para desentrañar los caudales propios, sin pedir limosna a los ajenos. Lo que nos urge es restaurar la olvidada, noble y genuina cultura española, incorporándola y fundiéndola al progreso material del siglo en que vivimos. Lo que nos toca es trabajar sobre el cimiento milenario de la casta, españolizando las cosas nuevas, después de una discreta selección, como hicimos siempre, acomodándolas al «ritmo» de nuestra vida íntima, en vez de tomarlas sin tino, sin examen, sin reflexión, sin cocerlas antes en los hornos de nuestros hogares.

IV

Lo que llamamos «problema nacional» es un sencillo problema de sentido común. Somos la mayor parte de los españoles como estudiantes desaplicados, que luego de perder las sabias lecciones de sus padres y maestros, imaginan encubrir la ignorancia y maravillar a sus convecinos con cuatro novedades traídas del tudesco o del francés.

La simple costumbre de viajar por tierras forasteras antes de conocer las tierras natales y abrir la boca de pasmo en Brujas y Heidelberg, cuando no en París, sin haber visto jamás Toledo, Sevilla, Granada, Burgos ni Salamanca, es un notable símbolo. Gentes que no conocen a Luis Vives sino de oídas, y desdeñan bárbaramente el caudal de nuestros pensadores, místicos y sociólogos (que ya existían en España antes de existir la llamada ciencia sociológica) se ufanan de traer en el bolsillo a Kant, a Nietzsche y a Lombroso. Y es que se tiene a gala despreciar la torre solariega, la augusta tradición familiar, a guisa de hijos descastados y pródigos, cuando precisamente los países que se nos pinta por mode-

los cultivan amorosamente sus tradiciones históricas, archivos universales de ciencia y de experiencia.

¡Destruir! ¡Barrer!—gritan los heterodoxos de nuestro tiempo... ¡Destruir! Pero ¡si aquí lo que hace falta es restaurar! Sobran las piquetas, las innovaciones cursis, los odios incendiarios, los fanatismos estériles; faltan la fe viva y constructora, el amor unido al conocimiento, la inteligencia desposada con el corazón... ¿No es obra de locos empeñarse en arreglar las cosas destruyéndolas?... La solución—dicen muchos—, la solución para España es que los españoles dejen de serlo... ¡Solución digna de hombres bárbaros y cobardes!

Amar la Patria: he aquí el único remedio de nuestras pesadumbres. Es preciso enseñar el amor de la Patria, el amor y la fe de la estirpe. Quien no ama la Patria no puede ser siquiera un hombre honrado. Un mal patriota es un traidor a Dios, a sus padres y a sí mismo. La Patria temporal es la imagen de la Patria eterna.

V

¿Y qué mejor escuela de patriotismo que las altas obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo? Son esas obras riquísimos panales donde escanciaron sus almíbares todas las solícitas abejas de España, libando en todas las flores de la cultura universal. La ciencia erudita, la poesía del pueblo, el teatro, la novela, la filosofía, la estética, cuantas artes y disciplinas creó el entendimiento de los hombres, vertieron aquí sus concentrados jugos. Y a modo de exquisito maná, pusieron también los místicos sus divinas esencias, que a miel eterna saben...

Como en una gigante perspectiva vemos aquí el robusto amanecer de la Patria, los siglos de hierro, los siglos de oro, el paso de las civilizaciones por el ancho solar: Grecia, Roma, los visigodos, Oriente, la Media Luna, la Cruz... Escuchamos absortos la paterna fabla del Cid, el choque de las tizonas, las rudas canciones de gesta, el son cadencioso de los viejos romances... La luz dorada del Renacimiento nos inunda después; desfilan en pleno sol los antiguos vencedores, los reyes, los gue-

rreros, los prelados, los poetas, los humanistas, todo el cortejo deslumbrador de la raza... Más tarde conocemos al Príncipe de los ingenios españoles, todavía mejor retratado en los libros del polígrafo que en la preciosa tabla de Jáuregui, y asistimos a las comedias de Lope, y resucita el *Fénix*, y nace Calderón, y le oímos recitar, al través de los siglos, sus *Autos Sacramentales*... Después... Mas ¿quién es capaz de seguir el vuelo de esta pluma de águila, el canto de esta lengua de ruiseñor, el centelleo de este rayo divino?

Venid aquí, españoles, a conoceros y amaros; tened siempre abiertos estos libros delante de los ojos, como evangelios del culto de la Patria. No olvidéis jamás las altas lecciones de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Mientras su ejemplo viva y sus obras tengan un altar en nuestro corazón y una noble eficacia en nuestros actos, podremos decir que el sabio no ha muerto, aunque le lloren con religicsa y profunda tribulación nuestros ojos corporales. Mas si olvidamos sus doctrinas y desdeñamos las sentencias de sus libros, entonces sí podremos afirmar, con estéril, con irreparable pesadumbre, que con él ha muerto la tradición española y el grande espíritu de la raza.


BIBLIOTECA
RENACI-
MIENTO
COLECCIONES
GIL BLAS
DIRIGIDAS POR DON
RICARDO LEÓN
DE LA REAL
ACADEMIA ESPAÑOLA

I

Clásicos españoles.

Ediciones a un mismo tiempo doctas y populares, ilustradas con prólogos y comentarios críticos, en primorosos volúmenes, a cinco pesetas cada uno. Se han publicado ya o están en prensa los siguientes:

PRUDENCIO.—**El Libro de las Coronas.**

Cármenes del siglo IV por el famoso poeta aragonés Marco Aurelio Prudencio Clemente, el *Píndaro cristiano*, el precursor del Dante, el más sublime de los poetas cristianos de la alta Edad Media.

SAN ISIDORO.—**Soliloquios.**

Magnífico «poema dramático en prosa», lleno de pasión y brío; una de las obras más elocuentes y patéticas de la literatura cristiana medioeval. En opinión del maestro Bonilla supera tal vez al *Kempis*.

ABEN-TOFAIL (ABUBEKER). — **El Filósofo Autodidacto.**

Novela mística del siglo XII, llamada el *Robinsón metafísico* y considerada por Menéndez y Pelayo como la más fina joya de la literatura hispano-árabe. En esta novela está el germen de *El criticón*, de Gracián.

MUZA II.—**El Collar de Perlas.**

Tratado político y moral del siglo XIV, libro deleitoso y amenísimo, en prosa y rimas, que el árabe andaluz Muza II, Rey de Tremecén, compuso para la educación del príncipe su hijo.

RAIMUNDO LULIO.—**Blanquerna.**

Obra maravillosa dal místico apóstol mallorquín, novela henchida de suavísima fragancia, donde vibra el *Cántico del Amigo y del Amado*, «verdadero joyel de la poesía mística española, digno precursor de las encendidas Canciones de San Juan de la Cruz».

DIEGO DE SAN PEDRO.—**Cárcel de Amor.**

Novela sentimental de la Edad Media castellana, libro romántico y fervoroso apellidado el Werther del siglo XV.

MATEO ALEMÁN.—**Guzmán de Alfarache.**

La reina de las novelas picarescas españolas: dechado, a la par, de filosofía y de arte, en que el ingenio nacional, la observación de la vida

y el idioma castellano, arribaron a las cumbres de su esplendor y madurez.

Lope de Vega.—**La Dorotea.**

Preciosa novela autobiográfica, la predilecta de su inmortal autor; confesión vehemente y bizarrísima de sus apasionadas mocedades, en un estilo jugoso y familiar, trabajado como por manos de orífice.

Cristóbal Suárez de Figueroa.—**El Pasajero.**

Libro singular en que se juntan el profundo sentido crítico y el ingenio malévolo y sutil, la ciencia de las costumbres y del lenguaje, la misantropía y la curiosidad, la observación y la sátira, la miel y la hiel.

Baltasar Gracián.—**El Criticón.**

Obra magistral de la literatura de todos los tiempos, cumbre del pensamiento español, símbolo de la tragedia humana, heredera de Séneca y precursora de Nietzsche, que, como los cuadros de Velázquez y el Greco, toma con los siglos nuevo relieve y expresión.

Juan de Valdés.—**Diálogos.**

En el *Diálogo de la lengua castellana*, en el *Mercurio y Carón*, «monumentos clarísimos del ingenio nacional», brilla el idioma español «con toda la noble y majestuosa serenidad de las lenguas clásicas».

Tirso de Molina.—**Cigarrales de Toledo.**

Novelas y comedias de primoroso engarce y deleitosa invención, en que lozanean las dotes privilegiadas del poeta, del dramaturgo, del escritor abundante y armonioso, del agudo psicólogo de la mujer.

Jerónimo de Contreras.—**Selva de aventuras.**

Novela romántica de viajes y de amores, llena de rasgos delicados y graciosos, penetrada de un espíritu universal y moderno que recuerda alguna de las bellas fantasías de Goethe y Schiller. Es antecedente inmediato de *El Peregrino en su patria*, de Lope de Vega y de las obras menores de Cervantes.

II

Obras maestras de la Literatura Universal.

Esta nueva Colección, formada por volúmenes de igual tamaño y precio que los anteriores, constituirá una breve y amena síntesis del pensamiento humano al través de todas las literaturas:

El Ramayana.

Versión directa del sánscrito en lengua española, de la gigante epopeya india, una de las fuentes más hondas y más puras de poesía y pensamiento de la raza aria.

Los Eddas.

Castiza, robusta y elegante traducción que el patriarca montañés D. Angel de los Ríos hizo en castellano de los famosos cantos míticos y heroicos de la vieja literatura escandinava.

El Libro de las Vírgenes, de San Ambrosio.

Primorosa edición española del noble, puro y elocuente libro del Doctor de la Iglesia y Obispo de Milán, apellidado el *Cicerón cristiano*, resplandeciente luminar del siglo IV de nuestra Era.

La Canción de Roldán.

Artística versión castellana de la epopeya carolingia, del famoso Cantar de Roncesvalles, según la edición paleográfica de León Clédat, profesor de la Universidad de Lyon: los robles heroicos de la gesta francesa trasplantados con todo su verdor y lozanía, con su perfume agreste y secular al viejo terruño de *Mío Cid* y *Bernardo del Carpio*.

Las Florecillas de San Francisco de Asís.

«Es una serie de tablas del beato Angélico—dice la condesa de Pardo Bazán a propósito de este libro ingenuo y delicioso—, un misal cubierto de viñetas iluminadas y de arabescos místicos; pero circula al través de su estilo hagiográfico el soplo humano que distingue las obras inspiradas por el penitente de Umbría; la naturaleza sonríe en sus páginas con San Francisco predicando a las avecillas, ungiendo de aceite la piedra, haciendo paces con el lobo...»

Los Poemas de Shakespeare.

Nueva edición crítica de *Venus y Adonis*, *La violación de Lucrecia*, *Las querellas de un amante* y *El Fénix y la Tórtola*, poemas inmortales, perpetuamente juveniles, del primer poeta moderno; hijos, los más amados, de su impetuosa mocedad, primeros gritos de su alma, risas divinas, eternos sollozos del Amor humano, hechos música y luz, rimas y colores por la virtud espléndida del Genio.

III

Biblioteca Mística y Ascética.

La aparición de esta magnífica Biblioteca, largo tiempo soñada por los doctos, por las personas piadosas, por los amantes de la tradición castiza, constituye un feliz suceso editorial, un monumento conmovedor elevado a la lengua y al espíritu nacionales. Gil Blas inaugura con las obras siguientes la publicación de una multitud de obras maestras, olvidadas o enteramente desconocidas e inéditas, de los grandes contempladores de nuestra Raza. Con ellas pretenden los Editores devolver al vulgo español los libros que para él se escribieron, y que los cultos olvidaron, aquellas obras purísimas en que sin aparato científico, sin presunción ni pedantería, con la más elegante sencillez, se instruía al pueblo en los más altos problemas del mundo y de las almas.

Obras de Sor Teresa de Jesús María.

«La más ilustre y también la más desconocida escritora mística del siglo XVII», según la opinión de su notable biógrafo el Sr. Serrano y Sanz, corroborada por el P. Gerardo de San Juan de la Cruz. En esta edición se dan por primera vez a la estampa las obras de la sublime carmelita, trasladadas de sus manuscritos originales y dignas, por su alta ciencia y encantador estilo teresiano, del amor y el conocimiento de las gentes.

Meditaciones del Amor de Dios, por FRAY DIEGO DE ESTELLA.

«Braserillo de encendidos afectos», según la linda frase del maestro Menéndez y Pelayo; libro de franciscana ternura y elevados pensamientos teológicos; texto riquísimo de la lengua castellana del gran siglo; breviario incomparable de amores que mereció la predilección fervorosa de Pascal y de San Francisco de Sales.

El Príncipe Escondido, por FRAY MARCOS SALMERÓN.

La peregrina obra de este varón l arísimo, General de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, en el siglo XVII, es, en opinión del Padre Juan Mir y de otros críticos modernos, uno de los más pródigos ejemplares de hermosa dicción, habla castiza, lenguaje puro y altos pensamientos.

Victoria de la Muerte, por el BEATO ALONSO DE OROZCO.

Tratado profundo y bellísimo sobre el problema de la muerte, obra dilecta de aquel santo escritor y teólogo, amor y gloria de la Orden de San Agustín, que, según decía su hermano en letras y religión el P. Juan Márquez, «fué agudo en las sentencias, propio en las palabras, suave en el estilo, casto en las frases y nada inferior en romance y latín a los que con más primor escriben en una y otra lengua», tal como quien tenía la castellana por tan perfecta y elegante como la de Virgilio.

Diálogos de la Agricultura Cristiana, por Fray Juan de Pineda.

He aquí el libro más opulento de cuantos se han escrito en castellano y equivalente a un diccionario completo de autoridades, conforme al juicio del P. Mir y otros muchos hispanistas. «Archimillonario del idioma» apellidó en frase muy gráfica Cejador a Fray Juan de Pineda, franciscano ilustre, de los más eruditos e ingeniosos de su tiempo y autor de estos magníficos diálogos, dignos de Cicerón, en que trata de la educación del cristiano y vienen a ser una Suma de la doctrina católica y de la sabiduría de su siglo.

Obras de Sor Cecilia del Nacimiento.

Con decir que algunos de los versos y prosas de esta dulcísima carmelita fueron atribuídos a San Juan de la Cruz, basta para juzgar de su mérito extraordinario. Pintora, poetisa, escritora de altísimos vuelos, instruída en artes y ciencias, iluminada en los arcanos de la Mística, forma con su hermana de sangre y religión María de San Alberto, con Sor María de San José y Sor Teresa de Jesús María, el cuadro glorioso de las discípulas más eminentes que tuvo la Santa reformadora del Carmelo.

Estos y otros muchos volúmenes irán apareciendo, con toda la celeridad posible, en ediciones muy esmeradas y elegantes, al precio de seis pesetas el ejemplar; con prólogos modernos y censura eclesiástica.

IV

Autores contemporáneos.

Es propósito de Gil Blas ofrecer a sus lectores de España y América una colección selectísima de autores modernos, nacionales y extranjeros; una biblioteca ejemplar, en depurada lengua castellana, cuyos volúmenes, por su mérito literario y artístico, por su elegancia y pulcritud moral, puedan ponerse en todas las manos y entrar en todos los hogares sin el riesgo que suele haber en no pocas de las producciones del día. Con este fin Gil Blas ha contratado un gran número de producciones extranjeras que, traducidas esmeradamente, se irán publicando a la par de las obras maestras de nuestros mejores ingenios.

1.—Obras de Amós de Escalante.

Feliz iniciación de aquel propósito fué el dar a luz las obras singulares del patriarca de la Escuela literaria montañesa, del olvidado autor de *Costas y Montañas*. Inéditas aun para la mayor parte de los españoles, estas

obras peregrinas, clásicas al nacer, yacían en la obscuridad y el silencio, agotadas las breves ediciones que hizo el autor para regalo de sus amigos. Al reimprimirlas GIL BLAS, siguiendo las nobles inspiraciones de don Marcelino Menéndez y Pelayo, contribuye al esclarecimiento de un gran autor desconocido y brinda al deleite de los lectores de acendrado gusto las páginas más perfectas y puras que en el siglo XIX se han escrito en lengua castellana. He aquí las obras completas de D. Amós de Escalante:

Ave Maris Stella.

Es «el diamante negro» de la corona del autor, el Kempis del idioma patrio, uno de los pocos libros modernos que pueden ponerse junto a las obras más castizas del siglo de oro. Novela prócer, de alto valor artístico y moral, de suave y honda emoción, debería figurar como texto de lengua y breviario del espíritu en todas las escuelas españolas.

Costas y Montañas.

Obra capital, representativa y predilecta de Amós de Escalante, que pulió y perfeccionó durante toda su vida, y adonde convergen todos sus libros anteriores y posteriores. Epopeya en prosa de Cantabria, fruto en plena sazón del erudito y el poeta, del viajero artista, del historiador y el geógrafo, del español y el cristiano, es un monumento perenne erigido a la patria, a la tradición y a la fe.

Del Ebro al Tíber.

Hermano gemelo del libro de Alarcón tan familiar a oídos españoles, de *Madrid a Nápoles*, pero más personal, más grave y hondo todavía. Entre los muchos y buenos que se han escrito de Italia, el de Escalante resiste la comparación con los famosos de Moratín, Castelar, Severo Catalina y aun con los extranjeros de Stendhal e Hipólito Taine.

En la playa.

Es el libro del mar, la sinfonía misteriosa de las aguas y de los cielos del Norte, una preciosa colección de novelas cortas cuya psicología, profunda y amarga como el Océano, se envuelve, como él, en rizos de espuma, en juegos de luz, de sonido y de color. Aquí están, acaso las páginas más soñadoras, más líricas y sutiles de Escalante, las que parecen como adivinación del *modernismo* en sus manifestaciones más sanas y más bellas.

Del Manzanares al Darro.

Más castizo aún que el viaje a Italia, más luminoso, más espléndido de color, según el juicio del autor de *Los Heterodoxos*, es este libro de Andalucía lo más regocijado y risueño que brotó del numen de Escalante, siempre de humor melancólico. Ningún escritor moderno del Norte de España ha superado al montañés en la evocación del cielo y de la tierra andaluza.

2.—Obras de Concha Espina.

La gran Escuela literaria montañesa, única en lo moderno que puede compararse a las antiguas de Castilla, de Andalucía y de Levante, luego de florecer durante el siglo XIX en las obras maestras de Escalante, Pereda y Menéndez y Pelayo, se encarna hoy en la dulce y noble figura de una mujer, cuyos altos merecimientos han sido sancionados en su patria por la Academia Española y en no pocos países extranjeros donde sus novelas corren traducidas con caluroso y universal aplauso. He aquí sus obras completas reeditadas en primorosa edición por la Biblioteca Gil Blas:

La Niña de Luzmela.

Primera producción novelesca de la autora, claro y brioso amanecer de su arte, firme y robusto siempre sin mengua de sus profundas cualidades femeninas; libro de encantadora sobriedad y sencillez, recio y amargo en el fondo, modelo ya en la penetración de la Naturaleza, en las penumbras de almas y paisajes.

Despertar para morir.

Novela sentimental y psicológica en que la observación realista de las pasiones y fatalidades humanas está como envuelta delicadamente en un velo romántico, al modo de algunas novelas de *Fernán Caballero* y *Jorge Sand*. Es uno de los libros más populares de su autora, singularmente entre su gran público femenino.

Agua de Nieve.

Declara ya la plena madurez de la insigne novelista, su magistral dominio del arte y del idioma, su don privilegiado de penetrar en lo más recóndito de las almas. Retrato maravilloso de mujer, monografía «casi científica» de un carácter, con la opulencia de color de un cuadro veneciano, es *Agua de Nieve* una de las más reales y conmovedoras novelas que se han compuesto en nuestros días.

La Esfinge Maragata.

Premiada por la Real Academia Española y objeto de singulares distinciones en el Extranjero, ha merecido la doble corona de la popularidad y el comentario erudito. Estudio palpitante de la raza histórica, en uno de los remansos más peregrinos de Castilla, novela de recios y españolísimos caracteres, de honda transcendencia social, tiene a la par un interés lingüístico y arqueológico por su aguda observación del habla y tradiciones de la estepa legionense.

La Rosa de los Vientos.

Es la novela del mar cántabro y al mismo tiempo un profundo estudio psicológico. En *La Rosa de los Vientos*, según la opinión de Gabriel Alomar, «llegó la novelista al punto culminante de su facultad creadora de vida.» Los personajes adquieren una existencia propia, independiente, como en la misma Naturaleza, y alguno de ellos supera en vigor y, sobre todo, en belleza moral, al *David Copperfield* de Dickens.

Al Amor de las Estrellas.
(Mujeres del Quijote.)

Libro muy popular en Italia, del que ya se han hecho numerosas ediciones, y declarado de texto en escuelas y liceos de Europa y de América, es un dechado de pensamiento y de estilo, un libro piadoso de mujer escrito para mujeres, la obra, de inspiración cervantina, más cordial, profunda y amena de este tiempo.

Ruecas de Marfil.

Cuatro novelas ejemplares de vigorosa acción y sobrio estilo, que dieran sobrada materia a cuatro largos volúmenes si la admirable concisión, la fuerza contenida, el magistral dominio de la autora no refrenasen la opulencia del pensamiento y la dicción.

Pastorelas.

Collar de poemas en prosa, cuentos de una hondura, de una sensibilidad exquisitas, de una sutileza de pensamiento y de emoción inefables, «de una ingravidez graciosamente aérea, tan femenina, tan lejana de los esfuerzos hiperbólicos con que otras escritoras han querido infundir falsas apariencias de masculinidad en sus producciones».

El Jayón.

Profunda y patética creación dramática, igualmente grandiosa en la novela y en el teatro, recibida con singular y unánime fervor por el

público y la crítica. Doble tragedia del sentimiento maternal, con toda la augusta sencillez de los antiguos númenes y el misterioso prestigio, la encendida ternura del arte contemporáneo.

El Metal de los Muertos.

Es la novela cumbre de la autora, la de más trascendencia artística y social de Concha Espina, donde se eleva, por la hondura del pensamiento y el sereno equilibrio de la forma, al puro nivel de la epopeya clásica. Este libro—dice el maestro Zozaya—es «para los pobres un evangelio, un breviario para los que padecen hambre y sed de justicia, un blasón de belleza para la literatura universal».

En preparación, de la misma autora:

Dulce Nombre. (Novela).

3.—Enrique Gil y Carrasco.

El señor de Bembibre.

«Novela dignísima de ser citada en primera línea entre todas las españolas», según el parecer de Menéndez y Pelayo; libro que, conforme dijo *Azorín*, «forma época en la evolución de nuestra literatura, pues en él nace, por primera vez en España, el paisaje en el arte literario.»

Gil Blas ha reimpreso *El señor de Bembibre* en muy atractiva edición, ilustrada con multitud de grabados, al precio de cinco pesetas el ejemplar.

4.—Obras de Emilio Baumann.

«Una de las figuras más originales—dice el distinguido crítico español Juan de Hinojosa—del espléndido movimiento católico de la literatura francesa contemporánea es, sin duda, la de Emilio Baumann. Hace algunos años este escritor, apenas conocido hasta entonces por un curioso estudio sobre Saint-Saens, se impuso bruscamente a la atención del mundo literario con una novela—*Inmolación*—llena de vigor y de fuerza, obra radical en religión y en literatura». GIL BLAS, deseoso de ofrecer a los lectores católicos de lengua española, libros extranjeros de arte puro y medula cristiana, al par de las producciones nacionales de este género, ha adquirido de la Casa Grasset, de París, el derecho exclusivo de traducción de las obras completas de Baumann, cuyos primeros volúmenes son los siguientes:

Inmolación.

Maravillosa novela de un alma que recorre todas las etapas de la vida mística hasta la unión con Dios; afirmación enérgica de la necesidad indispensable de la propia inmolación para colaborar en la obra de la Redención; libro, por otra parte, de un análisis psicológico muy agudo, de una observación naturalista que no retrocede ante ninguna crudeza; libro, en una palabra, esencialmente cristiano y viril, que choca a primera vista a los devotos pusilánimes de hoy.

Paulina Ardel.

Dulcísima historia de una conversión, emocionante novela de almas,

duelo a muerte entre los artificios de la razón y el ímpetu soberano de la fe. Asunto, caracteres, descripciones, diálogos, todo es de primer orden en estas páginas donde resplandece también la hermosura de la liturgia católica, todavía con más emoción y novedad que en *El genio del Cristianismo*.

Tres Ciudades Santas.

Profundas impresiones de una triple y devota peregrinación a los santuarios insignes de Ars, Santiago de Compostela y Monte de San Miguel. Aquí se encuentran algunas de las mejores páginas de Emilio Baumann, brioso competidor de Huysmans en las pinturas de la vida interior, en las magníficas descripciones de la arqueología cristiana y de las augustas ceremonias del culto.

A estas obras seguirán varias más del inspirado autor de *Inmolación* (novela premiada por la Academia Francesa); de Claudel, Duhamel, Hamp, Renard, y otros muchos autores franceses, italianos, ingleses, rusos y alemanes, traducidos esmeradamente y presentados al público hispanoamericano por Ricardo León, de la Real Academia Española.



